

PEDRO G. MORANTE

GRANDEZAS

NOVELA



BUENOS AIRES

FELIX LAJOUANE, EDITOR

79 — Calle Perú — 85

1896

A MI AMIGO ANTONIO NOGUERA

Dos palabras

ESTA obra fué presentada al concurso literario á que llamó el Ateneo á fines del año próximo pasado.

Todos los que, ya por haber sido concurrentes, ya porque se interesasen en el movimiento artístico y literario de nuestro país, ó ya por cualquiera otra circunstancia procuraron estar al tanto de lo que ocurría, saben que aquel acto se verificó de un modo callado, oscuro, silencioso. Nadie supo ni cómo ni cuándo fué.

En los primeros días del mes de enero, LA PRENSA, EL TIEMPO y no sé si algún otro diario más, dieron la noticia de que la novela **Grandezas** había sido premiada con una mención honorífica por el jurado del concurso.

Pero esto no basta: según el testimonio de personas que tienen motivos para sa-

berlo, el Ateneo ha estado en el deber de enviar al autor el correspondiente diploma.

El Ateneo no ha llenado para con el autor esta ceremonia de orden elemental. Y no solamente no la ha llenado sino que también ha prescindido de otra, más elemental aún, cual es la de notificarle oficialmente el resultado, como han hecho y hacen siempre todos los ateneos en todos los concursos. Por esta razón he creído que no debo poner en las tapas de este libro lo que, por regla general, ponen todos los autores cuando publican trabajos que han obtenido cualquier premio en un concurso.

¿A qué puede atribuirse esta omisión? No lo sé ni estoy en el deber de averiguarlo.

Bedro G. Morante.

I

Era uno de los últimos días de aquella memorable época en que las especulaciones desenfrenadas que á unos levantaron á las nubes y á otros han hundido en la miseria, las acciones, el oro, las cédulas, en una palabra, el hambre de dinero, constituían el tema de todas las conversaciones, el único ideal, la suprema aspiración de todos.

El cielo tenía un aspecto singular, magnífico, sublime. Uno de esos aspectos que el vulgo mira indiferente, pero cuya sobriedad de matices, energía de tonos y majestuosa expresión de conjunto causan en el alma del artista que observa atentamente una emoción estética profunda. Al norte y al poniente nubes de caprichosos bordes, de todas formas y tamaños cuya nítida blancura daba

más vigor al fondo azul, mientras que una gran parte del sur íbase cubriendo de negros nubarrones cada vez más apiñados y más densos. No parecía sino que la noche, dejando su camino acostumbrado, avanzaba por el sur con intención de sorprender al día y que la luz y las tinieblas iban á disputarse el predominio del espacio. Arriba, en medio de ambas, más cerca del apogeo que del ocaso, estaba el sol resplandeciente, como para infundir respeto á las tinieblas. Pero éstas, formando una especie de gran semidisco, cuyas puntas se perdían en el horizonte, avanzaban no más sin que las arredrase el padre de la luz. Una imponente calma reinaba en tanto como si el cielo contemplara medroso los preparativos de la lucha. De pronto, empezó á soplar con fuerza el viento sur, resonó un estampido seco, estridente, como de enorme corneta que diera la señal de ataque y, desde entonces, todo fué movimiento y confusión: las nubes negras arremetieron en tropel contra las blancas que, amedrentadas, huían á esconderse detrás del horizonte; el viento, cada vez más impetuoso, producía un fragor sordo como el vuelo de algún mónstruo invisible;

rápidamente y por grados íbase ennegreciendo todo el cielo; y, como si el sol protestase airado al verse cubierto por las sombras, intermitentes chispazos de luz vivísima y fugaz rasgaban de vez en cuando la negrura.

La misma agitación que en la atmósfera, aunque de índole diversa, reinaba en la parte central de la ciudad. El gran paralelógramo en que está como engarzada la histórica plaza de Mayo veíase casi materialmente cubierto de vehículos, tranvías y coches de plaza la mayor parte, en movimiento los unos, ya paralelo, ya opuesto, ya lento, ya vertiginoso; estacionados los otros, como abalorios de un gran collar que circundara la plaza, á la espera de marchantes que no tardaban en llegar. Las copas de las palmeras se agitaban incesantemente sacudidas por el viento que, impetuoso, penetraba á la plaza por las calles de Bolívar, de la Defensa y de Balcarce. La Casa de Gobierno, el Congreso, y especialmente la Bolsa, esa especie de caverna con dos bocas, atraían y vomitaban sin cesar verdaderas oleadas de gente que unas atestaban los vestíbulos, las escaleras y las oficinas;

otras se alejaban en diferentes rumbos, desparramándose por entre el agitado laberinto de vehículos que cruzaba en todas direcciones.

Pero donde más patente se hacía el movimiento era en las calles de Reconquista y San Martín, desde Cuyo á Rivadavia ó sea en las inmediaciones de los establecimientos bancarios, sociedades anónimas y demás oficinas comerciales. El apiñamiento de placas é innumerables letreros dorados, blancos, negros, colocados en umbrales, paredes y balcones; los escaparates atestados de infinita variedad de títulos de crédito, de billetes de banco de todos los países y de montones de monedas de oro y plata, como para azuzar el instinto comercial y enardecer la avaricia del transeunte; las casas, unas altas, de fachada imponente y bella arquitectura; otras bajas, humildes y como agazapadas, pero convertidas todas en un mundo de escritorios de corredores de bolsa, de agentes de negocios y de especuladores de todo género y calibre; los tranvías que, repletos de pasajeros hasta en las plataformas, marchaban en hilera como si quisiesen alcanzarse los unos á los otros; los carros, vacíos unos, atestados de mercaderías los

más, haciendo retemblar los edificios con sus bruscos y ensordecedores barquinazos; los numerosos coches de alquiler y otros de propiedad particular tirados, no como aquéllos, por escualidos *matungos*, sino por troncos briosos, de gran alzada, de arqueado pescuezo, escarceadores é inquietos á cuyas vigorosas pisadas despedían chispas los adokines como si protestasen de que se les pisara con tanta soberbia y menosprecio; las banderas, distintivo de las casas de remate y de las agencias de vapores, ondulando inquietas como si saludaran alegres al movimiento vertiginoso de las calles; los innumerables hilos de la red telefónica que, vistos de cerca, parecen grandes telarañas y, de lejos, rayas hechas en el cielo por algún titán; y mil otros detalles, como el disputar de los carreros y cocheros, el toque de las cornetas de los tranvías, el continuo rodar de los vehículos, el chasquido de las fustas, el grito monótono de los mercaderes ambulantes, el nervioso y agudo de los vendedores de diarios y el sordo murmullo de la muchedumbre que, agitada, anhelante, marchaba por las angostas veredas, frenética y revuelta pensando: en la política todos, en la miseria

los menos, los más con un mundo de ideas en la cabeza que les hacían vislumbrar no ya negocios lucrativos, sino fortunas fabulosas para levantar soberbios palacios, adquirir trenes lujosos y erigirse luego en señores del oro y de la bolsa; todo esto daba al medio ambiente un carácter especial y extraño y acentuaba más esa actividad febril, esa nostalgia de los negocios, rasgo el más saliente de aquella época á la que, con ironía, pero con notable propiedad, se llamó y le ha quedado el nombre de *crisis de progreso*.

Algunos mendigos que, caminando por las veredas lentamente ó bien acurrucados en el umbral de alguna puerta pedían limosna en un lenguaje monosilábico y exótico; y los vigilantes, impertérritos, clavados como postes en el medio de las bocacalles, eran las únicas notas discordantes en aquel concierto de actividad que daba á las calles el aspecto de un campo de batalla.

La atmósfera, entre tanto, seguía más cargada cada vez. En Quilmes debía de estar lloviendo ya copiosamente, porque en toda la parte sur, á la primitiva negrura, había substituído una niebla densa y plomiza. Lo demás del cielo estaba completamente en-

capotado y la tormenta amenazaba venirse encima por momentos. Mas esta circunstancia no tenía poder bastante para amortiguar el alborotado movimiento de las calles. Antes al contrario, el viento, que soplaba recio, parecía infundirle nuevos bríos, y carros, coches y transeuntes, formando grandes avalanchas, iban y venían en bullente y apretado revoltijo como impetuosos torrentes que corrieran por estrechos cauces.

De pronto formóse un gran remolino de gente en la calle de Cangallo entre las de Florida y San Martín, frente á un edificio en construcción. Un albañil de los que trabajaban en él acababa de caerse al suelo desde uno de los más altos andamios. El infeliz, hombre como de veintiseis á veintiocho años, de complexión, al parecer, sana y robusta, yacía como muerto junto al cordón de la vereda, cerca de la trasera de una *chata*, encogido, magullado, echando espu-marajos de sangre por la boca. Como acontece siempre en estos casos, en menos de un segundo se llenó la calle de curiosos que cada cual contaba á su manera lo ocurrido: unos decían que se trataba de un ratero audaz á quien la policía había sorprendido en

el momento de querer dar el golpe; otros, que de una simple disputa entre cocheros; y otros, agregando trágicos detalles, que acababan de atentar á la vida de un alto personaje político. Algunos seguían luego indiferentes su camino abriéndose paso por entre la apiñada muchedumbre; mientras que otros, más impresionables ó curiosos, aguijoneados por los comentarios que escuchaban en cada corrillo, hacían esfuerzos sobrehumanos por llegar al sitio mismo de la escena. El inmenso gentío formaba una valla inaccesible al tránsito, éste quedó paralizado totalmente y hasta en la atmósfera reinaba esa calma que precede á toda tempestad. Dejó, pues, de oirse el infernal traqueo de los vehículos, como si el medio ambiente hubiera querido tributar así respetuoso homenaje á aquel mártir del trabajo; y en medio del silencio relativo que hacía más solemne la negra seriedad del cielo, no se oía más que el run run de las conversaciones y el pito del vigilante que, de tiempo en tiempo, tocaba llamada de oficial.

La víctima, entre tanto, seguía tirada como un perro en medio de la calle sin dar señal de vida. A diez pasos del estrecho círculo

que en torno de ella formaban los curiosos, había un cupé tirado por un padrillo zaino. El brioso animal, de pura sangre, no tenía un momento quieta la cabeza: ora alta, como si con mirada inteligente quisiera medir la inmensidad de la barrera; ora gacha, dando resoplidos y escarceos mientras que mordiendo nerviosamente el freno, escarbaba sin cesar el suelo y hacía sonar las herraduras con sus continuas y fuertes manotadas.

Dentro del coche iba un señor como de cuarenta años de edad. Al principio pareció contrariarle algo el no poder seguir; pero apercibiéndose de que el tumulto era cada vez mayor y de las intermitentes llamadas del agente, cambió dos palabras con uno de los circunstantes y acto seguido se bajó del coche.

Era un hombre de simpática presencia, de estatura más que regular y bien proporcionado. Sus maneras y porte distinguidos, revelaban en él al hombre de mundo. Frente ancha y algo surcada, cejas movibles, ojos penetrantes y vivaces y nariz recta, cuyas desmesuradas proporciones disimulaba algo un gran bigote entrecano ya, como la barba, que usaba entera y recortada en punta. Tal

era su fisonomía, de expresión bondadosa en conjunto, á la que daban cierta energía y sequedad dos profundas arrugas que le caían oblicuamente sobre las comisuras de la boca, simulando dos grandes cicatrices.

Su presencia impuso á los curiosos, quienes sin duda debieron tomarle por algún agente superior de la autoridad, según se apartaron todos á su paso, debido á lo cual pudo llegar fácilmente hasta donde estaba el infeliz. La vista de éste pareció impresionarle porque, encarándose con el agente policial, le dijo, en términos tan corteses como enérgicos, que aquello no era modo de proceder, que la misión de la policía, en semejantes circunstancias, era otra, y que, por deber de humanidad, debía de hacerse algo cuanto antes á ver si se le podía prestar algún auxilio. Del mismo parecer fueron todos los presentes, que no podían seguir contemplando aquella escena con la punible impasibilidad del vigilante. Pero éste, asumiendo una actitud tan grave como las circunstancias y en un tono más imperativo y absoluto que el que hubiera empleado el zar de Rusia, se opuso tenazmente, alegando

que no podía hacerse nada mientras no llegase el oficial.

En esto estaban cuando del interior del edificio salió de pronto un pobre anciano, nuevo detalle que vino á dar al cuadro un tinte más dramático. Al verle salir y abalanzarse ciego hacia donde estaba la víctima, cualquiera le hubiese tomado por demente: ¡tan manifiesto era su dolor y tal el extravío de su mirada! Ninguno de los circunstancias obstruyó su paso. Al contrario. Todos se apartaron con esa respetuosa compasión que impone siempre el dolor ajeno hasta á los mismos que no han sufrido reveses en la vida. Llegar, verle, echarse sobre él y prodigarle las caricias más desesperadas y entrañables, fué todo uno.—*Figlio mio!*—decía el pobre viejo revolcándose en el suelo—*Povero figlio mio!*—repetía, exhalando angustiosos y entrecortados alaridos. Conservaba aún en la mano un canasto que instintivamente tenía agarrado por el asa y con su mirada débil, extraviada y noble, sus extraños gestos, su blanca y descuidada barba y una bolsa de arpillera que, cayéndole por la encorvada espalda le formaba un picurucho en la cabeza, tenía, el infeliz,

en medio de su dolor, un aspecto mixto de dramático y de cómico, de grotesco y de sublime.

Por fin llegó el oficial, y poco después, una ambulancia en la que, al ir á colocar al albañil, se vió que estaba muerto. Cuando los agentes echaron á andar llevando en hombros la ambulancia y en ella el cadáver de su hijo cubierto con un pedazo de arpillera, el pobre viejo quiso ir tras ellos, pero le contuvieron entre dos ó tres de los presentes; é impotente, aniquilado por el sufrimiento y la fatiga, dejóse llevar hasta el interior del edificio, donde, rodeado, entre otras personas, de algunos camaradas, se quedó como un idiota, sentado encima de una pila de ladrillos. ¡Lo intenso del dolor había como atrofiado sus facultades sensitivas!

Así permaneció algunos instantes con la vista caída y fija, hasta que, de improviso, y como si volviera en sí, rompió á sollozar amargamente. El señor que había increpado al vigilante, condolido de la suerte de aquel ser que, achacoso y viejo, se quedaba tal vez solo en el mundo, sacó del bolsillo una cartera, acercóse á él y metiéndosela en el

seno por entre la pechera de una camiseta de lana que llevaba puesta, le dijo con acento de profunda lástima:—¡Animo, viejito, tenga ánimo!—y salió haciendo un ligero saludo á los presentes.

Al poner el pie en el estribo del carruaje, miró hacia el lado por donde había ido la ambulancia y vió que ésta iba ya como á una cuadra. En la calle todo había vuelto á ser como antes: murmullo, voces, gritos, atropellado ir y venir de gente, carros, coches y tranvías, con su infernal estruendo, actividad y confusión febriles. Hasta la atmósfera, cuya calma y negrura daban al cielo un aspecto sombrío y funerario, recobró de golpe su primitiva agitación. El huracán volvió á soplar violento, menudeaban los truenos y relámpagos y la plomiza niebla, que parecía haberse estacionado en Quilmes, invadió rápidamente la ciudad. De la tragedia no quedaba ya más señal que dos ó tres coágulos de sangre que poco á poco irían desapareciendo entre las patas de los caballos y las llantas de los vehículos.—Vamos—dijo al cochero, después de cerrar la portezuela. Y, mientras el coche se iba internando en el bullente remolino, murmu-

raba, como si le chocase aquella natural indiferencia:—¡Qué profundo sentido encierran las palabras del poeta! Efectivamente: «¿Qué haya un cadáver más qué importa al mundo?»

Dos minutos después, al bajarse del coche en las inmediaciones de la Bolsa, delante de una casa llena de escritorios, empezó á caer sobre calles, paredes y azoteas un aguacero torrencial.

—¿Le espero, señor?—dijo el cochero.

—No. Mañana á las once, en casa.—Y en tanto que el coche tomaba como una flecha por la calle de Piedad hacia el oeste, él entró en el zaguán, subió las escaleras y penetró en su lujoso, amplio y magnífico despacho.

—Le estaba esperando, señor Fadier,—dijo, al verle entrar, un hombre menudito, de ojos inquietos y de fisonomía en extremo vivaracha.

Era el tal un incansable iniciador de sociedades anónimas, tan fecundo, que no había género de industria en que él no viese el modo de poderla explotar en forma colectiva. Su pequeño cuerpo no debía tener más que puros nervios porque, como la ardilla, no se estaba quieto ni un segundo y

al hablar, aunque fuese de la cosa más trivial, acompañaba siempre cada palabra con un ademán y con un gesto.

Cuando entró Fadher, discutía con otro señor ya entrado en edad, bajito, como él, pero regordete y de cara abotagada, sobre las ventajas de una nueva sociedad anónima que tenía en proyecto. Alardeaba de poseer conocimientos no comunes y de tener largas vistas en cuestiones financieras y, aunque no lo decía francamente, se echaba de ver en todas sus conversaciones la sincera y firme convicción que tenía de que si el gobierno llegara á confiarle á él la cartera de hacienda, en venticuatro horas haría cambiar por completo, y favorablemente, la faz económica del país. No pasaba día sin que él dejase de concebir algún plan financiero, con la particularidad peregrina de que siendo esencialmente distintos y hasta contradictorios entre sí, todos eran igualmente salvadores.

—Crámelo, amigo Sánchez—decía—toda la dificultad consiste en poder valorizar el papel moneda; y el medio es muy sencillo. Y como notara un gesto mezcla de incredulidad y de sorpresa en su interlocutor-

repitió con mucha energía:—¡Muy sencillo, sí, señor; muy sencillo, créamelo! Nuestras montañas del interior, lo mismo que las cuencas de sus ríos, están llenas de oro y plata, como lo sabe todo el mundo. ¿Por qué el capital no ha de explotar esas riquezas naturales? Si Inglaterra, á pesar de la pobreza de su suelo, que no produce más que papas y carbón, es el gran factor del mundo comercial, ¿qué no podrá ser nuestro país pudiendo dar dos toneladas de oro á cambio de una de carbón?

A eso iba él. Su pensamiento era extraer oro, mucho oro, para acuñarlo y desterrar el curso forzoso. No se trataba simplemente de una empresa cuyos beneficios habían de redundar en provecho exclusivo del capital, sino de cosa más elevada, más transcendente, más patriótica, que podía reportar al país inmensos beneficios. La sociedad se llamaría *La Explotadora* y tendría por objeto la explotación de minas de oro y plata en la gran sierra del Famatina y sus cordones. El caso era que, para empezar y para que la gente tuviera más confianza, se suscribiese el gobierno á una parte de las acciones. Había tenido también la idea de solicitar

del propio gobierno una subvención. Pero después había visto que no era necesario. Las acciones se iban á colocar en plaza como pan bendito y estaba seguro de que bien pronto se cotizarian en la bolsa con un enorme premio. El capital sería de cincuenta millones de pesos porque había que hacer muchos gastos. Era menester construir varios ramales y caminos para el fácil transporte y acarreo de los metales. Al principio se emitiría el venticinco por ciento no más ó sean las acciones de la primera serie. Luego, á medida que los trabajos fueran adelante, se lanzarían las demás series hasta subscribir todo el capital.

Sánchez escuchaba con bastante indiferencia la exposición patriótico-económica de su interlocutor. El no tenía más patriotismo que el puchero y por poder entregarse en cuerpo y alma al culto de su patria era que andaba siempre atrás de Fader. No pedía mucho. Se conformaba con obtener un consulado, el de Montevideo, por ejemplo, ó el de algún otro puerto europeo como Nápoles ó Barcelona. En cuanto á la conveniencia de la empresa, él carecía de conocimientos como para opinar en pro ó en

contra. Pero manifestó con franqueza que no tenía fe en las sociedades anónimas. La gente estaba ya cansada de ellas, porque cuando no era por uno era por otro que siempre daban malos resultados. Y como aludiera á una sociedad de la que su interlocutor había sido iniciador y gerente, replícóle aquél bastante amostazado: — ¡Pero amigo, aquello fué una cosa diferente! Además, el objeto de la especulación no podía ser mejor, como lo prueba la gran aceptación que tuvieron en plaza las acciones. Precisamente por eso, por ser el negocio demasiado bueno, fué por lo que dió mal resultado. ¿Qué culpa tengo yo de que muchos se hiciesen accionistas en la creencia de que, antes de tener que pagar la primera cuota, iban á poder traspasar los títulos ganando un diez ó un quince por ciento? Pues, amigo, esto fué lo que pasó. Y, naturalmente, como las acciones no podían subir tanto en tan poco tiempo, sucedió que los que hicieron eso, que fueron los más, no pagaron. Luego, el directorio también se hizo ilusiones. Sin tener un peso en caja firmó un documento por quinientos mil para la adquisición de útiles y maquinaria. Llegó el día del venci-

miento, no hubo fondos, no se pudo cumplir, se lo llevó el diablo á todo y todos quedamos en ridículo. ¿Qué le parece? Pero, lo que yo he dicho siempre: otro gallo habría cantado si todos los accionistas hubieran sido comerciantes. ¡El negocio era bueno, amigo; ya lo creo que era buenol

Hizo Sánchez un gesto imperceptible como si fuera á objetar algo; pero en aquel momento entró Fadher y cambió de intención. Mejor era averiguar cómo iba lo del consulado. Se lo preguntó.

—Todavía no hay nada, señor—le contestó Fadher con su amable sonrisa.—La empresa será un poco difícil porque, según tengo entendido, no están vacantes esos cargos. Pero, en fin, se hará lo posible. Yo creo que ya se lo dije á usted: quien corre con eso es Montes. Yo, por el momento, vivo casi aislado, concretado á mis negocios. El está metido entre esa gente y le puede ser muy útil. Por acá ha de venir dentro de un rato.

Sánchez se excusó. No tenía mayor apuro y lo mismo le era hoy que mañana.—Como estaba aquí—añadió, con afectada ingenuidad,—me acordé y se me ocurrió preguntarle.

—Bueno, pues ya le digo: confíe usted en que ha de hacerse lo posible. ¿Y, qué dice el amigo Pringles? ¿Cómo va esa empresa?

—Bien, señor Fadher, bien. Yo creo que marchará adelante. Sobre todo si usted se toma algún interés.

Hombre de claro entendimiento para todas las cosas, como era Fadher, no se le ocultaban las dificultades que para su realización ofrecía el proyecto de Pringles. Al principio trató de demostrárselas y de hacerle desistir de su propósito; pero, al cabo, convencido de que no lo conseguiría, terminó por contemporizar con él y por darle cuerda siempre que se hablaba del negocio, deshaciéndose en alabanzas, á tal extremo, que él y no Pringles parecía ser el verdadero iniciador de aquella magna empresa. • Por eso, contestando á sus últimas palabras, en las que creyó notar una velada aunque amistosa reconvención, dijo:—¡Ah! cómo no he de tomarme interés! Precisamente hoy mismo he hablado en la bolsa con unos cuantos amigos. No hay ni que hablar, amigo Pringles. Todos ellos se han comprometido á tomar acciones y según están los ánimos, no digo cincuenta, cien millones que

fueran, se colocarían en un momento. Todo el mundo se da cuenta en seguida de la importancia de la empresa y, naturalmente, se entusiasma porque comprende que es el mejor medio, sino el único, de conjurar la crisis. En fin, ya le digo: no hay dos opiniones al respecto. Se considera la cosa como un asunto magno, grandioso; por supuesto, mirándolo bajo el doble punto de vista que lo mira usted: el financiero y el patriótico.

—Y al ministro de hacienda ¿qué le ha parecido? ¿No ha oído decir algo?

—¡Bien, bien! ¡Le ha parecido muy bien! A lo menos, sé que va á subscribirse á cien acciones. El que le puede enterar de eso, es Montes. El es quién me lo ha dicho. Parece que el ministro le habló de la empresa en términos bastante lisonjeros para usted.


A Pringles le dió un vuelco el corazón. ¡El ministro ocupándose de su proyecto y en términos lisonjeros! Indudablemente era una gran idea la suya. Y en rápida sucesión desfiló por su mente una multitud de imágenes á cual más seductoras y deslumbrantes. Lo vió todo, todo: en Buenos Aires, la instalación central con sus lujosas oficinas como un banco y las acciones cotizándose en la bolsa á

un alto premio; y allá, en las sierras del Aconquija y Famatina, los inmensos galpones y depósitos, los lavaderos, hornos de fundición y demás establecimientos mecánicos, con sus altísimas chimeneas, las zorras cargadas de metales, los *decauvilles*, los ramales, las locomotoras, descendiendo de las montañas entre agudos silbatos, y, diseminado por todas partes, un numeroso ejército de trabajadores y de empleados. ¡Al cabo saldría una vez de pobre! ¡Y qué gloria más grande iba á conquistar! Su nombre se haría famoso y le conocerían en todas partes, porque aquello estaba llamado á operar una transformación completa en el orden económico y político del país.

—¿Con que el gobierno se suscribe á cien acciones?—dijo, sin pensar que no era mucho aquello, comparado con lo que él había llegado á imaginarse.

—No, hombre, no. El gobierno no puede suscribirse oficialmente á ninguna empresa. Es el ministro, como particular, quien se suscribe. ¿Y le parece poco? Amigo, eso ya es contar con el apoyo moral del gobierno, como quien dice. Lo que el gobierno puede hacer, es acordar una subvención al capi-

tal, como se la acuerda á cualquier ferrocarril y esto es lo que convendrá más y no el que tome tal ó cual número de acciones. Para eso no hay más que solicitarlo del congreso y en seguida se consigue. Yo hablaré con algunos diputados á ver si antes que se terminen las sesiones votan siquiera un diez por ciento. Desengáñese, amigo, esto es lo práctico. Claro es que la sociedad no precisará de esa subvención. Yo creo, como usted, que el primer año no más ha de repartirse un dividendo de quince ó veinte por ciento. Pero nunca es mal año por mucho trigo. Después de todo, hay que ver lo que el hecho implica en sí. Es el apoyo moral y material del gobierno lo que se consigue y eso causa una impresión muy favorable en el ánimo del público. En fin, amigo—añadió, colocándole la mano sobre el hombro, mientras miraba la hora en el reloj—veremos si dentro de un par de meses se pone manos á la obra.



II

El despacho de Fader se componía de un espacioso departamento que miraba á la calle y de otro interior, más pequeño y contiguo, de manera que ambos formaban una especie de ángulo ó martillo, porque no tenían más división que sendas columnas separadas como medio metro de las paredes de cada lado. Allá, en uno de los rincones del departamento interior, había un joven como de ventiocho años de edad. Estaba recostado en un sofá, de espaldas á los balcones y tenía en la mano un libro cuya lectura dejaba á ratos, para quedarse como abismado en profunda meditación.

Era fornido de cuerpo y simpático de cara y no había más que mirarle para comprender que en su interior libraban ruda

batalla sentimientos y pasiones encontrados. Tenía un aire serio que contrastaba con su edad, así como con su temperamento extremadamente impresionable; y en su frente amplia, en sus ojos negros de mirada fuerte, en una sonrisa apenas perceptible, en dos tempranas arrugas que hacían cruz con las puntas de su bigote negro y pequeño, y en un dejo amargo que era el rasgo moral más firme y más saliente de su fisonomía, se echaba de ver que su espíritu era tanto ó más fornido que su cuerpo.

No obstante la diferencia de edades y de posición social, mantenía con Fadher una amistad estrecha, nacida y fomentada al calor de ideas que les eran comunes, y también de ciertas semejanzas de carácter. Muchos le tenían por orgulloso. Fadher, con quien solía franquearse en ocasiones, era, tal vez, el único que acaso había podido leer en lo recóndito de su naturaleza y apreciar los verdaderos quilates de su alma. Para él no era un díscolo ni un orgulloso, sino un espíritu vehemente y concentrado en sí mismo, sobrio, más por educación que por temperamento, enemigo de frivolidades y con esa altivez propia de los fuertes que han

pasado por el crisol de la lucha y de las contrariedades. Precisamente por eso, por lo que tenía de reservado y de misterioso, era por lo que Fadher simpatizaba con él tanto. Hombre de experiencia, respetaba aquella manera de ser, porque sabía que en el fondo del corazón humano hay, á veces, anhelos y pasiones que no pueden confesarse, que torturan el alma, que aniquilan el cuerpo y que ocasionan fundamentales cambios de carácter.

Cuando le vió, dejó á Pringles y á Sánchez y se fué hacia él.—¡Adiós, amigo Fresno!—le dijo con cariñosa familiaridad tomándole del antebrazo, en cuya mano apoyaba la cabeza.

Fresno, que á causa de la alfombra no le oyó ni vió hasta que no le tuvo encima, hizo un movimiento repentino como de quien experimenta una fuerte conmoción eléctrica. Estaba en aquel momento descuidado y abstraído y no pudo reprimir un gesto de disgusto. Pero recobró su calma al instante y sonriéndose, como para desvanecer la mala impresión que aquel gesto involuntario hubiera podido causar en el ánimo de Fadher, le contestó en el mismo afable tono.—¡Oh, señor Fadher! ¿cómo está?

—Pero amigo, usted no tenía precio para fraile.

—¿Por qué, señor Fadher?

—¡Siempre tan solitario y tan sombrío! No hay que pensar tanto, hombre, no hay que pensar tanto.

—Misterios del corazón—contestó Fresno en un tono entre festivo y serio. Y luego añadió:—Es que ahora me ha dado por resolver un gran problema, señor Fadher, y cada vez lo encuentro más difícil.

La ironía con que dijo Fresno estas palabras intrigó á Fadher, por más que ya estaba acostumbrado á aquel tono y salidas. Conocía bastante á fondo el carácter y las aspiraciones de su joven amigo y también los pesares que le embargaban y corroían el ánimo. En todo el camino de su vida no había encontrado nunca más que abrojos. Recogiendo abrojos había pasado los mejores años de su juventud, y lo más triste era que, joven aun, había ya casi perdido la esperanza de poder cosechar nunca otra cosa. Era un gran corazón, algo soñador, pero cuyas ilusiones habían ido marchitándose poco á poco y cayendo una á una como las hojas de los árboles. Espíritu lleno

de nobles ambiciones, se había sentido con fuerzas para trepar por la pendiente arriba; y adolescente, solo, sin amparo de ninguna clase, como el náufrago en medio de la mar, sintiendo unas veces desalientos de niño y otras energía y fortaleza de gigante, había luchado cuerpo á cuerpo con las tormentas de la vida. Era un escéptico con fe, porque á pesar de sentirse con fuerzas para andar por las alturas como el águila, tenía que arrastrarse por el suelo como el reptil; y con un corazón abierto á todos los sentimientos generosos, era una especie de misántropo, porque nunca se había encontrado más que con fatuos y pedantes.

Fadher sabía todo esto de su amigo, pero á pesar de ello, hacía tiempo que le notaba algo más taciturno que de costumbre. ¿Cuál sería el motivo? ¿Era que su amigo pasaba por una de esas crisis á que frecuentemente están expuestos los espíritus decepcionados, ó era que alguna nueva causa había venido á aumentar sus pesares ordinarios? El se inclinaba á esto último y aunque tenía ciertos indicios como para suponerlo así, no había querido juzgar de ligero, contentándose con hacer algunas alusiones que, por lo ve-

ladas, ó habían pasado desapercibidas para Fresno ó éste había disimulado muy bien el efecto que hubieran podido producirle. Pero aquel día estaba de buen humor y se propuso saber, ó por lo menos intentarlo, hasta dónde era de fundada su sospecha. Y, con disimulo, como si no hubiera dado ninguna importancia ni al tono ni á las palabras de Fresno, dijo:—¿Un gran problema?—Un gran problema, señor Fader, sí—contestó Fresno acentuando más la manera irónica de sus palabras anteriores.

—Mire, Fresno, ese gran problema vamos á resolverlo entre los dos.

—¿Entre los dos?—dijo Fresno, mirándole con escéptica sonrisa.

Pero Fader, aparentando indiferencia, continuó:—Mañana habrá una fiesta en lo de Montes.—Y luego, mirándole á su vez con fijeza, agregó, recalcando mucho las palabras:—Es el cumpleaños de Elena.

El semblante de Fresno sufrió una súbita transformación. Aquellas palabras y, más que todo, la manera cómo habían sido dichas, causáronle un efecto igual que si le hubieran clavado el corazón con un puñal candente. Apartó su vista de la de Fader,

como si hubiera temido que los ojos de éste abrasaran las pupilas de los suyos; y, por un instante, creyó que durante aquel momento, en que ambos se habían estado mirando con fijeza, el espíritu de Fadher había penetrado en lo recóndito de su cerebro y leído en él como en un libro, sus más escondidos pensamientos. Al principio sintió una impresión aguda, dolorosa, como si de golpe se le hubiese fundido el corazón y cuajado toda la sangre de las venas; luego, experimentó otra como si fuera, no sangre, sino fuego lo que le corría por aquéllas y le quemaba todo el cuerpo; y, por último, un frío, un temblor, un sudor y un decaimiento tales, que creyó que se le escapaba la razón. Todo esto le ocurrió en un segundo, sin tener tiempo de pensarlo ni menos de sobreponerse á sí mismo y dominarse, recurriendo á la entereza de que se había sentido dueño en ocasiones mucho más críticas que aquella. Y era que las palabras y la mirada de Fadher le habían tomado de sorpresa, sin sospechar nada, y que el temperamento, irguiéndose de pronto como potro á quien le espolean los ijares, había impedido todo cálculo y estorbado

toda operación racional. No pudo articular una palabra. El timbre de su voz habría puesto en evidencia la gran conmoción de su espíritu á quien nó lo hubiera adivinado en su semblante. Dió dos ó tres chupadas al cigarrillo que tenía en la mano para que el humo velara é hiciera menos visibles sus facciones, sacó el pañuelo y se atusó el bigote, fingió un golpe de tos buscando en todo ello un pretexto con qué cohenestar su turbación y su silencio. Por fin, se repuso algo. Pero la idea que le asaltó de que no era posible el que Fadher hubiese dejado de notar su turbación, empezó á mortificarle y no le dejaba recobrar su sangre fría. ¿Por qué Fadher le hablaba así en aquel tono, al parecer indiferente, no obstante lo cual creía él haber notado en su mirada una intención escrutadora? ¿Había dado él algún motivo como para que nadie pudiera pensar nada? Por otra parte, no era aquella la primera vez. Ya en otras ocasiones le había parecido observar en Fadher el mismo propósito indagador. ¿Sabía algo? ¿Quién se lo había dicho y cómo lo sabía?

Fadher, entre tanto, y como para hacer menos penosa la situación de ánimo de

Fresno, se levantó del sofá, encendió á su vez un cigarrillo y, pretextando buscar algo, levantó la tapa de una carpeta que había sobre el escritorio y se puso á revolver papeles. Un momento después, añadió como sital cosa, sin mirarle y haciendo que no había dado importancia al incidente:—Pues sí, amigo Fresno;—y luego agregó cerrando la carpeta:—Con que ya lo sabe. Supongo que irá usted por allá.

¿Pero eso á qué viene ni qué tiene que ver con mi problema? iba á decir Fresno, ya más repuesto, cuando apareció en la puerta un hombre vestido de negro, cuya enclenque constitución le hacía parecer más viejo que era en realidad, de barba y cabellera largas, tan descuidadas y tupidas, que le cubrían casi del todo las orejas y apenas si le dejaban libres la nariz, los ojos y la frente. Llevaba eternamente abotonada la levita y su mirada ingenua, su cuerpo delgado y sus maneras correctas y elegantes hasta cierto punto, chocaban con el aire cerril de su cabeza.—Caballeros...—dijo desde la puerta haciendo una ligera inclinación. Entró, puso el sombrero sobre el escritorio y mientras, maquinalmente, y sin ningún

género de etiqueta, daba la mano á Fadher, dijo á Fresno en tono amable, aunque menos familiar:—¿Qué tal, Fresno?

—Bien, señor Montes, gracias.

Sentóse en una de las butacas que había cerca de la mesa, enfrente del sofá en que estaba Fresno, y encendiendo un cigarrillo—¿Qué hay de nuevo?—dijo, como para iniciar conversación.

—Amigo Montes—le contestó Fadher dando un aire grave á sus palabras—tengo que darle una noticia.

—¿Buena?

—Hace un rato que le están esperando aquí dos ciudadanos.—Y al ver que Montes se había quedado indiferente, como no dando mayor importancia á la noticia ó bien como si no hubiera caído en quiénes podían ser los tales ciudadanos, agregó;—Famatina. ¿Se acuerda? El de La Explotadora hombre, Pringles. Y... ¿cómo se llama este otro diablo! ¡Ah, Sánchez! Ese que modestamente aspira al consulado de Nápoles ó al de Montevideo.

—Ah, sí,—balbuceó Montes. Iba á seguir hablando, pero en aquel momento vió venir á los aludidos. Le habían visto en-

trar desde el extremo opuesto del despacho y se acercaron á saludarle. Pringles venía delante, y dándole la mano, saludó al señor Montes como de inferior á superior, con suma afabilidad y cortesía. Sánchez, más tímido ó más cachazudo, venía detrás y saludóle también, pero á distancia, sin atreverse á darle la mano, haciendo una profunda reverencia.

—Hace un momento—dijo Fader á Montes—me referí á usted hablando con el señor Sanchez á propósito de ese consulado. Creo que me dijo usted que se había ocupado del asunto y que se podría conseguir algo.

—Si; yo creo que si,—contestó Montes. Y dirigiéndose á Sánchez—usted sabrá, señor, cómo son estas cosas.—le dijo—Muchas veces, por más que uno se empeñe, cuesta, sobre todo cuando se trata de un cargo de importancia. Pero, en fin, esté usted seguro de que ha de hacerse todo lo posible.

Sánchez se excusó nuevamente, le dió un millón de gracias y, más animado, se adelantó y fue á sentarse en una de las butacas que encontró más cerca. El no tenía

ningún apuro, como acababa de decírselo al señor Fadher y, aparte el gusto que había tenido en saludarles, sentía el haber ido, porque tal vez se creyera que lo había hecho de impaciente. Para él igual era día más que día menos.

Mientras Sánchez se disculpaba de esta manera, estaba Pringles con unas ansias de hablar tales, que no sabía dónde poner la lengua. Hubiese dado cualquier cosa porque aquel imbécil, como le llamaba él, hubiera tenido el acuerdo de irse ó de callarse. Ya no se acordaba de que pocos momentos antes le había estado aturrullando con sus mil planes financieros, inclusive los concernientes á La Explotadora, cuyo génesis, futuro desarrollo é influencia en el progreso moral y material del país, le había contado con exuberancia de detalles.

—Pero, hombre—dijo de pronto Fadher, —estoy pensando en que, una vez que se instale La Explotadora, ha de haber en ella algún puesto de importancia como para el señor Sánchez. Provisoriamente, claro, mientras se consigue el consulado.

No necesitó más Pringles para sacar á relucir su tema favorito.—¡Cómo no!—dijo

frunciendo las cejas y estirando ambos labios—¡Con el mayor gusto, amigo Sánchez! ¡Desde ya puede usted contar con ello! ¡Cómo no!—Y acto continuo empezó una intermimable perorata acompañada de mil gestos y ademanes sobre las excelencias de su proyecto. Era el único medio de salvación para el país. Estableciendo la moneda metálica, se desterraría el curso forzoso para siempre; el crédito en el exterior sería ilimitado, y los títulos nacionales obtendrían una elevada cotización en los mercados europeos. Esto mismo favorecería la importación de los capitales extranjeros, la valorización de la tierra y el aumento de la inmigración, que poblaría las extensas y feraces regiones agrícolas y pastoriles, dando impulso á las nacientes industrias y multiplicando hasta lo infinito las fuerzas productoras del país.

Ninguno de los circunstantes interrumpió aquel *ex abrupto* chorro de elocuencia político-económica. Montes le oía con atención, guiñando ora un ojo ora otro por efecto de que era muy nervioso; Fadier, con una sonrisa maliciosa; Sánchez, con la mayor indiferencia, y Fresno, que abstraído siempre

seguía sentado en el sofá, levantaba algunas veces la cabeza para mirar á Pringles, cuando éste, llevado de su ardor oratorio, se esforzaba por dar mayor fuerza de convicción á sus palabras acompañándolas con exagerados gestos y ademanes.

En uno de los pasajes hizo alusión á lo que había dicho Fadher respecto al parecer del ministro de hacienda, manifestado por éste al señor Montes. A lo que éste contestó que, efectivamente, él y el ministro habían hablado del asunto y que, en el fondo, no le había parecido mal. A él tampoco le disgustaba, en el fondo; pero opinaba que en la práctica había de ofrecer algunas dificultades, porque aunque era evidente la existencia de minas en el interior, nadie sabía á punto fijo donde estaban, y, además, para explotarlas, era necesario arriesgar grandes capitales.

Pringles refutó estas razones con el mismo calor que antes, sosteniendo que, puesto que se admitía la existencia de las minas, había que admitir también la bondad de su proyecto.—¡Qué diablo!—dijo—las minas no han de venir á buscarnos á nosotros. Somos nosotros quienes debemos irnos á bus-

car á ellas.—A eso iba él. Ese era su plan, que no había de ser menos bueno porque algunos le combatieron. Y notando que á medida que él hablaba hacía Fadher señales de asentimiento con la cabeza, añadió:—Es que usted, señor Montes, no ha estudiado el asunto con la detención que merece. También al señor Fadher le parecía irrealizable al principio y ahora ha cambiado de opinión. ¿Por qué? Porque le ha estudiado y porque ha comprendido sus ventajas.

Fadher, que durante las últimas palabras de Pringles había redoblado y acentuado más aún sus signos de asentimiento, dijo que él estaba por el proyecto é invitó á Montes á que lo estudiara bien y vería como cambiaba de parecer.—No hay razón —agregó—para que un país lleno de minas tenga por moneda unos papeles sucios que no valen para nada. ¿No es verdad, amigo Pringles? Ya verá usted—continuó, dirigiéndose á Montes—cómo han de mejorar las cosas en cuanto empiece á funcionar La Explotadora. ¿Cómo se hizo en California? ¿No se fundó también allí una sociedad anónima, y los metales que se extrajeron, no contribuyeron á valorizar el papel mo-

neda de los Estados Unidos, que estaba más depreciado que el nuestro? ¿Pues por qué hemos de ser aquí menos que en California? Amigo Pringles, estoy con usted. Esa es la única manera de que el país se levante, de que progresen las industrias y de que se acaben de una vez estos temores de revolución que nos hacen vivir en un continuo sobresalto.

El semblante de Pringles irradió la más grande satisfacción al oír las palabras de Fagher y en poco estuvo que no se echara en sus brazos y vertiera lágrimas de gozo. Tenía buen corazón y aquellas palabras le hicieron el efecto de un bálsamo bienhechor, porque halagaron su ingenua vanidad de hombre ducho en materia de iniciativas comerciales. Quiso hablar, pero al hacerlo, le interrumpió Montes preguntando á Fagher:—¿Qué hay de revolución?— Contestó-le Fagher que no se hablaba de otra cosa; y, refiriéndose á las noticias de los diarios, le preguntó que si no las había leído.

—¡Los diarios!—dijo Montes con incrédula sonrisa.— ¿Para qué los iba á leer si, total, todo cuanto decían no era más que una propaganda de oposición sistemática? Luego,

extendiéndose en otro orden de consideraciones, sostuvo que nunca había tenido el país un gobierno tan progresista y que, por esta razón, era inmovible. ¿Qué se quiere? ¿Inmigración? Jamás ha venido en mayor número que al presente. Las industrias van progresando cada vez más, nunca ha estado el país en mejores condiciones, ni nunca ha habido más facilidades para poder trabajar, ni más crédito, ni más dinero. ¿Quién no consigue un descuento en los bancos? El que no quiere. De modo que no trabaja y no hace fortuna el que no quiere.—Amigo Fadder,—continuó diciendo en un tono que no admitía réplica por lo terminante— ¡no sé qué más puede pedirse!

En igual orden de ideas se expresó Pringles, agregando que, para él, el actual gobierno era inmejorable, como lo había dicho muy bien el señor Montes. Y sobre este tema continuó la conversación aduciendo cada cual sus razones, hasta que, ya al caer la tarde, se retiraron Pringles y Sánchez.

—Ya le digo, amigo Sánchez: cuente con que haré todo lo posible á fin de conseguirle eso.

—Señor Montes—contestó Sánchez, ha-

ciendo un saludo respetuoso—si se puede, bien; y si no se puede, lo mismo.

Pringles dió á cada uno un apretón de manos, y mientras iba saliendo, dijo á Montes, afectando un aire como de correligionario político: — Señor Montes, abrigo la esperanza de que, con el tiempo, no sólo cambiará usted de opinión sobre La Explotadora, sino que ha de ser uno de los más fuertes accionistas.

Había cesado la lluvia torrencial y en las calles y veredas, que estaban como lavadas, ya no se advertía ni el bullente hormigueo humano ni el ruido ensordecedor de los vehículos. El cielo estaba completamente despejado, y el sol, ya oculto en el poniente, parecía como si despidiese intensas llamaradas que teñían de un vivo carmín las nubes diafanas y blancas.

Poco después salieron también del escritorio, Montes, Fadher y Fresno, y tomando por Piedad hacia Florida, dirigiéronse los tres á uno de los hoteles más lujosos y centrales.

Durante la comida se habló del premio del oro, del valor de los títulos de crédito, de proyectados negocios, y, por incidencia, también de la presunta conspiración revo-

lucionaria. Montes había estado aquella tarde en La Plata y explicó á Fadher cómo tenía ya casi realizada una operación importantísima, atrevida, que sería cuestión de redondear cuatro ó cinco millones de pesos en poco tiempo. La operación, como se lo había dicho ya en otras ocasiones, era un juego al alza de los títulos, acaparando día por día cuantos se ofrecieran en el mercado. Allí mismo, sobre la mesa, hizo un cómputo ligero y resultó que lo comprado hasta la fecha en las bolsas de Buenos Aires y La Plata, por los diferentes corredores, que tenía á su servicio sumaba ya como á diez millones, en casas, tierras, cédulas hipotecarias y otros títulos de crédito.

Fresno permanecía silencioso. Mientras Fadher y Montes hablaban de sus negocios respectivos, él miraba á una y otra parte del salón, cuya regia esplendidez realzaban los lujosos cortinados y la profusión de luces y de espejos. Había observado que siempre que iba encontraba allí, esparcidos en una y otra mesa, á un determinado grupo de sugetos que, sin ocupación de ningún género ni bienes de fortuna conocidos, debían hacer, sin embargo, una vida dispen-

diosa. Nadie sabía cómo se las arreglaban. Con su infaltable florcita en el ojal, bien peinados, lavados y afeitados, pasaban la vida sin entender de nada ni preocuparse más que de sus interesantes personillas. ¡De seguro eran los zánganos que, alegre y descansadamente, consumían parte del fruto de la gran colmena!

En la esquina de Florida y Cangallo se despidió Fresno de Montes y de Fadher. Los dos últimos tomaron por la primera hacia el sur y por la misma siguió Fresno rumbo opuesto hasta la de Corrientes.

Iba por el medio de la calle, pensativo, como siempre, sin que, al parecer, le llamaran la atención ni los lujosos escaparates de las casas de negocio ni las mil mujeres que, con el atractivo de sus galas y belleza, daban á la calle el aspecto de un paraíso terrenal.

Poco después, sentado en el rincón del tranvía, con una pierna montada sobre la otra, la mano en el bolsillo del pantalón y la cabeza reclinada en la otra, cuyo codo apoyaba en el marco de la ventanilla, iba hacia el oeste en la misma actitud pensativa.

Tal vez seguía mortificándole el recuerdo de la mirada escrutadora de su amigo.

III

Don Octavio Montes, era natural de Córdoba. Terminada la campaña del Paraguay, su padre, que había servido como coronel de guardias nacionales, obtuvo un buen empleo en la administración nacional y á fines del año 69 se estableció con su familia en Buenos Aires.

Octavio contaba por entonces unos diecinueve años de edad, pero tenía ya bastante desarrolladas las dos condiciones principales de todo provinciano bien nacido: ser cortejante y ser politiquero; y estas dos inclinaciones, que para muchos son causa de perdición ó de rémora, tuvieron en su porvenir eficacísima influencia.

Recibió una instrucción menos que mediana, y como, caso extraño, á pesar de ser

politiquero jamás se le ocurrió que algún día podría llegar siquiera á diputado, pasó los mejores años de su juventud sin preocuparse de cultivar su perezosa inteligencia, conformándose: en política, con hablar por boca de ganso como cualquier hijo de vecino; y en galanteos, con proferir vulgaridades al oído de las bellas.

Así como hay quienes aman el arte por el arte, así Octavio se contentaba con galantear por galantear, cuando era mozo, es decir, que lo hacía desinteresadamente. Todas sus muchas conquistas eran platónicas y con la mayor facilidad del mundo echaba la última en olvido en cuanto el azar le ponía por delante otra con quien poder pelar la pava. Pero el corazón es una cosa con la que no se puede jugar impunemente y le aconteció que, tanto y tanto andar, un buen día se enamoró de veras.

Luisa Puchini se llamaba la hija mayor de un matrimonio italiano que estaba establecido con un negocio de quesería en las inmediaciones del Mercado Viejo. Su hermosura extraordinaria justificaba la vehemente pasión que Octavio concibió por ella. Era una mujer de irreprochables formas

musculares, alta, de un grosor proporcionado, blanca como la nieve, de ojos negros y grandes y de copiosa cabellera, negra también, como los ojos. Sus padres la habían dado una educación regular y eran bastante finos sus modales, por más que careciera de ese aire distinguido propio de la gente nacida y criada en buena posición social.

Oyó como quien oye llover, la primera declaración de Octavio. Aquel mozo de cuerpo menudito, de barba cerrada y un si era ó no era presumido, la dejó por completo indiferente. Fué más: sin que ella acertara á explicarse la verdadera causa y sin poderlo remediar, soltó una carcajada. Pero Octavio no se desanimó por eso. Al contrario. Firme que firme, persiguióla tenazmente á todas horas, y la constancia y el haber sabido insinuarse favorablemente en el ánimo de los padres de su amada, consiguieron lo que de otro modo le hubiera sido imposible conseguir.

Otra circunstancia que le favoreció mucho, fué la de saber los padres de Luisa que el señor Montes desempeñaba un cargo de importancia en la administración nacional. A poco andar, pensaron que aquél

era un buen partido para su hija; y aunque ésta, al principio, se mantuvo firme en no aceptarle, consintió al fin, un poco por obedecer á sus padres, y otro poco porque también ella sentía la comezón de figurar.

No dejaba de advertir Octavio el desamor de Luisa. La encontraba siempre fría con él y en ocasiones hasta displicente. Pero las esculturales formas de aquella mujer soberbiamente hermosa, le tenían dominado por completo. Semejantes desdenes, lejos de amortiguar su pasión, la enardecían más y más y no pensó sino en casarse así que los padres de su novia consintieran en ello formalmente. La esperanza es la última cosa que se pierde, y el pobre mozo se hizo la ilusión de que con el tiempo y el continuo trato, quizá lograra vencer en Luisa aquella frialdad á fuerza de quererla.

Doña Sinforiana Cruz de Montes era una señora que, á través del tiempo y de la evolución social, había logrado salvar incólumes ciertos humos aristocráticos, rancia preocupación de la época del coloniaje. Al oírla hablar, cualquiera hubiese dicho que era una persona de estirpe linajuda, y sin

embargo, ni era tal, ni nunca habían tenido en qué caerse muertos ella ni ninguno de su familia, oriunda de un pueblecito cercano á la capital de Córdoba.

Sentía una gran aversión hacia la *chusma*, como llamaba á la gente de condición humilde, y este sentimiento, ingenuo en ella, se hacía también extensivo á los comerciantes al menudeo, oficio que, para ella, continuaba siendo de villanos, y, en general, á toda persona que comiera pan amasado con el sudor de su frente.

Una vez oyó ponderar á cierto sugeto, cuyos méritos propios é inteligencia le habían granjeado mucha consideración y un alto puesto en la magistratura. A lo que, con rítmica tonada, que no perdió en su vida, contestó muy suelta de cuerpo, que no podía ser gran cosa el tal, porque la madre era una chusma á quien ella había visto en Córdoba de cocinera.

Grande fué la que se armó en casa el día que doña Sinforiana Cruz supo el noviazgo de su hijo y averiguó la condición de la que estaba llamada á ser su nuera.— ¡Pero miren!—decía furiosa con su tonada sempiterna.— ¡Pero miren de quién se ha ido

á enamorar! ¡De una quesera!--Y luego, como para exasperar la calma de su hijo, agregaba con insidiosa y malévola sonrisa: —¡Cómo ha de oler la *gringa*! ¡Hijito, tendrás que taparte las narices!

Inútiles fueron todos los razonamientos de Octavio para convencerla de que Luisa era una muchacha buena y digna de ser su esposa bajo todos conceptos. ¡Qué esperanza que había de consentir ella! Antes hubiera preferido verle muerto.—Si no ha de pasar de una chusma cualquiera —decía siempre con señoril altanería.

Y se hubiera muerto no más ó casado-se quién sabe cuándo, si el veterano del Paraguay, que era hombre de ideas democráticas, no hubiese opinado de diferente modo y consentido el casamiento. La ilustre señora tragó mucha saliva, pero no tuvo más remedio que hacer de tripas corazón y refrenar sus puntillosas preocupaciones y sus aristocráticos escrúpulos.

La joven pareja tuvo que salir á los dos meses de la casa paterna. Luisa, que era un poco altiva por naturaleza, se plantó un día delante de su marido y le dijo que ella no estaba una hora más en aquella casa.

No le era posible seguir aguantando las frecuentes pullas de su suegra. La ilustre señora, que sólo por respeto á su marido consintió en aquella unión, comenzó desde el día siguiente una guerra atroz contra su plebeya nuera.

En la mesa era donde doña Sinforiana Cruz encontraba la ocasión más á propósito para echar afuera la enorme cantidad de bilis que tenía en su pequeño cuerpo. Podría faltar el pan ó cualquiera otra cosa indispensable; pero jamás el queso en abundancia. Compraba uno de los más grandes, que ponía en medio de la mesa en un gran fuentón y tenía buen cuidado de traer otro antes que aquél se concluyera. Entonces colocaba debajo el entero y el empezado encima, de manera que los dos formaban una especie de cono tronchado por cerca de la base. A los postres, ella tomaba para sí y para su marido una pequeña tajadita y, á Luisa, y especialmente á Octavio, servíales una ración formidable.

—¿Qué, no te gusta el queso, hijo?—decía con disimulada sorna viendo que Octavio dejaba siempre en el plato la mayor parte de la ración.—Pues es muy rico.—Y sa-

cando con la punta del cuchillo otra tajadita diminuta, proseguía en tono afectadamente cariñoso, dirigiéndose á su nuera, á quien no tuteó jamás:—¿Y á usted, Luisa, tampoco?

Otras veces, cambiaba de conversación y, á lo mejor, decía de un modo estudiadamente ingenuo: — ¡Ave María, pero qué olor! ¿No advierten ustedes mal olor?— agregaba dirigiendo alternativas miradas á Octavio y á su nuera.

Octavio, que sabía la intención y el alcance de estas dañinas indirectas, sufría horriblemente y disimulaba á fin de que Luisa no se apercibiera. Mas ésta, que tenía bastante perspicacia, las comprendió también al punto y no tardaron en armarse frecuentes y acaloradas grescas entre los jóvenes esposos. Aquella casa acabó por serle profundamente antipática. Respiraba en ella una atmósfera insoportable, asfixiante. Su primer desencanto fué el no haber encontrado en ella las holguras de que creyó que iba á disfrutar como hija política de un alto empleado público. Luego, el aire desdeñoso y aristocrático de su señora suegra, con la que jamás tuvo un momento de

expansión, engendró en ella una ojeriza comparable á la que por ella sentía la nobilísima señora. Exceptuando al viejo veterano, cuyo ameno y cariñoso trato la cautivó desde el primer instante, todo le era allí antipático; y hasta por su marido, con el cual se desquitaba siempre, comenzó á sentir un principio de aversión.

Doña Sinforiana Cruz pudo convencerse de que Luisa no era una muchacha como ella se había figurado, ordinariota y sin modales. Pero así y todo se dejó llevar de su primera impresión y no pudo tragarla nunca. Quizá pensaba en casar á su hijo con una princesa de sangre real ó cuando menos con alguna hembra de prosapia linajuda, y aquella quesera había venido á desbaratar todos sus planes. Cuando algunas veces Octavio la encontraba sola y con lágrimas en los ojos, le decía que no fuera así, y se afanaba por demostrarle las buenas cualidades de su adorada Luisa; ella, afectando ingenua seriedad, le contestaba siempre en tono musical:—¡Hijito, por más que hago no me *dentra!* ¡No me *dentra*, hijito, no me *dentra!*

Luisa, que era mujer de tesón, se salió al

fin con la suya. Un día que no comió en casa el viejo veterano, doña Sinfioriana Cruz estuvo en la mesa del modo más cargante. Después de repetir mil veces lo del mal olor, de no hablar sino de quesos, pasando revista á todas las clases conocidas, y de decir que, para ella, no había nada en el mundo como el queso, sirvió á la pareja una ración doble que la de costumbre. La joven no pudo aguantar más. Sin mirarla siquiera, se levantó de la mesa y se marchó á su cuarto precipitadamente.

A Octavio se le cayó el alma á los pies y, mudo, abatido, permaneció sentado. ¡Era terrible aquello! Rápida, como un relámpago, cruzó por su mente la idea de abalanzarse ciego sobre la que ofendía de un modo tan sangriento al ser en quien tenía él concentradas todas sus aspiraciones, toda su vida, toda su alma. Pero no fué ni pensarlo. Y la idea cierta de que á otro que á su madre le hubiera despedazado entre sus brazos pareció reportarle algún alivio.

—¿No te gusta, hijo?—insistió aún doña Sinfioriana Cruz, en tono cínicamente cariñoso, observando que tampoco él había probado el queso.

Octavio pensó en la conciencia de su madre y por primera vez en su vida, tuvo una duda cruel, matadora. Quiso pensarlo más, pero se cayó en un abismo y con los ojos arrasados de lágrimas, salió de allí sintiendo algo como si el corazón se le rompiera ó como si se le agrandase y fuera á escapársele del pecho.

Al día siguiente se instaló en la que sería el joven matrimonio. Luisa, que pretextando una diligencia salió á la calle poco después de terminada la comida, no volvió más. Se había ido callada, sin decir una palabra, ni proferir la menor queja contra nadie; pero su silencio tenía todos los caracteres de una energía inquebrantable. Quizás no esperaba más que una palabra para desatarse en denuestos y dar rienda suelta al rencoroso y comprimido sentimiento de que estaba impregnada hasta los huesos. Pero Octavio que, silencioso, miraba los preparativos, la dejó marcharse, sin atreverse, como otras veces, á suplicarla que desistiera de su propósito. En el fondo, encontraba razonable el proceder de Luisa. Era imposible el que continuara por más tiempo aquella vida insoportable.

Pasó la tarde y las primeras horas de la noche y, al ver que no venía, presa de gran inquietud, se fué á buscarla á casa de sus suegros. Contra lo que presumía, le recibieron bien. Luisa estaba allí, pero fueron inútiles todos sus ruegos y razonamientos. Ella se echó en sus brazos y con lágrimas en los ojos y una ternura á que Octavio no estaba acostumbrado le rogó que no la sacara de su casa.

El pobre mozo quedó desconcertado y acaso fue aquél uno de los momentos más dichosos de su vida. Aquella inusitada muestra de cariño le embargó por completo y enternecido y derramando también lágrimas de un inmenso gozo, consintió, sin oponer la menor resistencia.

Pasó una temporada relativamente feliz. Con el cambio de domicilio, se modificó mucho el genio de Luisa. Hasta parecía verdaderamente enamorada de su marido, según estaba de cariñosa con él algunas veces. Octavio, por su parte, correspondía con creces á estas muestras de cariño y, en el fondo, casi daba gracias á su madre. —Si hubiéramos seguido allí—pensaba—no seríamos tan felices.

Pero aquella felicidad fué pasajera y no tardaron en cambiar las cosas.

Por mediación de su padre, consiguió Octavio un modesto empleo y á él iba todos los días después que almorzaba, regresando invariablemente de cuatro á cuatro y media de la tarde. Era tan contraído á sus obligaciones que, muchas veces, cuando arreciaba el movimiento en la oficina al punto de no poderse hacer todo el trabajo en las horas ordinarias, llevaba á su casa las órdenes y demás documentos que dictaban sus superiores y allí, en una mesita que hacía las veces de escritorio, lo ponía todo en limpio con letra primorosa.

Pero la vida se deslizaba así para ambos monótona y sin ningún horizonte. Para Octavio, que carecía de aspiraciones, todo iba bien. No así para Luisa. Al casarse con el hijo de un alto empleado, se forjó un mundo de ilusiones, y no sin grandes esfuerzos, se resignaba á seguir haciendo aquella vida tan modesta. Este continuo malestar, acabó por exasperarla y por trocar en verdadera aversión la indiferencia con que siempre había mirado á su marido. Frecuentemente se quejaba á sus padres, por cuyos consejos

había aceptado el matrimonio; y el pobre Octavio recibía entonces indistintamente los reproches de su mujer y de sus suegros.

El concepto que Luisa se formó de su marido era bien diferente del en que le tenían sus superiores. Siempre le veía trabajar y, sin embargo, las entradas eran tan exiguas, que sólo á fuerza de economías alcanzaban para lo más indispensable. Al verle escribir constantemente, una vez la preguntó que qué escribía. Octavio la dijo, que estaba poniendo en limpio y con buena letra un documento del jefe de la oficina.—¿Qué, no sabe escribir él?—le contestó.

Y entonces explicóla él cómo el jefe de la oficina redactaba los documentos á la ligera y con mala letra y él tenía que copiarlos después con letra clara. Ella, que era sagaz, se dió en seguida cuenta.—¡Claro! —murmuró entre sí.—Este, lo que hace, es limpiar lo que ensucian otros. ¡Si para eso no más ha de servir!

Con todo, mientras no fueron más que ellos dos solos, no andaban tan mal. Vivían, renegando siempre, y con muchísima estrechez, pero vivían. Mas sucedió que

á los once meses tuvieron un niño, Ricardo; y a los ventidós una niña, Elena; las necesidades se multiplicaron considerablemente, y, como las entradas seguían siendo las mismas, en más de cuatro ocasiones tuvo Luisa que recurrir á la generosidad de sus padres.

Esto acabó de exasperar los ánimos de unos y de otros. Acusaban á Octavio de negligente y de inútil y, por añadidura, como si eso no fuera bastante, le echaban también en cara el orgullo de su madre.

Todas estas mortificaciones influyeron notablemente en el ánimo de Octavio. Su carácter tuvo una especie de despertamiento, y su sistema nervioso, excitable por naturaleza, adquirió un grado sumo de permanente irritabilidad. Aunque su cariño por Luisa, lejos de disminuir un ápice, continuaba siendo cada vez mayor, huía de ella y de su casa, porque le era imposible el respirar aquella atmósfera asfixiante.

Llegó en esto una época de movimiento electoral y él, que desde dos años atrás había vivido alejado de los clubs, volvió á ellos, pero no como antes, sino con la esperanza de sacar ventajas.—Si triunfamos

—pensaba—quizá pueda conseguir un buen empleo.

A esto se reducían todas sus aspiraciones: á obtener un puesto lo bastante bien rentado como para poder vivir con mayor desahogo del que había disfrutado hasta el presente.

Con esta esperanza, inscribióse en el club de su parroquia y, nombrado miembro de la comisión de propaganda, trabajó con una actividad infatigable. El triunfo se tenía seguro y, examinando con detención el presupuesto había ya elegido el cargo que entraría á desempeñar, una vez ganadas las elecciones, cargo que, si no estaba en relación con sus aptitudes, lo estaba con sus necesidades que, para él, era lo esencial.

El entusiasmo extraordinario y fe profunda con que tomó la cosa, fueron causa de que desatendiera casi por completo los deberes de su empleo. Su jefe le amonestó por ello en diversas ocasiones y, al cabo, terminó por pedirle la renuncia. Octavio no se hizo repetir la indicación, tanto más cuanto que, por pertenecer aquél al partido contrario, lo tomó como un acto de venganza.—¡Oh! ¡Qué me importa!—dijo. Y le

entregó la renuncia con la certidumbre de que no estaba lejano el día en que él pudiera tomarse la revancha.

Llegaron, por fin, las anheladas elecciones y Octavio y los de su bando sufrieron la más descomunal de las derrotas. No fué por falta de sufragantes por lo que salieron derrotados. Al contrario. Los tenían con exceso y llevaban segura la victoria. Pero á lo mejor, se quedó sin gente la otra parte, y por esta causa, armóse una de puñaladas y de tiros, que hasta los más guapos tuvieron que escapar de allí como ratas por tirante y, en menos de un segundo, no quedó en el atrio ni memoria siquiera de las urnas.

Esto fué un golpe tremendo para Octavio. No tan sólo quedaron frustradas sus halagüeñas esperanzas, sino que, para colmo, hasta había perdido el modesto empleo que antes tenía.

Pasó una semana, y dos y tres, sin atreverse á confesar á Luisa su verdadera situación. Pero llegó un momento en que no tuvo más remedio y se lo dijo.

La lluvia de recriminaciones que esto le valió, fué interminable y abrumadora. Su-

frió horriblemente al verse tratado de tan desdeñosa manera por el ser á quien más amaba en el mundo; pero, por una parte la amargura del sufrimiento y por otra la misma vehemencia de su cariño, le sojuzgaban más y más, paralizaban, por decirlo así, su alma y no le dejaban articular una palabra de protesta. Luisa, por su parte, se había dado clara cuenta del estado de ánimo de su marido, y como toda mujer en igual caso, abusaba desconsideradamente de su ventajosa situación.

Si penosa había sido la vida mientras Octavio disfrutó del pequeño sueldo, más lo fué después que se quedó sin él. Durante los preparativos electorales había corrido algún dinero; pero terminados éstos, se agotaron por completo los recursos y le fué materialmente imposible el seguir atendiendo á la familia en la proporción, acostumbrada. Luisa tuvo entonces que recurrir de nuevo á la generosidad de sus padres, y la situación de Octavio acabó por hacerse de todo punto insoportable. Por lo común, no estaba nunca en casa. Andaba siempre fuera, como perro amedrentado á fuerza de palizas.

El fallecimiento de doña Sinfioriana Cruz vino á cambiar las cosas y á iniciar una nueva era en la vida de aquel mal avenido matrimonio. La ilustre señora murió casi de repente, víctima de una afección al corazón, y Luisa y Octavio se fueron á vivir en compañía del viejo veterano, con cuyo sueldo y la renta de dos casitas que tenía, pudieron todos pasarlo holgadamente.

Esta circunstancia permitió á Octavio el vivir sin siquiera preocuparse de buscar empleo. Para ser tinterillo de oficina y no ganar, como antes, más que un mezquino sueldo, prefería vivir sin hacer nada. Por otra parte, el porvenir no le preocupaba mayormente. Además de tener muy limitadas ambiciones, pensaba en que algún día habían de pertenecerle las dos casitas de su padre, y mal había de irle, cuando, á la larga ó á la corta, no pudiera obtener una jefatura de sección en el ministerio de gobierno cargo que él había elegido en el presupuesto y que, por la derrota electoral, no pudo conseguir un año antes.

El relativo bienestar de que gozaba le reportó también cierta tranquilidad de ánimo. Ya no era el espíritu apocado de an-

tes, á quien su mujer amedrentaba con una simple mirada ó con un gesto. Hablaba siempre de política y todo se volvía ponderar con entusiasmo el infinito número de sus correligionarios y las ventajas que obtendría el país con el triunfo seguro de su causa. El tiempo que no estaba en los clubs lo pasaba en casa, y aunque Luisa, cuya comezón de figurar iba en aumento, le hostigaba siempre echándole en cara su haraganería y su falta de iniciativa para hacer fortuna como otros, la presencia del guerrero del Paraguay, por quien ella tenía cariñoso respeto, era causa de que no fuesen tan frecuentes como antes las reyertas.

Así vivió Octavio más de un año después de la muerte de su madre. Su única mortificación era el desapego que notaba en Luisa, á la que suponía un tanto ambiciosa y amiga de comodidades; pero se tranquilizaba, en la persuasión de que había de poder conformarla una vez que él realizara sus limitadas ambiciones.

Para eso, en cuanto comenzaron los trabajos electorales de 1874, se inscribió con igual entusiasmo que antes en el club autonomista de su parroquia. Su ardor políti-

co y su anhelo de conseguir la soñada jefatura, no sólo lo convirtieron en uno de los agentes propagandistas más activos, sino que, cuando llegó el caso, tomó un fusil y salió á campaña en defensa de lo que él consideraba santo.

Cuando regresó á la capital, después de haber tomado parte en el encuentro de La Verde, su semblante revelaba la más grande satisfacción.

Las peripecias de la campaña, y más que todo, tal vez, el terrible choque de La Verde, le acarrearón una permanente irritabilidad nerviosa. Desde entonces fué que le quedó la costumbre de guiñar alternativamente ya un ojo, ya otro. Además de esto, Luisa notó otra cosa en su marido: no hablaba ya tanto de política, pero en cambio, le acometió el prurito de hablar de la campaña. Según decía, habiase portado valerosamente en el combate de La Verde y sido objeto de una honrosa mención por parte de su inmediato jefe. Durante mucho tiempo, raro fué el día que dejó de hablar de la batalla.

Luisa, que poseía el sentimiento de lo ridículo, encontró irrisorio á su marido y

bien pronto aquella aversión natural que le tenía trocose en una especie de tirria que á duras penas podía disimular. Le dominaba fácilmente y por esta causa y porque habia oído decir en muchas ocasiones que los ojos son el espejo del alma, no podia creer que, siendo manso y dulce el mirar de su marido, se hubiese portado en La Verde con fiereza.

Una vez que se normalizó la situación, consiguió Octavio, no la ansiada jefatura, pero sí un cargo de regular importancia en el ministerio de hacienda. Además, con la muerte de su padre, acaecida á fines de 1875, su posición mejoró notablemente. Vivian en casa propia y, aparte del sueldo, percibian la renta de otra casa. Esto pareció acallar un poco los instintos ambiciosos de Luisa, cuya pena por la muerte del viejo veterano, mitigó bastante la circunstancia de verse convertida en propietaria.

Pero no pasó mucho tiempo sin que volviera á ser víctima del sentimiento roedor de la ambición, que era la esencia de su ser. Antes, cuando no habia más que el mezquino sueldo de su marido, hubiera dado la mitad de su vida por ser propietaria y poder pasarlo con holgura; ahora, que habia logrado

esto, sus afanes la llevaban por otros derroteros.

Con frecuencia veía en los diarios los nombres de algunas antiguas compañeras de colegio, cuyos maridos gozaban de reputación científica ó literaria y desempeñaban cargos de importancia en la política ó en la magistratura, y su mayor desconuelo era el que Octavio no fuese capaz de desempeñar puestos semejantes.

La falta de quehaceres hizo que la lectura de los diarios fuera su ocupación favorita y por este medio llegó, en poco tiempo, no sólo á estar al tanto de los principales sucesos políticos que se desarrollaban, sino también á discurrir sobre ellos con bastante discreción.

Por entonces llamó mucho la atención un diputado á la legislatura de Buenos Aires con motivo de una interpelación hecha al gobierno sobre un punto constitucional; y la circunstancia de ser el interpelante esposo de una de sus más íntimas amigas, hizo que este acontecimiento se grabara hondamente en el espíritu de Luisa. El joven legislador había pronunciado un brillante discurso en la cámara y obtenido completa

victoria contra el ministro de gobierno. Cuando se terminó la sesión, acompañóle hasta su casa gran número de correligionarios políticos, y al día siguiente, ponderando los diarios las dotes oratorias del joven diputado, hacían largas consideraciones sobre la transcendencia de aquel suceso parlamentario.

Luisa no pudo por menos que ir á visitar á su amiga, llevada, más que de la idea de felicitarla, de la irresistible atracción que ejercía sobre ella lo ruidoso, lo deslumbrador, lo descollante. El semblante de su amiga, que había recibido muchas felicitaciones, revelaba la mayor satisfacción. Parecía estar muy orgullosa de su marido. Luisa comparó á Octavio con el joven orador y al comprender la enorme diferencia, sintióse como humillada delante de su amiga. Esta quizá llegara á ser con el tiempo la esposa de un gobernador, de un ministro, tal vez de un presidente; mientras que ella nunca podría ser más que la de un triste empleado subalterno.

Aquel día tuvo un fuerte altercado con Octavio, en el calor del cual le reprochó amargamente el que nunca aspirara á ser

más que un miserable empleado á quien cualquiera tenía el derecho de mandar. Otros que habían trabajado menos y que no se habían expuesto tanto como él, eran diputados.

Octavio aprovechó la coyuntura para recordar sus hazañas de La Verde; y como objetara que para desempeñar esos cargos había que tener ciertos conocimientos de que él carecía, por ejemplo, el de los códigos y otras ramas del derecho,—¿Pues por qué no has de estudiar?—le contestó ella cariñosa. Y luego, acentuando más el tono cariñoso, repuso:—Nadie nace sabiendo, hijo; nadie nace sabiendo.

Octavio, á quien la más leve caricia de su mujer, por lo mismo que eran tan raras, trastornaba por completo, la prometió de todo corazón que sí, que estudiaría y que procuraría ponerse en condiciones de poder presentarse como candidato en la primera oportunidad. — Además— agregó haciendo guiñadas alternativas y frecuentes,—eso, más que todo, es cuestión de amistades y yo tengo muchas relaciones.

Al principio pareció Octavio dispuesto á cumplir con la promesa. La misma Luisa

le compró los códigos y una porción de textos de derecho que él estuvo hojeando durante quince días. Pero se le acabó bien pronto el entusiasmo. Después ya no volvió á mirarlos sino en fuerza de las reiteradas instancias de Luisa; y, por último, ni pensaba en ello siquiera, hasta que ésta, recurriendo á su mañosa táctica, no le hacía objeto de alguno de sus cariñosos arrebatos. Entonces emprendía nuevamente la tarea, pero nunca era duradero su propósito.

Llegó en esto el tiempo en que había de renovarse parte de la legislatura provincial. Octavio, como siempre, tomó una participación activa en la campaña electoral, pero, contra lo que había hecho creer á Luisa, ni siquiera figuró como candidato.

La decepción de ésta fué grande. Y cuando, ciega de ira, volvió á echarle en cara su incapacidad, él la contestó que le dejara, que no tenía ya la cabeza como para ponerse á estudiar leyes.—¡Si es en balde!—agregaba después con una ingenuidad á la que los frecuentes guiños daban como un tinte picaresco.—Estas cosas hay que aprenderlas de chico, Luisa, de chico, porque, de grande, no le entran á uno ni á garrote.

Estas escenas, que se repetían constantemente, contristaban y exasperaban al mismo tiempo á Luisa, porque adquiría con ellas el ingrato convencimiento del poco valer de su marido, y el de que, por mucho que ella se esforzara y le instigase, habían de permanecer en la misma situación toda la vida. Y después de una tregua que duraba algunos días y que no era sino el síntoma precursor de un recrudecimiento más enérgico, no tardaba en volver de nuevo á la carga con mayores bríos. Para ella no había resignación posible. La neurosis del dinero la dominaba en absoluto. Como el avaro con sus tesoros escondidos, ella soñaba con honores, con riquezas cuantiosas y con espléndidos palacios.



IV

Hasta el año 1883 continuó Octavio siendo empleado del ministerio. Dos años antes, por renuncia de su superior jerárquico, ascendió á jefe de sección, pero este puesto, que había sido antes su dorado sueño, no tenía ya para él el atractivo de otros tiempos.

Las circunstancias habían variado mucho. Ricardo y Elena, sus dos hijos mayores, estaban á pupilo en un colegio. A Ricardo, había querido dedicarle al comercio.—Nuestro país—decía,—es esencialmente comercial y el comercio es lo que más porvenir ofrece al hombre.—En esto él tenía ideas como su padre. Su padre, antes de marcharse al Paraguay, había sido comerciante y habíale oído decir siempre que, para hacer fortuna,

nada era mejor que el comercio. Pero Luisa fué de distinta manera de pensar. Sus ideas de boato y de grandeza no se avenían mucho con el ejercicio de esa profesión. Bastante había sufrido y sufría con que su esposo no fuera capaz de ser ni diputado. A ella le tiraba más por las ideas de su finada suegra, que había concluído por hallar muy lógicas y naturales. Y aparte del escozor que experimentaba todavía al recordar aquel tesón mortificante con que hablaba de los quesos, le era muy simpática la memoria de la difunta y aristocrática señora.—No, señor,—dijo con imperio cuando se trató el punto.—Mi hijo ha de seguir una carrera, aunque su madre tenga que pasar necesidades. ¡Pues no faltaba mas! ¡Poner en el comercio á una criatura inteligente para que toda la vida sea un inútil!

Octavio, que cuando estaba de por medio la de su mujer, carecía de voluntad propia, no opuso mayores resistencias y Ricardito entró como interno en uno de los principales colegios. La niña entró también, poco después, en otro de los más acreditados.

Esto aumentó mucho los gastos, de suerte que, aunque vivían en casa propia, les alcanzaba á duras penas entre el sueldo de Octavio y la renta de la casita, porque tenían además otros dos hijos. Fué un gran sacrificio para Luisa. El amor de madre la tornó económica y le hacía soportar con relativa paciencia las estrecheces á que la obligaba el querer dar á sus hijos una educación que no estaba al alcance de sus posibles. Era consecuente consigo misma. —He de dar carrera á mis hijos—decía siempre—aunque tenga que andar hecha una pordiojera.

Pero con frecuencia su amor de madre libraba encarnizadas luchas con su instintiva é irresistible inclinación al lujo que tenía que sofrenar; y aunque aparentemente, quedaba el primero vencedor, la segunda subsistía en ella quizá mas viva que nunca y no podía desaparecer, porque la tenía arraigada en las entrañas mismas, constituía el rasgo principal de su carácter, era la esencia de su ser. Los efectos de esta lucha mortificante la tenían malhumorada de continuo y, para desahogarse, acudía siempre al recurso de echar en

cara á su marido el que no fuera capaz de hacer fortuna como otros.

Octavio comenzó á preocuparse. Luisa devoraba con avidez las pequeñas economías que hubieran podido hacerse y por más que llevaba a su casa el sueldo íntegro, nunca habia en ella un peso disponible. Hasta para fumar se veia muchas veces en el trance de tener que pedir prestado á sus amigos. Tantas privaciones, ni más ni menos que al principio de su matrimonio cuando no contaba con otros recursos que su mezquino sueldo, le tenían exasperado y le hicieron pensar seriamente en que le era necesario mejorar de situación.

Pero, por más que hacia, no hallaba la manera. Pensó en dedicarse al comercio mas, como nunca lo habia practicado, le inspiraba el temor de lo desconocido y se sentia incapaz de emprender nada con buen éxito.

En estas alternativas, falto de la necesaria decisión como para determinarse á probar fortuna adoptando cualquier otro temperamento de vida, resignóse á seguir la que llevaba y á esperar todo de las contingencias de la política.

En 1880, cuando la minoría del congreso y el poder ejecutivo nacional se trasladaron a Belgrano, él, como fiel empleado del ministerio, se fué también allá y no regresó hasta que, vencida la revolución, entraron otra vez en Buenos Aires las tropas nacionales. El fragor de la lucha fratricida y la sangre derramada en las acciones de Puente Alsina y los Corrales, borraron algo de su memoria el recuerdo de La Verde. Desde entonces no habló ya con tanto entusiasmo de la campaña del 74, que, en su concepto, no había tenido la importancia ni la significación política que la del 80. El estampido de los cañones, el olor de la pólvora, los ayes de las pobres victimas y los montones de cadáveres, al par que reavivaron en él aquel antiguo prurito que tenía de hablar de batallas, fueron causa de que se le acrecentara la crónica irritabilidad nerviosa que le quedó cuando La Verde. Luisa notó con disgusto que los guiños eran mas frecuentes y cuando, lleno de entusiasmo, refería su marido los lances de la campaña y especialmente la serenidad con que él se había portado en los sitios y momentos de mayor peligro,

ella, más practica, le interrumpia siempre diciéndole que todo eso no servía de nada, y que en lugar de pasar tantos peligros y de pelear tanto para que medraran otros, era mucho mejor pelear menos y hacer más por la familia.—Otros, siquiera,—agregaba— cuando se arriesgan, es para sacar algo, por lo menos un galón.—Pero él ¿qué había sacado con tanto pelear? Esa maldita costumbre de estar siempre guiñando—estaba á punto de decirle. Pero se contenía. Y buscando herirle en lo más hondo, añadía con acento despreciativo:—Un triste empleo en el que te morirás de viejo y que, si no fuese por la ayuda, ni siquiera te alcanzaria para vivir decentemente.

Estas disputas, en las que Luisa perdía siempre la paciencia, y que muchas veces daban margen á escenas borrascosas, hicieron que Octavio se preocupara cada vez más de mejorar su situación. Para disculparse, la contestaba que él nunca había tomado las armas con intención de ganar nada, sino por defender lo que había creído justo, como buen patriota.

Era lo que más exasperaba á Luisa.— ¡Patriota! ¡Patriota!—murmuraba con sar.

cástica sonrisa. Y levantando la voz, le replicaba, ciega de coraje, que no fuera infeliz, que tomase ejemplo de otros y que no había ni más causas justas ni más patria que el dinero.

Aquel género de vida acabó por hacerse insoportable para ambos. En cuanto á Octavio, echaba mano de su antiguo recurso: huir de casa. Luisa, por su parte, leía y releía los diarios con más pasión que nunca, especialmente las crónicas políticas. El mónstruo de la ambición, las mil ideas de grandeza que se agitaban en su cerebro, hacíanla experimentar cierto deleite en seguir paso á paso las alzas y las bajas de los unos y de los otros, las derrotas y los triunfos y las peripecias todas de la política en cuyo escenario creía vislumbrar algo así como la realización de sus constantes y anhelados sueños. Pero la humillaba el profundo convencimiento que tenía de la inutilidad de su marido, del que acabó por formarse el más pobre concepto. Y bajo la influencia de este desaliento, lamentábase con varonil entereza de no haber nacido hombre para poder escalar ella misma las más encumbradas posiciones.

El tiempo que no invertía en la lectura de los diarios, lo dedicaba á cultivar el estrecho círculo de sus relaciones. A quien con más frecuencia visitaba, era á Mercedes, su antigua compañera de colegio y esposa de aquel diputado que años antes había ganado fama de orador en la legislatura provincial. Aquella casa tenía para ella una atracción irresistible, sin duda porque allí encontraba lo que apetecía con más ardor para la suya. El antiguo diputado provincial lo era ya nacional y, como antes en la legislatura, continuaba haciendo muy buen papel en el congreso.

El principal atractivo que tenía para Luisa la casa de su amiga, era el de que en ella solía ver y aun hablar con diputados, senadores y otros personajes de la política, seres todos que le parecían sobrenaturales y que, por lo mismo, la inspiraban un sentimiento mezcla de simpatía, de admiración y de respeto.

Federico Fadher, persona de alta posición política y comercial, y miembro distinguido del congreso, fué de entre ellos, quien le llamó más la atención, al punto de encontrar en él reunidas, y en el más

alto grado las cualidades todas que ella ambicionaba y que sentia amargamente el que no poseyera su marido. Había tomado una participación brillante en los reñidos debates de 1880 que dieron por resultado la federalización de Buenos Aires, y ella le conocia ya de fama por haber leído las crónicas parlamentarias de aquella época y, además, porque á cada paso encontraba su nombre en los diarios, á propósito, ya de las cuestiones politicas ó ya de alguna importante empresa comercial entre las muchas de que formaba parte.

De igual modo que leyendo una novela ó una narración cualquiera llega el lector á formarse idea del tipo físico y moral de las personas que intervienen en la fábula, así Luisa, leyendo los diarios, se habia imaginado el de cada uno de los actores influyentes en los negocios públicos. El que se forjó de Federico Fader correspondia en un todo con el original: joven aún, de barba negra y cerrada, simpático, grave, correcto en el vestir y en las maneras, su voz, de grueso timbre, infundia como idea de lo varonil de su espíritu y debia dar mucho realce á aquellos discursos que pronun-

ciaba en el congreso. ¡Qué diferente era, y qué superior á su marido!

En una ocasión en que ella estaba de visita en casa de su amiga, hallábanse ambas en el despacho del joven diputado, cuando de improviso entraron éste y Federico Fader á la misma pieza. La emoción que la inesperada y repentina presencia del segundo produjo á Luisa fué tan grande, que, víctima de un desvanecimiento, se quedó por algunos instantes sin sentido, reclinada la hermosa cabeza en el sofá. Cuando volvió en sí, Mercedes la echaba aire con un abanico y Fader, sentado cerca de ella, dábale á oler un frasco de agua de colonia, que fué lo que en el apuro se halló más á la mano. Estaba sudorosa y pálida como la muerte; y su blancura extraordinaria, que realzaba más lo negro de sus ojos, cejas y cabellos, y el rojo de sus labios algo gruesos, daban á su rostro un aspecto, más que interesante, poético en sumo grado.

A medida que iba trascurriendo el tiempo, su carácter se agriaba más y más, y llegó á tornarse tan irascible, que no habia cosa que no la incomodara.—Pero, hombre—solía decir en lo mejor—¿cuando te cansaras de

estar haciendo esa figura con los ojos? ¡Hijito, es para lo único que Dios te ha dado habilidad! Como todo pudiera arreglarse con guiñadas... No sé, hijito, cómo no te cansas.

Octavio, por toda contestación, le dirigía una mirada silenciosa, y ella, con la intención más aviesa, y como si quisiera matarle descargando sobre él toda la tirria, todo el veneno que la corroía las entrañas, agregaba: —Cuando haya otra revolución no te vayas á meter. De todos modos, ya sabemos que no has de sacar nada en limpio y quien sabe la nueva maña que te queda.

Estas hirientes diatribas, lejos de irritarle, no hacían más que agarrotar su ánimo y acrecentar la fascinación que sobre él ejercía su mujer, tanto más grande, cuanto más intenso sentía el amargor de sus desdenes. Sin embargo, según el estado de su espíritu, experimentaba cierta viva impaciencia, cierto impulso de echarse sobre ella. Pero este pensamiento duraba lo que un relámpago y al punto volvía á ser el hombre de siempre: débil para con su mujer é incapaz de otra cosa que de ahogar sus sufrimientos y lamentarse interior-

mente de no tener una fortuna para hacerla feliz satisfaciendo sus más fútiles caprichos.

Pensando de esta manera, llegaba hasta el extremo de considerarse indigno de ella; y aunque tenía por exageradas sus muchas pretensiones, rara era la vez que la contradecía, á no ser en ciertos momentos de expansión, naturales en todo matrimonio por grandes que sean sus desavenencias. Con voz temblorosa, aprovechaba entonces la coyuntura para hacerle algunos reproches cariñosos, prometiéndola, al mismo tiempo, que en adelante haría lo posible por mejorar de posición. Para ello iba á dejar el empleo y ponerse á especular en cualquier cosa, bien solo ó bien en sociedad con algún amigo que tuviera muchas relaciones. —Estando en el empleo— agregaba — no puede uno contar más que con el sueldo y eso no ofrece porvenir.

Ella le escuchaba con atención que gradual y paulatinamente iba transformándose en algo así como resignación, sobre todo cuando se tocaba el punto del empleo. Demasiado sabía ella que en los empleos podían hacerse muy buenos negocios. Sólo que, para eso, había que ser un empleado

superior y no un inútil, un cualquiera, como su marido. Y, al pensar en esto, se contraían ligeramente sus labios como para disimular una irónica sonrisa, arraigábase más en ella el convencimiento de que jamás podría ver colmados sus afanes, sentía en la cabeza y en el pecho una mortificación punzante, matadora, y el pobre Octavio, veía terminar siempre de un modo brusco tan felices como raros momentos de expansión. Aquella mujer de temperamento fogoso y de pasiones fuertes, cuya ambición no tenía límites, y cuya inteligencia se había despejado mucho con las frecuentes lecturas, soportaba apenas tantas estrecheces y no se avenía con el humilde rol á que la condenaba el espíritu poco emprendedor de su marido.

En cuanto caía en una de estas frecuentes crisis, no se le quitaba el mal humor en varios días. Era entonces cuando con más asiduidad visitaba á sus amigas, sobre todo á Mercedes, á quien, con las naturales reservas y atenuaciones, hacía confidente de muchas de sus penas.

Al comenzar el invierno de 1883 tuvo una nueva desazón que reagravó mucho su

ordinario malestar. Retirábase una noche de casa de su amiga Mercedes en donde había pasado agradablemente la velada en compañía de varias personas, Federico Fader entre ellas, cuando, al despedirse, díjole aquella que había resuelto dar recibos todos los jueves y que esperaba tener el gusto de verla siempre por allá.—No vayas á creer que es cosa de etiqueta—añadió.—Se trata nada más que de charlar un rato entre familia. Con que ya lo sabes: el jueves te esperamos. ¡Ah! Y que venga tu marido. ¿Qué hace metido siempre en casa? Que venga siquiera alguna vez.

Luisa no pudo conciliar el sueño aquella noche. La idea de los recibos de su amiga era como una saeta que se le había clavado en el corazón. ¡Qué no daría ella por poder hacer lo mismo!

Y, al pensar en que Mercedes, su antigua compañera de colegio, hija de unos tristes panaderos, había tenido la fortuna de casarse con un hombre inteligente que la llevaba á todas partes, que tenía todas las comodidades y que daba en su casa recibos á los que irían hombres de dinero y personajes de la política, experimentaba una an-

gustia cruel, una envidia y un desaliento indescritibles. Entonces era cuando más patentemente se le ponía delante de los ojos la insignificancia de Octavio á quien cada vez veía más pequeño, más nulo, más ridículo, al extremo de no comprender cómo ella había podido aceptarle por marido.— ¡Pero dónde tendría yo los ojos, dónde!— pensaba amargamente. Y como si en alas de su imaginación quisiera huir de la atormentadora realidad, poníase á pensar en la arrogante presencia de Fadher, en su prestigio como hombre público, en su resolución para acometer grandes empresas, deduciendo de todo ello la incomparable dicha de la mujer que le tuviese por marido. Como la mortificaba el espectro de lo real, poníase á forjar quimeras. Era lo único que mitigaba algo el ardor de sus ansias infinitas.

Por puro gusto jamás hubiera ido á los recibos de su amiga. El sentimiento del despecho llevabala hasta figurarse que esta había resuelto darlos con el único propósito de humillarla. Pero, de igual manera que la mariposa revolotea sin cesar en torno de la llama hasta que, por fin, se quema, así

ella, aunque en el fondo sentía aversión por su amiga y por los recibos, tenía puesta siempre la imaginación en ambas cosas. Además, por nada del mundo hubiera renunciado al placer de alternar con aquella clase de personas que para ella lo eran todo, puesto que las miraba rodeadas de los atractivos, méritos y dones que constituían la ambición más grande, el anhelo supremo de su vida.

No sin algún trabajo consiguió que Octavio fuera también á los recibos.—No puedo yo ir á esas reuniones—la contestó, cuando se lo dijo la primera vez.—Ahí va gente de copete y uno no está en condiciones de alternar con ella. Yo, por ahora, no soy más que un empleado subalterno y no me corresponde ir donde van los superiores.

En otra ocasión, semejante salida hubiera dado lugar á una formidable gresca, por más que Octavio, al mencionar lo del empleo, tuvo la discreta precaución de intercalar el «por ahora» á guisa de atenuante. Pero Luisa había cambiado de táctica y, en vez de sulfurarse, recurrió á las buenas razones.—Precisamente por eso es por lo que debemos ir—le contestó con acento que

rayaba en lo cariñoso. Y, procurando convencerle, agregó, siempre en el mismo tono, que de alternar con aquella clase de personas podían obtenerse muy buenos resultados. De todas maneras, nada se perdía y las buenas relaciones nunca estaban de más. Muchas veces había dicho él mismo que todo era cuestión de buenas relaciones y de cuñas. ¿Pues por qué no había de hacer lo posible por adquirirlas, ahora que se presentaba la ocasión? - Allí van muchas personas— seguía diciéndole— bien relacionadas y va también Fagher, un hombre que tiene influencia en todas partes y que, si te hicieras amigo de él, te podría servir de mucho.

Estos razonamientos, condimentados por Luisa con ciertas demostraciones y frases cariñosas que tenían la virtud de conmover hasta la última fibra del corazón de Octavio, por lo mismo que ella las empleaba siempre con mucha sobriedad y con talento, le convencieron de que, efectivamente, la oportunidad no podía ser mejor y era menester aprovecharla. Algo le cohibía el pensar que él, un humilde empleado, sin bienes de fortuna, iba á codearse con per-

sonas de alta posición política y social. Pero las mortificantes privaciones á que estaban condenados y de que no había medio de salir, la esperanza de que acaso en aquellas tertulias pudiera encontrar algo que determinase un cambio en su género de vida, y, principalmente, el deseo de complacer á Luisa, le infundieron un valor de que no hubiera sido dueño sin tan poderosos acicates.

La primera vez estuvo algo encogido, á pesar de que había poca gente en la tertulia, en razón de lo frío y lluvioso de la noche. De todos los presentes, no conocía más que á Mercedes y un poco á Zabala, su marido. De vista y de nombre le eran conocidos varios, entre ellos Federico Fadhher, á quien fué presentado por Mercedes.

El carácter y afables maneras de Fadhher, con quien habló un largo rato, le cautivaron desde el primer momento. Era un hombre sumamente tratable, más ó menos de su misma edad, y sin embargo, gozaba ya de gran reputación, y sus opiniones en materias políticas tenían mucha autoridad por lo discreto de su juicio y por la independencia de su carácter.

Nunca se alegró bastante de haber asistido á las tertulias.—Para ser la primera noche, no está malo.—pensaba al retirarse.

Había conversado además con Zabala, hombre también muy atento, quien, entre otras personas, le presentó á un señor ya de edad, miembro del directorio de un banco oficial, y á otro que era jefe de una importante repartición pública. Con todos ellos cambió palabras y aun pareceres sobre las cuestiones políticas y económicas del día y cuando salió de allí tenía el espíritu como confortado. Nada había pedido ni nada le prometieron; pero le retozaba en la mente algo así como un presentimiento de que por aquel camino y cultivando aquellas relaciones, tal vez llegara á *pararse*. Estaba como cuando se recibe una buena noticia; pero si le hubieran preguntado cuál era la causa de aquella especie de bienestar que sentía, le hubiera sido imposible el responder, aunque achacara mucha parte de ello á lo comedido y afectuoso que había estado con él el señor Fader.

El siguiente jueves estuvo más animado. Era uno de esos caracteres algo tímidos al principio, pero que, como los niños, se tor-

nan confianzudos en seguida y á poco andar, hasta cargantes. La conciencia de su humilde posición le había hecho estar algo cohibido; mas, en cuanto vió que todas aquellas personas eran muy tratables, desembarazóse bien pronto de aquella timidez.

Como la primera noche, con quien más habló fué con Fadher. Pensaba lo mismo que Luisa: que podía serle de gran provecho su amistad; y alentado por sus finas maneras y bondadoso trato, se propuso no perderle pisada, como se dice vulgarmente.

El mismo señor Fadher parecía que le allanaba el camino. En cuanto entraron se acercó á saludarlos. Habian ido un poco tarde y estrechándoles la mano, dijo á Octavio: —Crefía, amigo Montes, que ya no íbamos á tener el gusto de verles por acá esta noche.

Octavio no cupo en sí de gozo al ver el modo tan amable y tan sincero con que el señor Fadher había dicho estas palabras.— Le he sido simpático—pensó. Y desde aquel instante ya no tuvo ningún género de duda: el vago presentimiento de la primera noche adquirió en él las proporciones de lo positivo, de lo real, de lo tangible.—Es una gan-

ga—seguía pensando—el ser atendido así y sobre todo el haber caído en gracia á un hombre de tanta influencia en todas partes.

Alentado por estos pensamientos, aquella noche se franqueó con él. Hablaron de varias cosas y como se tocase el punto de las profesiones, díjole que estaba muy aburrido de ser empleado, un medio de vida que no ofrecía el más insignificante porvenir. A él siempre le había dado por el comercio y era á lo que pensaba dedicarse en cuanto hallara alguna proporción.

Fadher le aplaudió mucho el que tuviera esas ideas.—Efectivamente, amigo Montes, —le dijo—es lo que tienen los empleos. El hombre no hace en ellos más que gastarse y vegetar, y es una lástima el que haya tanta gente que no piensa más que en ellos cuando en cualquier otra cosa podrían trabajar con más provecho. En un país rico é inexplorado como el nuestro, eso es lo que hace falta: hombres que dediquen su actividad y su inteligencia al comercio y á las industrias, que son de tanto porvenir.

La buena acogida que Fadher había dispensado á sus ideas alentó más á Montes, quien volvió á insistir en lo mismo agregando

que él era empleado por la fuerza de las circunstancias, pero que no había de transcurrir mucho tiempo sin que se dedicara al comercio, su profesión favorita.

La conversación siguió así durante largo rato. Hubiérase dicho que eran dos viejos amigos de igual rango y posición social. Montes estaba contentísimo al ver la deferencia y el agrado con que el señor Fadher departía con él; y la misma satisfacción, sino mayor, denotaba el semblante de Luisa, que desde el lado opuesto del salón los observaba atentamente al par que hablaba con Mercedes y con otras dos señoras.

Cada vez se felicitaba más Octavio de haber conocido al señor Fadher. En el transcurso de la conversación le había dado á entender que podía contar con su influencia para cualquier cosa. No se lo había dicho claramente porque tampoco él se había determinado á manifestarle con franqueza su deseo. Pero la buena voluntad era palpable. Y alentado por este convencimiento que le resarcía, en parte, de tantas pasadas amarguras, su único afán era el intimar con el señor Fadher, cuya gran influencia podía servirle de medio para rodear á Luisa de

las comodidades de que no había podido disfrutar hasta el presente.

Cuando estuvieron de regreso, Octavio no habló de otra cosa que de Fader, ponderando á Luisa lo amable de su trato y lo comunicativo que había estado con él. Era el hombre más tratable y más bueno que había conocido en su vida: inteligente, distinguido y cortés con todo el mundo. No se parecía á otros pelagatos que, ya porque ocupaban algún puesto de importancia había que hablarles poco menos que de rodillas.—Me ha dicho que no deje de ir á visitarle,—concluyó diciendo. — Y también me ha prometido que vendrá á nuestra casa.

En el semblante de Luisa brilló una ráfaga de satisfacción al escuchar esto, más armonioso y grato á sus oídos que un coro de ángeles entonando música divina.—¿Sí? —dijo sin poder disimular la intensa alegría que la embargaba. Y luego, cual si se hubiera operado en ella una repentina transición, añadió como con desconfianza:—¿Y te parece que vendrá?

A Octavio, que desde que hablaba con Fader, tenía cierto engreimiento, le contrarió el tono dubitativo de la pregunta. Se

lo habia prometido y no tenia por qué dudarle. Además, ¿qué inconveniente podria tener el señor Fader en venir á su casa? ¿Qué tal vez lo tuviese á menos? Ya se conocia en él que no era un hombre orgulloso.—Vendrá, sí, vendrá—la contestó en un tono que no admitia réplica.—Me lo ha prometido y vendrá.—Y, para convencerla, volvió á referirle la conversación que habian tenido, ponderándola de nuevo lo atento y lo comunicativo que habia estado con él.—Se ve—terminó diciendo—que le he caido en gracia, que le he sido simpático.—Y, al decir esto, cerró nerviosamente el ojo izquierdo.

Según el estado de ánimo de Luisa, produciále cierta crispatura de nervios aquel defecto de su marido. Le habria visto hacer más de un millón de guiños desde el combate de La Verde; pero, jamás, ninguno de ellos le produjo un efecto tan extraño como el de aquella vez. A pesar de que durante mucho tiempo se le quedó grabado en la memoria, nunca, por más que lo pensó y lo repensó pudo acertar á darse una idea exacta, neta, clara, de la clase de efecto que fué aquél. Fué una impresión compleja que despertando en ella el sentimiento de lo

cómico, de lo ridículo y de lo serio, la hizo sentir como ganas de llorar y de reirse al mismo tiempo.—Pues, hijito—pensó—si eso es cierto, no le alabo el gusto. —Y luego, dirigiéndose á él, le dijo, en insinuante tono, que ahora, lo que convenía, era darse maña y saber sacar partido de su amistad. A lo que la contestó Octavio que sí, que ya tenía formado su plan, pero que, como no era bueno precipitarse, esperaba la ocasión oportuna de ponerle en práctica.

Muy tarde pudo Luisa conciliar el sueño aquella noche. Los recuerdos de la tertulia hormigueaban en su cerebro y, excitada en sumo grado su imaginación, revolvíase impaciente en el lecho soñando despierta con grandezas y discurriendo cómo haría ella para conseguir el que fueran á su casa todos aquellos personajes. De suyo soñadora, la vehemencia misma de sus anhelos hacía que tuviera momentos en que los consideraba realizados; y, en medio de las tinieblas en que estaba envuelta, sus hermosos ojos percibían con claridad un salón amplio, profusamente iluminado, lleno de lujosos muebles y de preciosidades artísticas, grandes espejos de resplandeciente luna y de do-

rado marco, paredes cubiertas de tapices, divanes y confidentes por todas partes con ricos almohadones de raso y terciopelo en los que cómoda y negligentemente se recostaban las señoras del gran mundo, cuyos maridos, eminentes personajes todos, ya de pie, ya paseándose, ya formando corrillos en una y en otra parte del salón, hablaban de negocios, la dirigían, al pasar, saludos y sonrisas complacientes y comentaban con calor la nota política del día.

Mientras se engolfaba en estas contemplaciones, era feliz. No envidiaba á nadie ni se acordaba de las estrecheces, ni de la incapacidad de su marido, ni de los sobresaltos que la asediaban de continuo clavándosele en el corazón como punzantes aguijones. Pero, en lo mejor, como si el brillo de tanta luz hiriera con demasiada intensidad las negras pupilas de sus ojos ó como si la atolondrasen aquellas magníficas visiones, su imaginación se despeñaba de pronto en el abismo de la realidad y, entonces, ¡qué de desilusiones angustiosas! ¡qué de torturas mordientes! Toda aquella felicidad imaginaria en que, sonriente, se había bañado su alma, desvanecía-se como una

sombra y, en su cabeza ya no quedaba más que los pensamientos fatídicos, las contradicciones de la vida, las privaciones, las ansiedades difíciles de satisfacer y, como resultado de todo, un sofocante malestar que la oprimía, que la aterraba, cual si sobre su lecho viera desplomarse con estrépito todas las paredes de la casa. Pero se rehacía pronto. Era mujer de mucho arranque y de pasiones vehementes y estas congojas, lejos de amilanarla, no hacían sino azuzar sus instintos ambiciosos, enardecerla, tanto más cuanto mayores encontraba los obstáculos.

Cuando al levantarse, después de una noche de insomnio, se miró en el espejo al día siguiente, experimentó una íntima y grande complacencia. Sintióse orgullosa del óvalo casi perfecto de su cara, de sus ojos grandes ligeramente melancólicos, de su linda nariz, de sus labios rojos un poco gruesos, y de su abundante cabellera, cuyos negros rizos parecía como si acariciasen la blancura y las voluptuosas formas de su garganta y de sus hombros. Mercedes tendría comodidades, sería rica y podría dar recibos y hacer visitas en carruaje; pero, con todo,

ella no se cambiaba por su amiga.—Yo no sé—pensaba—de qué se enamoran algunos hombres. Chiquitita, flaca, lo único que tiene bueno son los ojos. Lo demás. . . Ni siquiera sabe llevar un vestido como la gente.—
¡Ah, si ella tuviese un marido como Fader!



V

Aquel día fué para Luisa uno de los más angustiosos de su vida. Nunca sintió más tenaz é intensamente la neurosis del lujo y del dinero, la obsesión de las grandezas. ¡Qué dichosa no sería ella si pudiese dar recibos! ¡Qué envidia no la tendrían muchas que ahora la hablaban como haciéndole favor, el día que vinieran á su casa Federico Fader y otros personajes de influencia! A fuerza de pensarlo, llegó esto á serle, como una cosa de imprescindible necesidad, como algo sin lo cual no comprendía la vida ni leera posible el soportarla sin considerarse el ser más desgraciado entre todos los vivientes.

Cuando más embebecida estaba en estas mortificantes reflexiones, iluminóse de pronto su semblante. Había concebido una idea

salvadora. ¿Para qué habían de estar los chicos á pupilo? Igual podían aprender siendo externos y el gasto quedaría reducido en más de la mitad.—Otros, que tienen dinero, así educan á los hijos—pensaba gozosa. Y se sintió más tranquila, como quien ha resuelto un gran problema, como si se viera libre ya de aquella especie de monstruo que la mordía el corazón.—De todos modos, los gastos que hay que hacer, no son gran cosa,—seguía pensando, mientras mentalmente, sacaba la cuenta de lo que podría gastar Mercedes. Pero de improviso, volvió á quedarse como aletargada. El monstruo acababa de morderla otra vez el corazón. No había pensado en los sirvientes, que costaban mucho, ni en la pobreza del mobiliario de la casa. Para dar los recibos era menester, por lo menos, renovar los muebles de la sala y esto no podía hacerse sin algunos gastos superiores á las economías que reportara la supresión del pupilaje de los niños. De Octavio no había que acordarse porque era el hombre más inútil para todo. Estuvo pensativa largo rato. Tenía como el presentimiento de que aquellos recibos habían de

ser para ella el principio de un nuevo género de vida, el único medio por el cual lograría ver colmados aquel supremo afán, aquella inextingible sed que la devoraba las entrañas, y las dificultades con que tropezaba, al par que la exasperaban, la sumían en profunda meditación buscando la manera de poderlas conjurar.

Dos días después quedose admirada de no haber pensado antes en un recurso que, por lo pronto, la ponía en condiciones de poder allanar todos los inconvenientes.— ¡Pero, y es cierto!—exclamó con alegría infantil y estrepitosa, como si en aquel momento alguien hubiera descorrido el velo de su porvenir y lo hubiese visto todo de color de rosa.—¿Para qué queremos esa casa?—Y loca de contenta hacía cálculos y cálculos sobre el costo de los muebles y otros gastos que eran indispensables para que no murmuraran las amigas y la tratasen de mezquina y pobretona. Con la venta de la casa alcanzaba perfectamente para todo. A Elena que era ya grandecita y que sabía tocar muy bien el piano le compraría uno para que tocase durante las tertulias. Hasta podían amueblar el comedor, el dormito-

rio y le antesala. Sí. No había que hacer: se hipotecaba ó se vendía la casa, se compraban los muebles y en seguida se daba el primer recibo.

En cuanto á si estarían ó no concurridos era cosa que no le inquietaba mayormente. Ellos no tenían muchas relaciones pero contaba con tres ó cuatro señoras á quienes había conocido en casa de Mercedes. Esta, probablemente, se iba á sorprender de que ella se pusiera también á dar recibos; pero la iría preparando poco á poco y esperaba que no había de tener el valor de desairarla. De quien ella estaba segura que había de ir era de Fadher y, en último caso, le suponía poco el que no fuera nadie más porque, en su concepto, Fadher bastaba por sí solo para dar tono é importancia á las tertulias.

Con estas ideas, contenta, rebotante de alegría, esperó impaciente la llegada de Octavio. Tal vez saliese con alguna cosa, porque era un hombre que no tenía resolución para nada. Pero ella abrigaba la esperanza de salir vencedora: se hipotecaría la casa y habría dinero. Si él se empeñaba mucho echaría mano de su táctica. Por ex-

perencia sabía bien, que al precio de un poquito de ternura le podía sacar hasta la sangre de las venas.

Comenzaba ya á impacientarle su tardanza cuando lo vió entrar por la puerta. Traía un aire muy risueño como de quien es portador de una agradable nueva, ó como de quien experimenta un placer inmenso que no puede disimular.—Muchos recuerdos te manda el señor Fagher—la dijo—sentándose al lado y en el mismo sofá en que estaba ella.

—¡Ah!—exclamó, gozosa.—¿Estuvistes con él?

Octavio la explicó entonces cómo esa había sido la causa de su tardanza. Y mientras él refería punto por punto todos los pormenores de la conversación, ella le escuchaba extática, embelesada, toda ojos y oídos, como para no perder ni un gesto, ni una sílaba, ni un detalle.

Octavio ponderó por la vigésima vez lo bondadoso, atento y comedido que era el señor Fagher. Háblele tratado con una deferencia mayor aún que en las dos noches de los recibos, y hasta pedidole disculpa por no haber cumplido la promesa de ir á

visitarlos. Era un hombre lleno de ocupaciones. Figuraba en las juntas directivas de varios establecimientos de crédito y, así y todo, aun tenía tiempo para asistir á las sesiones del congreso y para atender un sin fin de negocios como representante y socio que era de diversas empresas comerciales, establecidas unas en la capital y otras en el interior de la República. Por eso no había podido venir á visitarlos. El, por su parte, no había perdido el tiempo: aprovechando la oportunidad, hábale manifestado con franqueza su verdadera situación y sus aspiraciones y, que para realizarlas estaba dispuesto á dejarse de empleos y entrar en el comercio como cosa de mejor y más seguro porvenir. Después de un gran rato de conversación y temiendo ser cargante, había querido despedirse. Pero él no se lo consintió, empeñándose en que habían de cenar juntos esa noche. Al principio él se había excusado; pero se empeñó de tal manera que no tuvo más remedio que aceptar la invitación. Durante la comida hablaron de varias cosas: de política y de negocios, terminando por decirle que dejara no más el empleo, que él se encargaría de abrirle

camino en el comercio. A su juicio, el señor Fadhler tenía el propósito de interesarle en alguna de sus empresas y fundaba esta suposición en ciertos detalles y en algunas preguntas que le había hecho. Cada vez se afirmaba más en la creencia primitiva de que le había caído en gracia y de lo provechosa que iba á serle su amistad; porque sino ¿á qué venían tantas muestras de afecto y tantas atenciones? En fin, no tendría que esperar mucho para saberlo porque al día siguiente, habían quedado en verse y tal vez tuviera la idea de hacerle alguna proposición definitiva.

Aunque Luisa observaba el júbilo con que hablaba su marido, esforzábese por reprimir ciertos signos exteriores que podían denunciar la intensidad del suyo propio. Los agasajos de Fadhler hacia su marido la ruborizaban como si los recibiera ella misma en persona, y en el transcurso de la conversación, más de una vez dejó escapar interjecciones que de buena gana hubiese recogido. Pero todas estas situaciones de ánimo de Luisa pasaron desapercibidas para Octavio, quien, al pensar en las pruebas de afecto, en las promesas, y en la intimi-

dad con que le había tratado el señor Fadhher, movido por un arrebató de cariño, echóse en sus brazos y terminó diciéndola que tal vez no estuviese lejano el día en que tuviera medios con qué satisfacer todos sus gustos.

Luisa pensó entonces que había llegado la ocasión de poner en práctica su plan. Le aplaudió el que cultivara la amistad del señor Fadhher; pero era necesario extender lo más posible el círculo de las buenas relaciones porque cuanto más numerosas fueran éstas, mayores serían las probabilidades de poder conseguir algo. Había que hacer como hacían otros. Y le citó varios ejemplos de gente que, le constaba á ella que no tenían en qué caerse muertos y, sin embargo, daban fiestas y recibos.—Nosotros también debíamos hacer eso. De todos modos á nadie le consta si tenemos ó no tenemos y entre tanto uno se hace de buenas amistades, que es lo principal. Ya ves: si no hubieramos ido á lo de Mercedes, no tendrías relación con el señor Fadhher, un hombre que quién sabe de lo que te podrá servir.

Octavio la contestó que él era de la

misma opinión, pero que no veía el modo de poder dar los recibos. Eso originaba gastos y ellos no tenían economías hechas. Las entradas de cada mes apenas eran bastante para cubrir los gastos. Si le hubiera hecho caso á él, Ricardito estaría en el comercio y, en lugar de gastar, algo ganaría aunque fuese poco.

—Pues yo sí veo la manera de hacerlo. ¡Ave María, Octavio, si no es cosa del otro mundo! Total, ¿cuánto hay que gastar? ¡Una miseria hijo, una miseria! ¿Qué gasta Mercedes?

—Bueno, entonces, sacaremos á Ricardito del colegio—dijo Octavio, que aunque no en el grado que ella, iba sintiendo también la necesidad de los recibos y la comezón de alternar con la gente de buen tono.—Yo hablaré al señor Fagher para que nos le busque algo en el comercio.

Esto fué como una bofetada para Luisa y, sin acordarse de que tal había sido su primera intención, empezó á renegar interiormente de la poca inventiva de su marido. No tenía ingenio para nada, ni se le ocurría ninguna idea á no ser la de sacar al chico del colegio para que mañana fuera

otro inútil como él. ¿Cómo tendría el coraje de creer que con suprimir las mensualidades de los niños, quedarían allanados todos los inconvenientes? No tenía ni inteligencia, ni disposición, ni gusto para nada. —¡Qué hombre tan incapaz!—segua pensando. ¿No comprendería que era menester cambiar el mobiliario de la casa, siquiera para que no se riese de ellos la gente? Pero se contuvo por más que la mortificaran estas reflexiones. Cuando había intereses de por medio sabía sofrenarse y disimular sus impacencias. Así fué que, sin[revelar asomo de disgusto, antes, por el contrario, en el tono más afable, le dijo que ella había pensado también en suprimir el pupilaje de los niños, pero que después había visto que con eso no se conseguiría nada. Era necesario arreglar la casa de otro modo: poner muebles nuevos, á lo menos en la sala, porque si no, la gente los iba á criticar y á tenerlos por unos pobretones. Ante todo, había que salvar las apariencias, que después á nadie le constaba si ellos tenían ó no dinero como para ponerse á dar recibos. Eso era lo principal: comprar los muebles.

—Pero, hija—exclamó Octavio con la ma-

yor ingenuidad—¿cómo hemos de hacer nosotros ese gasto? Para eso hace falta dinero y ¿de dónde lo vamos á sacar?

—¡De dónde, de dónde! ¡Pero, Octavio, por Dios, no somos tan pobres! ¿No tenemos otra casa?

—Sí — contestó Octavio como si adivinase la intención de Luisa, pero, al mismo tiempo, como si no quisiera ó no pudiera dar crédito á lo que suponía.

—Pues la vendemos ó la hipotecamos. Es la manera de tener dinero.

Esto, que confirmó á Octavio en su sospecha, prodújole muy mal efecto. Se opuso á ello obstinadamente. Quién sabe lo que podría sobrevenir y la renta de la casa era siempre una ayuda de la que no debían de deshacerse. El venderla ó el hipotecarla, tan sólo con el fin de comprar muebles, le parecía un enorme disparate. El no dejaba de comprender lo conveniente que era el dar recibos. Pero, últimamente, la cosa no urgía tanto. De todos modos, lo que más les importaba era estar bien con el señor Fader y este vendría á visitarlos aunque no dieran los recibos.

Desde que Octavio trabó relaciones con

Fadher había adquirido cierta independencia de juicio y de carácter. Tenía más ánimo y Luisa le notaba de más arranque y como envalentonado. Los razonamientos que hizo oponiéndose á la venta de la casa produjéronle una desazón vivísima. Mientras él hablaba, mirábale ella de vez en cuando fija y provocativamente, pero sin replicarle, silenciosa, como si le repugnara ó temiese el romper á hablar. Octavio lo notó con pena y esforzándose por conformarla y persuadirla terminó diciendo en el tono más convincente y cariñoso que era mejor dejarlo para el año entrante. El señor Fadher se le había ofrecido mucho y quien sabe qué proposiciones no le haría. El abrigaba muchas esperanzas porque era evidente que le había cobrado afecto. Y el señor Fadher, que gozaba de reputación de ser un hombre generoso, no había de proponerle cualquier cosa. Quizá antes de un año estuvieran en otra situación y entonces, sin sacrificarse, podrían, con más desahogo, dar recibos y otras fiestas. Un año se pasaba pronto y con seguir yendo á los recibos de Mercedes, podían adquirir lo mismo buenas relaciones.—¿No te parece, Luisa?

—¡No me parece, no!—contestóle ella con reconcentrada ira.—¡No, no me parece no!—repitió. Y sin poderse dominar, desatose contra él en una lluvia de denuestos.

No era que se inquietara porque temiese el mal resultado de su gestión. A este respecto estaba casi segura de que tarde ó temprano había de prevalecer su voluntad. Lo que la exasperaba á ella, era el modo de ser de su marido. Le dijo lo de siempre: que no pensaba en nada, ni tenía iniciativa para nada; que, por su gusto se estaría metido siempre en casa como perro arisco y que no pensaba más que en contradecirla en todo. Lo mismo había pasado cuando se trató de ir á lo de Mercedes. Por nada del mundo quería ir, alegando que allí no iba más que la gente de copete y los superiores. ¡Siempre ese maldito respeto á los superiores, como si los superiores fueran á comerle! Por eso era que nunca había sido ni llegaría jamás á ser otra cosa que un triste empleado, porque de todo se asustaba y para nada tenía resolución.

Y esto diciendo levantóse del sofá y, sin hacer caso de las súplicas de Octavio, se

fué á su habitación furiosa y rápida como una flecha.

Allí la siguió él suplicándola que tuviese calma, que no había sido su intención el ofenderla y que todo podía arreglarse fácilmente, y esta solicitud de su marido fué para ella la primera alborada de su triunfo. Sin embargo, interiormente, hizo el propósito de no ceder y de seguir combatiéndole con el silencio, como el medio más seguro de exasperarle, de ablandarle y de rendirle. Y en un pequeño confidente, con la cabeza sobre la mano, cuyo codo apoyaba en el mármol de un tocador contiguo al confidente, la vista clavada en el suelo y el semblante huraño, oía sus protestas cariñosas con indiferencia, al parecer, rayana en el fastidio. De pronto hizo un movimiento como si quisiera levantarse. Le dolía atrocemente la cabeza. Extendió la mano, tomó un frasquito de esencias que estaba sobre el tocador, lo aspiró primero y, al ir á echar en el pañuelo algunas gotas, dejó caer el frasco, fingiendo que se le había escapado de las manos.

Ella, el ambiente y los objetos, vinieron á quedar así completamente perfumados; y

como si el aroma hubiera tenido la eficacia de un poderoso lenitivo, brillaron sus negros ojos y tornóse menos huraña la expresión de su semblante. En cuanto á Octavio, nunca la había visto tan hermosa. Embriagado con el delicioso perfume que exhalaba, enternecido, enamorado, redobló cariñoso sus excusas, se arrepintió mil veces de lo dicho y, con tal de complacerla y agradarla, sentíase en aquel instante dispuesto á dar hasta la vida. Se haría lo que ella quisiera, porque él no tenía más ambición que hacerla el gusto en todo. Al decirle ella lo de la venta de la casa, él había dado su parecer y nada más. Pero se vendería. Mañana mismo empezaba á hacer las diligencias.

Era tan ingenuo, tan tierno, tan patético el modo de Octavio, que Luisa no pudo por menos que ablandarse, á su vez, tanto más, cuanto que ya había conseguido su propósito.—Pero, Octavio,—le dijo cariñosa,—si no hay necesidad ni de venderla.

—¡Cómo que no!

—No, hijo, no. Mejor es hipotecarla. De ese modo, sin deshacernos de ella, conseguiremos el dinero.

Octavio contestó que, para él, era lo mis-

mo venderla que hipotecarla. De todos modos ¿de dónde iban á sacar el dinero para levantar la hipoteca y para pagar los intereses? A lo que contestó ella que hacía mal en creer que nunca iban á tener dinero. ¿No acababa de decir que tenía confianza en las promesas del señor Fадher? Ella opinaba también que el señor Fадher no le saldría ofreciendo cualquier cosa, y, por mal que le fuera, siempre había de irle mejor que en el empleo. Luego, ellos no hacían aquello por el puro placer de gastar, sino como una cosa que podría traerles muchas conveniencias. El caso era meterse, darse importancia, como hacían otros, adquirir buenas relaciones, que así era como se presentaban las oportunidades y los negocios. —Además,—continuó diciendo—no hay necesidad de emplear todo el dinero en los muebles. Con la mitad se puede poner decente la casa, y lo que nos sobre, lo guardamos.

Octavio hizo una mueca involuntaria, signo exterior de la poca fe que tenía en aquellos propósitos de ahorro. Pero no opuso objeción alguna. Por debilidad más que por convencimiento estaba decidido á jugar el

todo por el todo.—Bueno, hija, bueno. Como te parezca. Mañana mismo presentaré al banco la solicitud—agregó con decisión.

Luisa experimentó un gozo inmenso como el de los niños cuando consiguen una cosa que durante mucho tiempo han apetecido con ansiedad. Arrasados de lágrimas los ojos, premió la generosidad de su marido con un raudal de besos y de abrazos; y mientras, al sentirse objeto de estos cariñosos arrebatos pensaba él en que no había en el mundo una mujer tan linda, tan buena, tan cariñosa, ni de tan excelente corazón como la suya, ella se acordaba de los muebles, de los recibos y de Fadier; pensaba en el medio de eclipsar á Mercedes, y, siempre soñando con grandezas, le parecía ver un palacio en cuyos salones, frecuentados por la alta sociedad de Buenos Aires, daba espléndidas fiestas que los diarios reseñaban al día siguiente llamándola hermosa, elegante y distinguida.

Venticuatro horas más tarde y con aire á la vez enfático y risueño, leía Octavio á Luisa la renuncia que del cargo que desempeñaba en el ministerio, iba á presentar

al otro día. Acababa de estar con el señor Fadher y la proposición que éste le había hecho era de las más ventajosas. No cabía en sí de gozo. Estaba contentísimo.—¿No te dije, Luisa, que le había caído en gracia al señor Fadher? ¿No te lo dije?—Y afectando el mismo aire enfático, como de persona que de pronto se ha dado cuenta de su mucho valer, dijo que el señor Fadher le había ofrecido un puesto de confianza en su escritorio. Era algo así como su segundo y todos los demás empleados iban á estar bajo sus órdenes. Periódica y frecuentemente, quizá tuviera que hacer viajes á las provincias de Santa Fe y Tucumán, donde el señor Fadher tenía colonias y otros establecimientos industriales. De modo que entraría de lleno en el comercio y en la industria, y el entusiasmo y el cariño con que él se iba á dedicar á ello, le permitirían ponerse al corriente de todo en poco tiempo. Luego, este género de ocupación le ponía en contacto con toda la gente de negocios. Adquiriría relaciones en el comercio, en la bolsa, en todas partes. ¿y quién le decía á él que antes de poco no pudiera llegar á ser un hombre de fortuna? Esa misma tarde

el señor Fadher le había presentado ya á dos corredores de bolsa, hombres que hacían fortísimas operaciones por su cuenta y por la de varias casas mayoristas. A ambos los conocía Luisa de nombre. Recordó que, según las noticias de los diarios, uno de ellos, Picard, había quedado en descubierto por más de dos millones de pesos en la liquidación de un fin de mes.—Así es—dijo con vivacidad—como hacen negocios y se vuelven ricos, ¿ves? Quiebran y después se guardan la plata.

Octavio hizo un signo de indiferencia y siguió relatando los incidentes de su entrevista con el señor Fadher. Al ver la complacencia con que ella le escuchaba, sentía verdadera fruición en recordarlos y narrarlos. Hablaba con una verbosidad extraordinaria. Los halagüeños conceptos en que, respecto de él, se había expresado Fadher, su amabilidad y sus promesas, le tenían trastornado por completo. Diríase que repentinamente y como por arte de encantamiento le había infundido Luisa su instinto de ambición, sus ideas de grandeza, su temperamento soñador: era otro hombre. Hasta allí la vida no había sido para él más que

un cúmulo de penalidades, un infierno. Aquel día era el término de todo. Mirando hacia atrás lo veía todo negro y escabroso, pero con esa dulce tranquilidad con que se ve el abismo cuando se está seguro de no caer en él; mirando hacia adelante, todo llano, resplandeciente y seductor. Tan pronto se imaginaba andar de una á otra parte por Santa Fe y Tucumán inspeccionando las colonias del señor Fadher, en calidad de su representante, como, ya independiente, con capital y trabajando por su propia cuenta, se miraba engolfado en las especulaciones de la bolsa, siendo á la vez el héroe afortunado de grandes empresas comerciales. El señor Fadher había tenido la deferencia de invitarle á cenar por segunda vez. Pero él se había excusado, con sentimiento, por tener que evacuar algunas diligencias á fin de conseguir que el directorio del Banco Hipotecario despachara pronto la solicitud presentada esa misma tarde para hipotecar la casa. Nuevamente había vuelto á pedirle disculpa por no haber cumplido la promesa de ir á visitarles.—Pero más vale que no venga—seguía diciendo—y que nos de tiempo para arreglar la casa como es debido. Habrá que

cambiarlo todo. Es lo mejor. Así, cuando venga, le invitaremos á comer

Luisa le escuchaba toda oídos. No hablaba. Prefería más bien escuchar. El hablando con entusiasmo y ella oyéndole extasiada, parecían dos antiguos amantes reconciliados después de una reyerta. El calor con que él hablaba de la urgencia de comprar los muebles la agradó en extremo.—¿Y para cuándo tendremos el dinero?—dijo.

Octavio la contestó que para dentro de tres ó cuatro días. Un amigo suyo que era empleado del establecimiento, le había prometido influir para que el directorio despachara pronto la solicitud. Había otras formalidades que llenar, pero todo era cuestión de tres ó cuatro días.

El plazo pareció á Luisa una eternidad de tiempo. Sus caprichos, como todas sus pasiones, eran impetuosos. Cuando ambicionaba una cosa cualquiera, tenía dos mortificaciones á la vez: la una por no poseerla y la otra por no poderla poseer pronto. Quería, como los niños: sin ambages. Las continuas estrecheces habían suavizado poco ó nada la natural intrepidez de sus pasiones. Si no podía conseguir su objeto, seguía

anhelándole. La resignación era el rasgo menos apreciable, la virtud más extraña á su naturaleza. Diríase que se vengaba así de la mala suerte guardándola una perpetua ojeriza. Su gusto hubiera sido el tenerlo todo arreglado para el jueves cuando fuera á lo de Mercedes. Pero llegó este día y no pudo ser. Octavio dijo que hasta el día siguiente no podrían contar con el dinero, y eso, gracias á que su amigo, el empleado del establecimiento, se había tomado mucho interés porque se hicieran todos los trámites en el menor tiempo posible. El señor Fagher le había dicho varias veces que tomase de la caja el dinero que necesitara, pero, como hacía tan poco tiempo que estaba en la casa, no era bueno abusar, mayormente cuando todo era asunto de días más ó días menos. No faltaría oportunidad más adelante de aprovechar sus generosos ofrecimientos.

No bastaron estas razones para conformar á Luisa, cuyo disgusto fué mayor al ver que Fagher no estaba esa noche en casa de Mercedes. Hablando con ésta, supo que había ido á una reunión política con Zabala y que los dos vendrían más tarde.

Sin embargo, pasaron las horas y no vino. Ya tarde vió llegar solo á Zabala y en poco estuvo el que no le preguntara por él. Durante la tertulia no la fué posible disimular su desazón —Un dolor de cabeza horrible, hija, horrible—contestó á Mercedes con aire entre compungido y displicente cuando ésta, al verla así, la preguntó que qué tenía. Si no íbamos á venir —añadió.—Sólo que Octavio se empeñó de tal manera que....

—Será de pensar en cómo has de componértelas para dar esos recibos—pensó Mercedes, que, como lo había supuesto Luisa, no dejó de sorprenderse cuando esta le dijo que ella iba á dar también recibos desde el miércoles siguiente.

En cuanto Zabala estuvo de regreso, no pensó más que en retirarse. Todo le parecía insulso y desabrido. Hasta llegó á cobrar más aversión á Mercedes porque, no estaba bien segura, pero creyó notar en sus ojos algo así como una sonrisa cuando la había invitado á los recibos.—Bueno,—la dijo al despedirse—cuento con que irás el miércoles.—Y añadió, después de obtener de ella una respuesta afirmativa:—Hija, me

voy, porque no puedo más. Es una cosa atroz esta jaqueca.

En cambio, para Octavio no había podido ser más agradable la velada. Trabajó relación con varias otras personas, pero con quien estuvo hablando la mayor parte del tiempo fué con el director de banco á quien había sido presentado por Zabala la primera noche. El anciano financista era también hombre de cuantiosa fortuna y le parecía experto en asuntos financieros. En toda la noche no hablaron más que de negocios, de importantes iniciativas comerciales, del porvenir de las industrias, de la importación de capitales extranjeros y del adelantamiento del país. Desde que Octavio trabajó relación con Federico Fader y especialmente desde que había empezado á trabajar con él, no pensaba más que en adquirir competencia para poder granjearse su confianza.

No obstante sus años y el carácter oficial de que estaba investido, el señor Vallader era un *solista* de gran fuerza que, en poniéndose á hablar, no había poder humano que le contuviera. El fué quien hizo casi todo el gasto, con bastante pesar de Montes

quien, por más que hacía, no hallaba la manera de poder decirle el nuevo género de ocupación á que se había dedicado. Al fin pudo decírselo, aprovechando la circunstancia de que el señor Vallader se había puesto á tomar una taza de café.

—¡Ah, eso es muy bueno, amigo Montes, muy bueno!—le dijo. Y en cuanto acabó la taza de café volvió á tomar de nuevo la palabra sin permitir á Montes más que breves y contadas interrupciones. El conocía desde mucho atrás á Federico Fadhler. Era un hombre á quien debían mucho las industrias del país. De iniciativa y emprendedor, como pocos, había ganado y perdido también mucho dinero. El único defecto que tenía era el de ser, quizá, demasiado emprendedor. Muchas veces no se fijaba y por eso había sufrido pérdidas enormes de las que nadie sabía cómo había podido resarcirse. A no ser por eso, sería un Rothschild.—Pero, con todo,—seguía diciendo—debe tener una gran fortuna. Terminó felicitándole y augurándole prosperidad—Usted es joven, amigo, tiene inteligencia y aptitudes y se ha arriado á buena parte.

Estas palabras aumentaron el ya crecido

caudal de esperanzas que abrigaba Octavio. A cuantas personas había dicho que estaba trabajando con el señor Fader, les había oído expresarse en los mismos lisonjeros términos. Todo el mundo le auguraba suerte.

Al regresar á casa, su semblante, gozoso, contrastaba con el de Luisa cariacontecido y displicente. Ambos marchaban silenciosos, no obstante que Octavio ardía en deseos de referirle la conversación que había tenido con el señor Vallader. Lo intentó por dos veces sin conseguir que ella le prestara la menor atención. A la tercera vez le dijo que la dejara, que no tenía ganas de conversación. ¡Siempre había de estar hablando de *pavadas*! Y desde entouces no se oyó más que el ruido de sus pasos cuyo eco retumbaba sonoro en medio del silencio de la noche. Octavio no acertaba á darse cuenta de qué podía ser aquello.— Pshe. Serán cosas de mujeres, que siempre andan con historias—pensaba, creyendo que tal vez hubiera tenido algo con Mercedes.

Ya en casa, se atrevió á preguntarla qué tenía. Pero sucedió lo mismo que en la calle: no le contestó. Se había despojado de

su abrigo y sentada en un sillón, de frente á la luna del ropero, permanecía silenciosa y como si en éxtasis contemplara su imagen al otro lado del espejo. Detrás, cerca de ella y de pie, mirábala él con mezcla de temor, de curiosidad y de cariño, pero silencioso y como si no se atreviese á interrogarla más que con la vista. En esto chocaron sus miradas; y al notar que la de la imagen de Octavio se fijaba en ella de un modo persistente, clavole ella, á su vez, también los ojos con altanería y como si le desafiara á quién de los dos era capaz de mirar más fuerte y con mayor fijeza. Octavio no pudo resistir. Como si la influencia magnética que sobre él ejercían aquellos ojos negros, hermosos y brillantes, le hubiera producido un desvanecimiento, bajó los ojos y, siempre silencioso, fué á sentarse en otro sillón, cerca de la cabecera de la cama, de modo que su imagen vino á quedar fuera del campo del espejo.

—¡Siquiera guiñaras lo último!—murmuró ella entre dientes mientras se levantaba del asiento.—¡Pero, hombre, le dijo después con reconcentrada ira y en un tono como si le reprendiese y amonestara al mismo tiempo —debías hacer algo siquiera por perder esa

costumbre! ¡Estás lo más ridículo!—Y, como le ocurría muy á menudo, sobre todo al volver de los recibos, se desveló esa noche. Pensando en mil cosas daba en el lecho vueltas y más vueltas sin poder pegar los ojos hasta que la fatiga rendía su cuerpo poco á poco y la iba substrayendo á aquellos mundos de grandezas en que se engolfaba con arrobo siguiendo los vuelos de su imaginación ardiente y soñadora.



VI

Hasta el siguiente día que, ya en posesión del dinero de la hipoteca, fueron ambos á comprar los muebles, no la pudo referir Octavio la conversación que había tenido con el señor Vallader en casa de Mercedes.

El señor Vallader era miembro del consejo directivo del Banco de la Provincia y por lo tanto, excelente cuña para conseguir un descuento en buenas condiciones si lo llegaba á necesitar más adelante. Él había sabido introducirse, insinuársele y el señor Vallader había estado con él lo más atento y lo más conversador. Le había invitado á los recibos, lo que aceptó muy cortésmente, prometiéndole ir y llevar también á su señora esposa y á las niñas. Relaciones así eran las que á él le convenían, ahora que empezaba

á trabajar en el comercio. Después del señor Fagher, no era posible hallar una persona más tratable y más atenta. Estaba seguro de haberle caído en gracia.—¿No te fijaste que estuve hablando con él toda la noche?

—¡Bah! Cómo no habías de caerle en gracia,—pensó Luisa con sorna.—Sí, ya me lo figuré yo cuando ví que hablabais tanto—contestóle con afectada ingenuidad, disimulando lo mucho que le chocaba aquella pretensión ridícula de creer que á todo el mundo era simpático. No tenía ganas de hacerse mala sangre. Estaba nerviosa y su único pensamiento era arreglar la casa cuanto antes y ponerla en condiciones de poder dar los recibos. ¡Qué dichosa iba á ser! La palabra «miércoles» tenía para ella una forma, un sonido, una cadencia, arrobadores, mágicos. Pronunciábala mentalmente más de mil veces al día y cada vez la encontraba más musical y más hermosa. Ella misma no acertaba á darse cuenta de las diferentes emociones á cuál más hondas que sentía y que la ocasionaban un continuo sobresalto. A medida que se acercaba el miércoles, mayor era su inquietud. Ni comía, ni dormía. Di-

ría que no vivía más que por una idea; que toda su actividad, toda su energía, todo su ser, estaban concentrados en una sola aspiración, en un solo pensamiento.

Llegó, por fin, el anhelado día y las primeras horas de la noche fueron de atroz angustia para ella. ¡Qué desencanto, qué humillación, qué vergüenza! Eran ya más de las nueve y no aparecía ninguna de las amigas y conocidas á quienes había visitado por la tarde para recordarlas que esa noche eran los recibos. Hasta Mercedes, su antigua compañera de colegio, su amiga íntima, tenía gusto en dejarla plantada, á pesar de que unas cuantas horas antes le había prometido ir con su marido.—Lo tendrá á menos, tal vez—pensaba. A la verdad, que no valía la pena el haberse mortificado tanto y el haber hecho un sacrificio en arreglar la casa para que después no viniera nadie. Y bajo la influencia de estos pensamientos, estaba tan descorazonada, que casi se arrepentía de haber pensado en los recibos. Ni Fader era capaz de cumplirle la palabra.

Como sucedía siempre, echó la culpa de todo á su marido quien, aunque no en el grado que ella, participaba también del mis-

mó malestar. Después de haberla asegurado que irían tres corredores de bolsa, dos abogados, un director de banco y un diputado, resultaba que todo lo que había traído eran dos empleadillos del ministerio y uno del correo.—¡Vaya una gente!—pensaba.—Y está lo más contento. Por él, aunque no venga nadie más, poco le importa.—Uno de ellos había venido con la madre y con la hermana las cuales la tenían aburrída ya con su conversaci6n. La hija no hablaba más que tonterías y toda se volví a poner los ojos en blanco, abrir la boca, acanalar los labios como embudo y hacer más aspavientos y muecas que una mona. A la cuenta pensaría que todo eso era muy gracioso porque no hablaba palabra sin hacer alguna morisqueta. La madre no tenía más conversaci6n que hablar de su finado esposo, un valiente militar que había peleado en Cepeda y en Pav6n y muerto en el glorioso asalto de Curupaytí. Su hijo la había dicho que el señor Montes era amigo del señor Fadier y por eso pensaba hablarle á ver si influía para que el gobierno le pagase la jubilaci6n y los sueldos atrasados de su marido.

Luisa las escuchaba con la mayor impa-

ciencia. ¿Qué le importaba á ella si el gobierno les debía ó dejaba de deberles? Su imaginación estaba bien lejos de allí. No era aquella la gente con quien ella había contado. Lo que absorbía todas sus potencias y sentidos era que se pasaban las horas y que, después de tantas promesas, de tantas inquietudes, de tantas ansiedades como habían precedido á aquella noche, cuando ella esperaba que asistiría á sus recibos gente de buen tono y personajes de encumbrada posición política y social, se encontraba con que no habían ido más que aquellos *atorrantes*. La caída era de bien alto y no podía ser más doloroso el desengaño.

Haciéndose estaba estas amargas reflexiones cuando oyó el estrépitoso rodar de un carruaje que se acercaba al trote largo de los caballos los cuales debían ser de pura sangre á juzgar por lo seco, lo firme y lo brioso de sus pisadas. ¡Cuándo tendría ella unos caballos así para dar en cara á todas aquellas que, después de mostrarse tan amigas, tenían á menos el venir á su casa!

De pronto una emoción vivísima sacudió todo su ser con violencia. No pudo contenerse, y, dejando con la palabra en la boca

á la viuda del héroe de Curupaytí, saltó del asiento como impelida por alguna fuerza extraña y poderosa. Era que el carruaje acababa de pararse en frente de la puerta. —¡Si será Fadher! ¡Si será Mercedes!—pensó. Y aguijoneada por la más viva curiosidad y presa de la mayor agitación salió como una loca hasta el zaguán. ¡Ah! ¡Qué momento tan dichoso, qué ventura tan dulce, qué satisfacción tan inefable experimentó!—Mercedes!—dijo con una entonación que revelaba el gozo más profundo—¡Mercedes!—repitió. ¡Cómo estás, hijita, cómo estás! ¡Cómo está Zabala! ¡Yo estaba creyendo ya que no venían!

—Hijita,—pensaba Mercedes, mientras la devolvía el saludo en el mismo tono cariñoso —sería una lástima el que pescaras alguna pulmonía porque te sienta admirablemente el oficio de portera.—¡Ay!—dijo después.—¡Pero, hija, por qué sales así con este frio!

—¡Ha venido ya Fadher?—preguntó Zabala, á tiempo que iban entrando en la salita de recibos.

—No; todavía, no—contestó Luisa.—Le estamos esperando.—La alegría que experimentaba con la presencia de su amiga y del joven diputado, la impidió oír el rodar

de otro carruaje que en aquel momento se detuvo también delante de la puerta.—¡Él debe ser!—dijo.—Y otra vez fuera de sí, sin poderse contener, precipitóse de nuevo en el zaguán. Era el señor Vallader que, como se lo había prometido á Octavio, venía con su señora y sus tres niñas. Luisa no sabía lo que le pasaba. Parecíale que se le agrandaba el corazón y sentía una cosa en la cabeza, como si no pudiera resistir á tanta dicha. Su reconocimiento hacia el señor Vallader y hacia su distinguida esposa, una señora muy amable á quien había conocido en casa de Mercedes, era infinito. Lo mismo respecto de Mercedes. Aquella ojeriza, aquel sentimiento de rivalidad desapareció complemente. Le inspiraba esa consoladora simpatía que inspiran siempre las personas cuya presencia mitiga y hace más llevadero el dolor en los amargos trances de la vida. Era su amiga del corazón, su verdadera amiga. La quería como á una hermana; más: como á una hija.

La pequeña sala cobró de pronto animación. Elena, que ya era mocita, ejecutaba en el piano con bastante buen gusto y acierto algunos trozos de música. Luisa no había querido que se quedara esa noche en el co-

legio. El señor Vallader hablaba de negocios y de política con Zabala y con Montes, sentados los tres en la antesala; Mercedes, la señora de Vallader y Luisa, escuchaban el relato de las campañas y muerte del héroe de Curupaytí; y los tres empleados, hablaban de dar unas vueltas, agujijoneados por el incentivo de la música.

Luisa no escuchaba la conversación de la viuda del veterano. Las frecuentes narraciones que aun hacía su marido de las acciones de La Verde, Corrales y Puente Alsina le habían hecho cobrar aversión á todo lo militar. Además, le era muy anti-pática aquella señora que no dejaba conversar á nadie, hablando siempre de guerras, de jubilaciones y de sueldos atrasados que le debía el gobierno. ¡Qué le importaría á nadie todo eso, ni que el gobierno la debiera! La hija era otra. Ya la tenía también aburridísima con tantas morisquetas. Y esto pensando miraba con orgullo á Elena, cuya limpieza de ejecución admiraban las señoritas de Vallader.—Va á ser una maestra—la dijeron. Mercedes la había encontrado muy moza, y la señora de Vallader, cuando supo que no tenía más

que once años, elogió con toda sinceridad lo linda, lo inteligente y lo formal que era y la encontró muy crecida para tener tan poca edad.

Los elogios hechos á su hija llenaron de noble orgullo su corazón de madre. Gozaba con ellos tanto ó más que con ver, en parte, realizado el sueño de su vida. En esto, como en todo, era extremada. Poco le faltaba para llorar. ¿Dónde había una dicha más grande que la suya? ¡Por nadie se cambiaría en aquel instante!—Hija de mi alma—suspiraba, mentalmente, al escuchar á la señora de Vallader. La fuerza del sentimiento que simultaneamente parecía querer escapársele por la boca y por los ojos la comprimía el pecho, la sofocaba, y había momentos en los que sentía una cosa como si toda la sangre del corazón se le subiera á la garganta en calientes y comprimidos borbotones. Aquello la ahogaba; no podía sufrirlo. La inmensa dicha, de igual manera que el dolor agudo, postra, aniquila y hasta mata. ¡Si ella pudiese pagar de algún modo á la señora y señoritas de Vallader! Pero no sabía cómo. Era poco darles las gracias. Quería echarse sobre ellas, abrazarlas, besar-

las y pagarles así, con lágrimas, aquellas alabanzas que, en su amor de madre, aceptaba de lleno considerándolas como la expresión fiel y sincera con que todos admiraban las insuperables dotes de su hija. ¡Y ella que tan malos juicios se había estado haciendo de Mercedes!

Ahora sí, estaba contenta: un diputado, un director de banco... y otro diputado más. Porque Fadher vendría, era seguro que vendría. De los demás ya no le importaba tanto el que dejaran de venir. Tenía muchas esperanzas de que habían de cambiar las cosas y entonces ya sabría ella cómo hacer con las que ahora la miraban con menosprecio porque era pobre.—¡Como si el dinero fuera todo!—pensaba con mezcla de ira y de despecho.

La viuda del veterano seguía incansable su conversación. Ella por un lado y el señor Vallader por otro, eran quienes hacían todo el gasto. Al ver el calor y el lujo de detalles con que hablaba de Cepeda y de Pavón, Mercedes, que era de genio travieso y ocurrente, estaba ya tentada á preguntarle si ella había sido cantinera, pero la distrajo de su intento una escena jocosa que

en aquel instante se desarrolló en la sala. La sirvienta, una muchacha atolondrada y torpe que Luisa había tomado tres días antes, cayó cuan larga era encima de la alfombra y después de levantarse con igual prontitud que si se hubiera caído sobre ascuas púsose á llorar á lágrima viva, al ver hecho añicos el espléndido juego de te que llevaba en la bandeja. Esto, al principio, causó el consiguiente sobresalto que luego se trocó en hilaridad. En cuanto á Luisa no pudo contener un grito de sorpresa. ¡Si era imposible que las sirvientas hiciesen cosa buena! ¡Cuánto mejores eran y cuánto más valía tomar *mucamos!*

No había terminado aún la algazara que produjo este incidente cuando oyó Luisa el rodar de otro coche que venía. El presentimiento de que aquel era Fadhér hizo que se olvidara de la rotura del juego de te. Otra vez volvió á latirle el corazón con violencia á ponerse nerviosa, á sentir aquella mezcla de gozo y de pena que sentía siempre por efecto de lo excesivamente impresionable de su temperamento. Aquel rodar estrepitoso, áspero y monótono, y aquel acompañado choque de las herraduras que pare-

cían fuertes golpes de maza asestados á los adoquines, los encontraba ella más armoniosos, la deleitaban más, que la hermosísima romanza de Bellini que en aquel momento ejecutaba en el piano con exquisito gusto, una de las señoritas de Vallader.

Efectivamente era Fadher. Al verle entrar, y con su aire distinguido y maneras elegantes saludar á Mercedes y, á las de Vallader, le pareció que no era un hombre sino un Dios quien acababa de llegar. Aunque le esperaba, tanto y tanto había anhelado aquel momento que, ahora que le estaba viendo, creía que era ilusión, mentira, algún desvarío de los que con tanta frecuencia la asediaban. Por más que lo veía, dudaba. Le parecía un sueño, y parecía también que todos la miraban con envidia. No recordaba haber sentido nunca una cosa igual. La presencia de Federico Fadher en su casa era un triunfo que ella obtenía públicamente á la vista de sus amigas, y esto no tan solo halagaba su vanidad y sus sueños de grandezas, sino que halagaba también su corazón. ¡Qué insignificantes le parecían ahora aquéllos que poco antes la habían sacado de una gran tribulación cuando, llena de

despecho, renegaba del momento en que había pensado en dar recibos y por ninguna parte veía sino humillación y desconsuelo! El profundo reconocimiento que habían despertado en ella Mercedes y las de Vallader, se aminoró mucho.—Dónde está él—pensaba—pueden considerarse honrados los demás.—En cuanto á los empleados y á la viuda del veterano, le causaban náuseas. Lo que era otra vez ya les pondría ella mala cara para que no volviesen. No quería morralla.

Pero al estrecharle la mano fué cuando su satisfacción llegó al colmo, cuando su gozo, su emoción adquirió las proporciones de lo indecible. Se quedó pálida, inmóvil y como pasmada, y en poco estuvo el que no fuera víctima de otro desvanecimiento semejante al que ya en otra ocasión había sufrido en casa de Mercedes. Felizmente, pudo dominarse y pretextando un quehacer retiróse á las habitaciones interiores, de donde, ya respuesta, volvió á pocos instantes. A pesar de lo sereno de su ánimo, el semblante de Fadher sufrió también una ligera inmutación como si, al estrecharle la mano, ella le hubiera transmitido, de golpe,

todo el magnetismo, todo el ímpetu, todo el fuego que tenía en el alma.

Menos que otras pudo Luisa conciliar el sueño aquella noche. Con las continuas y fuertes emociones de aquel día, su sistema nervioso adquirió una tensión extraordinaria. Soñó despierta, como siempre, más que siempre. Cuando se quedaron solos, Octavio quiso entablar conversación; pero no obteniendo de ella más que frases aisladas, al principio, y, por último, el silencio, la dejó, temeroso de suscitar una disputa. Y silenciosos y sumidos ambos en la oscuridad, mientras ella soñaba y recorría con la mente las escenas y las emociones todas de aquel día, él se esforzaba por comprender la causa de aquel repentino malhumor. En verdad, le estaba pareciendo que Luisa era algo incomprendible. Ahora que podía estar contenta porque habían realizado su propósito, ahora que estaban en camino de adquirir buenas relaciones y que él había comenzado á trabajar, resultaba que siempre era lo mismo. ¿No hacía él todo lo posible por complacerla? ¿No estaba trabajando bien con el señor Fadher y no le había prometido éste ayudarle? ¿La fortuna no podía conse-

guirse en cuatro días! Era preciso tener paciencia. Ya quisieran muchos estar como él, trabajando con uno de los hombres más ricos y emprendedores del país, y gozando de toda su confianza, como se lo había dicho varias veces en el poco tiempo que hacía que le trataba. Precisamente esa misma tarde le había dado una prueba de ello encomendándole una comisión á Tucumán y Santa Fe. ¿Qué más podía pedirse? ¡Y ahora que le iba á dar la noticia resultaba que no quería escucharle!

Por fortuna para él, Luisa estaba de buen humor al día siguiente y cuando regresó del escritorio pudo referirla lo que con gran pesar había tenido que callar la noche antes. —El señor Fagher me ha dado una prueba más de estimación y de confianza—dijo. —Dentro de pocos días tendré que emprender viaje á Santa Fe y Tucumán.—Y lleno de entusiasmo contóle la naturaleza de la comisión que iba á desempeñar, y las grandes ventajas que iba á reportarle. Para él, esto era una gran cosa, porque, á más de la importancia que se daría en el interior á un representante del señor Fagher, se le presentaba la oportunidad de estudiar prác-

ticamente las industrias en el terreno mismo de la producción. ¡Ojalá tuviera que hacer esos viajes con frecuencia! Era indudable que todo se le ponía bien y que el señor Fader tenía el mayor empeño en protegerle. A él no le tomaba de sorpresa porque lo había comprendido así desde la primera noche que habló con él en casa de Zabala; y las continuas pruebas de confianza y de desinterés que recibía de él á cada paso le confirmaban en su primera suposición. Habíase enojado con él dos ó tres veces al saber que aun no había sacado nada de la caja.—Saque, amigo Montes, saque todo lo que precise;—le decía siempre—Usted necesita. Saque, saque dinero.—Y esa misma tarde, al darle cinco mil pesos para que fuera haciendo los preparativos del viaje, le había asignado mil mensuales para gastos, agregando que eso no quería decir que le tasara lo que había de sacar y que era dueño de hacer uso de todo lo que le hiciese falta. Cuando se despidieron, le había prometido venir á cenar con ellos al siguiente día.—De modo—agregó—que es bueno ir preparando algo para obsequiarle bien; y hasta convendría tomar un cocinero porque es

hombre de gusto muy delicado para la mesa.

Luisa escuchó todo el relato con interés, pero sin manifestar sorpresa alguna como si ni lo del viaje ni lo de que vendría á comer fueran para ella novedad. Respecto á lo primero, opinó como él: que le eran convenientes para adquirir práctica y relaciones; en cuanto á lo segundo, ella había pensado igual cosa. El servicio era mejor tenerlo de hombres. Y recordando la rotura del juego de te, agregó que las mujeres eran unas inútiles, que no valían más que para romperlo todo.

Fadher cumplió la promesa. Durante la comida se habló algo de política y mucho de negocios. Octavio prefería más hablar de lo segundo. Desde que había trocado por la de comerciante su antigua ocupación, leía y releía con avidez las secciones comerciales de los diarios y cuanto libro y revista caían en sus manos que trataran de industrias, ganadería y agricultura. Tenía verdadera pasión por su nuevo oficio. Fadher, que esa noche estaba de un humor especial, refirió muchas de sus aventuras comerciales: la alegría de las ganancias, las

desazones de las pérdidas y las expectativas de los vencimientos ineludibles y fatales. El comerciante era una especie de jugador: ambos tenían las mismas alzas, las mismas bajas y, en ocasiones, los mismos apuros é idénticas alternativas y ansiedades.

En el transcurso de la conversación le recordó Montes lo del viaje, á lo que le contestó él que podía no más ir haciendo los preparativos porque era necesario que se pusiera en marcha cuanto antes. Y como Octavio le dijese que, por su parte, estaba listo en cualquier momento, convinieron en que debía emprender el viaje dentro de los ocho días.

Cuando se quedaron solos, Octavio reconvinó á Luisa porque durante la cena casi no había dicho una palabra.—Quién sabe lo que habrá pensado,—dijo.

—¡Oh, bah! —le contestó ella displicente. —¡Qué ha de haber pensado! ¡Nada!

En efecto, Luisa había permanecido silenciosa la mayor parte del tiempo y como absorbida y preocupada; pero esto, que Octavio atribuía á falta de urbanidad, no era sino efecto de la imaginación y de los nervios. ¡La halagaba tanto el ver á Fader en su mesa!...

El hecho de haberse ido Octavio al interior no impidió el que Luisa continuara dando los recibos. Al contrario. Y éstos iban siendo cada vez más animados. Fadhher era siempre de los primeros que llegaban y Luisa, viendo que la concurrencia aumentaba cada noche, sintió pronto la necesidad de instalarse en otra casa donde, si llegaba el caso, pudiera haber medio Buenos Aires distinguido. Era ridículo vivir en aquella casa tan chiquita.

Para satisfacer este nuevo capricho no tuvo que vencer tantas dificultades como cuando se trató de arreglar la casa para dar el primer recibo. Los negocios de Federico Fadhher marcharon bien, y la fortuna protegió á Octavio, si no en la proporción que anhelaba Luisa, muy por arriba de lo que aquél había llegado á figurarse.

El invierno siguiente ya instalados en una hermosa casa situada al norte de la ciudad, visitaba Luisa á sus amigas é iba á Palermo en un magnífico carruaje tirado por una yunta de alazanes, valioso presente con que Federico Fadhher había obsequiado á su marido. El estrecho círculo de sus relaciones se iba ensanchando á medida que mejora-

ban de fortuna. Los recibos, gracias á la esplendidez de los dueños [de casa, eran cada noche más concurridos y brillantes; y, en el transcurso de la temporada, más de un cronista ponderó en letras de molde la amabilidad, la distinción y la belleza de la señora Luisa P. de Montes.

A Octavio le parecía mentira lo que estaba viendo. A Luisa no. Su ambición era insaciable y desmedido su afán de figurar. No le bastaba con aquello. Quería subir más, mucho más alto.



VII

La fortuna, que tan adversa había sido á Octavio en los primeros años de su matrimonio, no dejó de ayudarle un solo momento desde el día en que, renunciando el empleo del ministerio, se puso á trabajar con Federico Fagher.

Por el año 89 la razón social Montes y compañía estaba ligada á muchas importantes empresas comerciales, poseía gran número de acciones de sociedades anónimas, hacía en la Bolsa fuertes operaciones y gozaba de crédito ilimitado en los bancos oficiales. Aquellos vagos presentimientos, aquellos sueños que empezó á forjarse Octavio desde la noche en que, arrastrado por Luisa, pisó la casa de Zabala y conoció á Federico Fagher, se habían cumplido

al pie de la letra: había ganado una fortuna poderosa, era el héroe de grandes empresas comerciales y su nombre se oía con respeto en los altos círculos del comercio y en la Bolsa.

Fadher terminó su mandato el año 84, y desde entonces, libre ya de las tareas legislativas que le absorbían mucho tiempo, dedicóse por entero á sus asuntos. En estas condiciones y con la impetuosa iniciativa que le era peculiar, sus negocios adquirieron una importancia mayor aún de la que ya tenían. Montes, que reveló tener disposiciones para el comercio y que desde el año siguiente de haberse puesto á trabajar con él, ascendió á socio, procuraba contenerle en los límites de una prudencia razonable cada vez que, llevado de su espíritu de empresa, se comprometía en especulaciones azarosas. Pero no había medio de que pudiera conseguirlo. Al fin y al cabo, Fadher era el socio capitalista y principal y por esto y por razón de antecedentes ejercía sobre Montes una influencia moral incontrastable. Además, como decía Fadher siempre, para él todo negocio era cuestión de acertar, de juego; y así como el jugador no puede re-

sistir á la corazonada de apuntar á una carta que le guste, el dinero que lleve en el bolsillo, así él no podía dejar de embarcarse en una empresa si llegaba á entrarle por los ojos.

A Montes, que era prudente por naturaleza, le desazonaba esto, tanto más, cuanto que, por no haberse atendido Fadher á sus indicaciones, se hicieron unos cuantos negocios que ocasionaron pérdidas de bastante consideración. Con todo, en los dos primeros años se ganó mucho dinero y al fin de este tiempo, Montes, que á cada balance iba apartando sus ganancias, se encontró poseedor de una buena fortuna, no obstante que el sostenimiento de la casa y el desordenado lujo y voracidad de Luisa le obligaron á hacer no pequeños desembolsos.

Sin embargo, no estaba contento. El temor de que una imprudencia de Fadher le precipitara de nuevo en la pobreza hacía-le vivir en un continuo sobresalto. Le inquietaba aquella excesiva intrepidez, aquella temeridad con que muchas veces se lanzaba en especulaciones de tan dudoso resultado. En su concepto, antes de em-

prender nada se debían estudiar bien todas las fases, hacer todos los cálculos y, en caso de duda, desechar más bien cualquier negocio. Lo contrario implicaba desconocer la naturaleza del comercio, que no era un juego, como decía Fadher, sino el modo de hacer producir al trabajo y al capital, usando de ambas cosas con discreción y con prudencia.

Sentía por Fadher el agradecimiento más profundo; pero, al mismo tiempo, pensaba que, sin dejar de estarle reconocido, tenía el derecho y el deber de hacer lo posible por conservar lo conquistado. El recuerdo de las infinitas penurias, de las miserias sin cuento y de los continuos disgustos de familia le hacían ser avaro de sus bienes, y la sola idea de que pudiera llegar el caso de perderlos, hacía temblar como una hoja. No quería imaginarse lo que sucedería si llegaba á quedarse otra vez en la pobreza.

Como en años anteriores, volvió á mezclarse en los asuntos electorales, pero no á la manera de simple agente propagandista sino como uno de los miembros más conspicuos. Tomó parte muy activa en la cam.

pañá electoral del 86 y, vencedores los de su bando, adquirió cierto nombre y bastante influencia en los altos círculos oficiales. Ésta era otra de las causas que le inducían á querer retirarse y ponerse á trabajar solo, pero no hallaba el medio de hacerlo decorosamente: hombre de buen fondo, la gratitud le tenía sujeto á Fadher con fuertes ligaduras.

Felizmente para él, el mismo Fadher le allanó las dificultades. A mediados del año 87, se empeñó éste en comprar todas las acciones de *La Territorial* y del *Fomento Territorial* que hubiera en plaza, fundándose en que ambas instituciones estaban llamadas á una gran prosperidad, y á la vuelta de unos cuantos meses podría venderlas ganando quince ó veinte puntos. A Montes no le gustó la operación á pesar de los argumentos que adujo Fadher para demostrarle lo conveniente que era, y como no pudiese convencerle, le dijo:—Mire, amigo Montes: lo mejor es que cada cual trabaje por su cuenta. Es el modo de no estorbarnos el uno al otro y, al mismo tiempo de no tener cuestiones. De todas maneras, usted tiene ya su capital como para poder trabajar solo perfectamente.

Era lo que deseaba Montes. Sin embargo, al oír á Fadher expresarse en estos términos, embargóle cierta perplejidad. Por un lado quería desligarse porque le asustaba aquel ímpetu extraordinario, é irreflexivo muchas veces, con que su socio se metía en especulaciones que podían causar la ruína de ambos; y por otro lado, al pensar en sus excelentes prendas de carácter, en su generosidad inagotable, á la cual debía, no solamente su fortuna, sino también la relativa paz conyugal de que ahora disfrutaba, al pensar en todo esto, luchaba su corazón con su cabeza y sentía de veras el tener que separarse.

Le pidió disculpa diciéndole que no había necesidad de llevar á tal extremo las cosas. Lo que él buscaba, al hacerle aquellas observaciones, era demostrarle lo peligroso de la operación que, á su juicio, no debía hacerse, porque los títulos de esas sociedades estaban en descrédito y cada vez tenían que bajar más,—Pero, Fadher, si á usted le gusta, si le parece que el negocio es bueno, yo no me opongo: se hace.

Pero Fadher insistió en que era mejor separarse. Así, ambos tendrían más liber-

tad para hacer lo que se les antojara. Eso no implicaba, de ninguna manera una separación absoluta de intereses. No. Las relaciones comerciales seguirían siendo las mismas y, si se presentaba el caso, hasta podrían hacer algunos negocios en sociedad. La separación era conveniente para el uno y para el otro, tanto más cuanto que sus ideas no marchaban de acuerdo en lo tocante á la manera de entender los negocios.— ¿Y qué razón hay para que si á mi me gusta una operación deje de hacerla porque usted piense que es ruinoso? Ninguna. Y, por otra parte, ¿qué necesidad tiene usted de comprometer su dinero en empresas que no le gusten? Absolutamente ninguna.— Por eso, lo mejor era desligarse y que cada cual quedara en condiciones de hacer ó de no hacer lo que fuera de su agrado.

A Montes le causaban á la vez pena y alegría los términos en que se expresaba Fadder. Seguían luchando su corazón y su cabeza. Hacía tiempo que un señor Vallejos, que ocupaba un cargo eminente en la magistratura nacional, le venía proponiendo con insistencia el trabajar en sociedad.—Yo, por razones de mi cargo, no puedo emprender

nada—le decía siempre—pero, teniendo una persona de confianza como usted, podríamos ganar mucho dinero. Usted sería el administrador general, llevaría la firma y no figuraría más que su nombre.—Esto, y el temor de que alguna imprudencia de Fader le dejara en la pobreza, atizaban en él el deseo de separarse; mientras que, por otro lado, la generosidad de aquel hombre, la quizás inmerecida protección que le había dispensado sacándole de la nada é interesándole en los negocios, merced á lo cual había conseguido fortuna y relaciones que de otra manera le hubiera sido imposible el conseguir, hacíanle mirar la separación como una ingratitud. Protestó que él nunca había tenido desconfianza, ni menos razones para tenerla, y hondamente emocionado, recordó los impagables favores que de él había recibido.

Pero Fader volvió á insistir en lo mismo. No era porque le hubiese disgustado la observación, sino porque, tanto al uno como al otro, les convenía separarse.—Y para que usted se convenza, amigo Montes, de que no es ningún resentimiento, sino mi propia conveniencia lo que me hace obrar así, vuelvo

á repetirle que seguiremos siendo más amigos que antes, si Vd. tiene gusto en ello como yo; que por eso no han de cortarse nuestras relaciones comerciales; y que usted podrá hacer cualquier negocio que se le presente, aunque no tenga los fondos necesarios, á cuyo efecto, pongo á su disposición mi crédito y mi firma.

Montes agradeció profundamente este nuevo rasgo de desprendimiento y acallados ya sus nobles escrúpulos, puesto que no era él, sino su socio, quien deseaba la separación.— Bueno, Fadier — dijo conmovido,—ya que usted lo quiere, sea.

Poco después fué cuando la razón social Montes y compañía comenzó á llamar poderosamente la atención en los círculos comerciales y en la Bolsa. Si próspera le había sido á Montes la fortuna en compañía de Fadier, más lo fué aún á la sombra del eminente magistrado cuya posición era un manantial inagotable de negocios en los que había que exponer muy poco ó nada, y que, sin embargo, rendían siempre espléndidas ganancias. Montes no cabía en sí de contento. El cuerno de la abundancia derramaba sobre él todos los dones, y lejos de tener que re-

currir al crédito de Fadher, fué éste quien tuvo que apelar al suyo.

Las previsiones de Montes se cumplieron. Fadher compró no más fuertes partidas de acciones de La Territorial y del Fomento Territorial que tuvo que vender con grandes pérdidas. Además, el derrumbamiento del Banco Constructor, del que también tenía gran número de títulos, causó otro quebranto á su fortuna, y éstos y otros descabros le pusieron en apuros tales, que, para salir de ellos, no tuvo más remedio que deshacerse de los establecimientos que tenía en Tucumán y en Santa Fe.

De esta manera venció las dificultades del primer momento. Pero todo se le ponía mal. No parecía sino que al retirarse Montes de su casa, se hubiera llevado consigo toda la buena estrella que hasta entonces había tenido en la mayor parte de sus negocios. La liquidación de fin de mes en la Bolsa dejóle en descubierto por fuertes cantidades que la firma Montes y compañía le ayudó á cubrir con pagarés firmados á su orden. De lo contrario, hubiera tenido que declararse en quiebra.

Pero Fadher era hombre de grandes recur-

sos á quien no amilanaban los contratiempos y, á pesar de todos ellos, se repuso en breve. Como su gran crédito no había sufrido menoscabo alguno, siguió operando de igual manera que antes, y fué tan propicia la fortuna que, á su vencimiento, pudo levantar los pagarés que á su orden había firmado Montes. El único efecto que produjeron en plaza sus apuros, fué el de afianzar más la fama que tenía de fuerte especulador y afortunado comerciante.

Y era la verdad. El no tenía ningún amor al dinero. Lo deseaba como desean los niños un juguete: para romperle y para tirarle. Su gran placer, su vanagloria, era jugar con los millones, especular por el puro gusto de especular, y las emociones que le producían las pérdidas y las ganancias no dejaban en su ánimo honda huella. Diríase que su espíritu estaba ya cebado, que no podía vivir sin esas emociones y que, en fuerza de sentir las, se había como atrofiado su sensibilidad y por eso las buscaba más fuertes cada vez. Montes, que le conocía bien por haberle visto de cerca, no salía de su asombro al ver la despreocupación, la intrepidez con que su amigo arriesgaba miles y mi-

llones, de igual manera y con la misma serenidad con que un gran táctico maneja enjambres de soldados en el campo de batalla. El no podría vivir así. ¡Cuánto mejor y más seguro era su modo de operar! Sin arriesgar lo más mínimo, su socio, el señor Vallejos, le daba ya hechos los negocios y la mayor parte de las veces no había más que tomarse el trabajo de cobrar.

Hasta fines del 89 sus negocios consistieron en diligenciar asuntos ante el Superior Gobierno, en tomar licitaciones y hacer otros contratos con el mismo, y también en operaciones de bolsa en las que la clara visión del eminente magistrado indicaba siempre el camino más seguro. Pero, á partir de esa época, un azar de la política hizo perder al señor Vallejos su caracter oficial y, aunque quedó con influencia, otro heredó la canonjía: la razón social Montes y compañía no pudo ya hacer ni tantos ni tan magníficos negocios.

Con este motivo, Montes concibió la idea de separarse de la sociedad, como dos años antes se había separado de la de Fadher. Acostumbrado, como estaba, á los negocios fáciles y seguros, cuando se acabaron éstos

no quería emprender nada porque nada había que no le pareciera peligroso. Calculó que con la fortuna que tenía le sobraba para poder vivir holgadamente sin necesidad de arriesgarla en empresas de dudoso resultado, y que lo mejor era dejarse de tentaciones, adquirir títulos de renta segura y vivir tranquilamente. Algo le inquietaba lo dispendiosa que era Luisa, pero él haría lo posible por contenerla en los límites de una razonable economía. Lo único que conservaría, para entretenerse, era una magnífica estancia que había comprado al oeste de la provincia. Ricardo, que contra la voluntad de su madre, no había querido ser doctor en nada, habíase puesto al frente de ella y la administraba con tanto acierto, que dentro de poco iba á ser uno de los mejores establecimientos ganaderos del país.

Cuando manifestó a Luisa su propósito, ella no opuso ningún inconveniente. Ya no era como antes, cuando estaban en la pobreza, que se metía en si él debía hacer esto ó aquello. Ahora no. Lo que la preocupaba á ella en absoluto era el boato, la ostentación, la pompa. En esto únicamente tenía puestas todas sus potencias y sentidos; y como no

fuera para gastar, jamás pensó ni en el estado de su fortuna, ni en el giro que Octavio daba á los negocios. Todo su anhelo era deslumbrar, eclipsar á sus amigas y, empujada por él, derrochaba y derrochaba con un desenfreno al que no se atrevía á poner coto su marido. Diríase que quería desquitarse del pasado y que se daba prisa por derrochar y por gozar lo que había sufrido en largos años de contínuas y matadoras privaciones.

Su repentina aparición en la Opera durante las temporadas líricas, en Palermo y en algunos salones, y principalmente el lujoso tren con que vivía, llamaron sobre ella la atención. Al punto se la tildó de advenediza en los altos círculos sociales. Decíase que, el día antes no más, era una pobretona, y su marido un triste empleado, un atorrante, á quien Federico Fadher había sacado de la miseria; é investigándose su geneología social y natural, se supo también que sus padres habían sido unos queseros. Los hombres admiraban en términos hiperbólicos su belleza y su elegancia; y las mujeres, sin poder negar que, efectivamente, tenía buena figura, criticaban, muchas con envidia, el

excesivo aparato de servidumbre, carruajes y soberbios troncos que lucía.—Es demasiado para una advenediza—se decía por todas partes.

El escándalo fué grande. Los comentarios, en los que andaba mezclado siempre el nombre de Federico Fadhher, rodaban de boca en boca por todos los salones é impidieron el que su encumbramiento social fuera tan rápido como lo había sido el pecuniario. Al principio, muchas familias se negaron á tratarla; pero ella era enérgica y desdeñosa y no se acoquinó por esto. Era, además, una mujer inteligente. La pobreza y la eterna y sorda lucha que, por salir de ella, había tenido que sostener consigo misma, acrecentaron su altivez innata y esas trabas que impedían su vuelo, esas preocupaciones, que calificaba de pueriles, hacían muy poca mella en su espíritu animoso: las miraba con el más profundo desprecio. Conceptuábase tan buena como la que más. Se había empeñado en vencer y vencería aunque muchas envidiosas se propusieran lo contrario.—¡Bah!—solía decir con desdén, en algunos momentos de despecho.—Si fuéramos á cuentas, quién sabe quiénes tendrían más por qué callarse.

No tardó en salirse con la suya. Las señoras de Vallader y de Vallejos, ambas respetables, cooperaron á su triunfo. Gracias á ellas ingresó como socia en varias sociedades de beneficencia, ensanchando así el círculo de sus relaciones, que ella cultivaba solícita con su desprendimiento, su insinuante conversación y su trato espiritual y ameno. Los escrúpulos fueron desapareciendo poco á poco. Se hablaba menos de su condición de advenediza, de su ayer; y hasta los comentarios, y los chismes en los que salía siempre á relucir el nombre de Federico Fadder, acabaron por perder la novedad.

Habia vencido todas las dificultades. A aquellas que aun seguían mostrando escrúpulos, procuraba deslumbrarlas con su lujoso tren, con sus joyas y con su desinterés. No había ninguna que la aventajara en generosidad para con los infelices huérfanos y desvalidos. Nunca llamaba en vano á sus puertas la desgracia. Su bolsa estaba siempre abierta y, en tratándose de hacer alguna subscripción, ella era siempre la más generosa y la primera. De este modo triunfó de todo el elemento femenino. Lo que no pudo hacer ella de por sí, acabó de hacerlo la

fuerza y el prestigio de sus millones. El dinero le abrió de par en par todas las puertas.

Su vanidad estaba satisfecha. Había llegado, por fin, á la región de las alturas, á aquella región que desde el humilde punto de su origen había divisado con arrobo y sido por tanto tiempo su anhelado paraíso. ¡Ahora estaba en su centro! ¡Estaba bien! Los recibos, que se inauguraban siempre al comenzarse cada invierno, llegaron á ser concurridísimos, y muchas de sus fiestas hicieron época y alcanzaron proporciones de acontecimientos sociales por su magnificencia y por su brillo. Ya no podía pedirse más. Su marido gozaba de influencia en los círculos oficiales, tenía el dinero á montones, y podía satisfacer cumplidamente todos sus caprichos. Por sus salones desfilaba cada miércoles todo el Buenos Aires distinguido, lo mejor y más granado del talento, del comercio, de la magistratura y de la política. Discutíanse en su casa los asuntos políticos y económicos del día, se hablaba de ciencias y de arte, y se comentaba la última nota, el último suceso acaecido en los altos círculos sociales. ¡Y ella era la dueña de casa, la reina de la fiesta, el centro de

atracción de todas las miradas, de todos los cumplidos, de todas las lisonjas! Al verse objeto de tantas atenciones, ávida de exhibirse, orgullosa de sus tapices, de sus cortinados, de sus flores y de la rica variedad de preciosidades artísticas que cubría el suelo y las paredes, iba y venía incesantemente, revoloteaba cual inquieta mariposa de uno á otro lado de la casa, cuyos raudales de luz y hermoso panorama hacían más soberbio, multiplicándole al infinito, las bruñidas y resplandecientes lunas de Venecia. Se habían cumplido todos sus afanes, todos sus sueños de grandeza. La familiaridad con que la trataban ó aspiraban á tratarla todos, el murmullo de las conversaciones, los acordes de la orquesta y principalmente los galanteos que la dirigían los hombres al pasar, la aturdían, la embriagaban. No le bastaba á ella el saber que era hermosa, ni tampoco el adivinar en las miradas de unos y de otros que todos la tenían en tal concepto: quería más. Quería que se lo dijeran, y su regocijo y agradecimiento eran tanto mayores cuanto más alto y claro se lo decían. Las alabanzas eran para ella el manjar más exquisito.

Tenía treinta y tres años y estaba aún en la plenitud de su belleza. Parecía mentira: pero ni las privaciones y ansiedades de otros tiempos, ni el devorante afán con que había luchado, ni los desaires que había tenido que aguantar su indómita altivez, ni las intensas y frecuentes crisis á que la condenaba su temperamento, habían podido causarla el más mínimo quebranto. Estaba airosa, rozagante, fresca. Su cuerpo era digno compañero de su espíritu. El vigor físico estaba en ella á la altura del vigor moral.

Octavio, en cambio, se iba poniendo más enclenque cada vez. Hombre de complejión débil y de espíritu apocado, no había nacido para las luchas, sino más bien para llevar la sedentaria vida del empleado ó del rentista que, libre de preocupaciones, se va comiendo sus rentas tranquila y sosegadamente. Las emociones le hacían mucho daño. Los continuos sobresaltos de los cinco años últimos, sobre todo de los dos que trabajó con Fadier, aquellas aficciones, aquel constante temor de volver á caer en la pobreza, habíanle quebrantado la salud. Padece de una afección al corazón reagrada

por las emociones de los negocios, cuando buenos por buenos, y cuando malos por malos.

Ahora que estaba retirado de todo, que no hacía nada, habíase repuesto un poco. Pero fué breve su descanso. Las exigencias, las avideces de Luisa le sacaron bien pronto de aquella saludable y apacible calma.

Luisa tuvo otro antojo para cuya satisfacción no era bastante con las crecidas rentas, que á duras penas alcanzaban á cubrir los gastos. Estando un día de visita en casa de una amiga, oyóla decir que su marido pensaba traer de Europa un ajuar de sala y dormitorio. No precisó otra cosa su vanidad para exaltarse. De regreso, pasó revista á todas las habitaciones de la casa y halló que el lujoso mobiliario era una cosa lo más vulgar y lo más cursi. No alcanzaba á comprender cómo ella había podido conformarse con aquello. ¡Qué habría dicho la gente! ¡Era necesario carecer de gusto por completo para no haber caído antes en la cuenta de que estaban poniéndose en ridículo con aquel ajuar! Y herida en su amor propio, avergonzada de sí misma, convino en la necesidad que había de poner,

cuanto antes, la casa en otras condiciones. Así no se podía vivir. A haberle sido posible, en venticuatro horas hubiera cambiado desde los tapices de la sala hasta las ollas de la cocina. Pero había que esperar tres meses por lo menos.—¡Tres meses con la casa así!—pensaba—¡Oh, pero no importa!—dijo después de meditar un poco. De todas maneras, el verano estaba encima. Pasaría una temporada en Cosquín y otra en Mar del Plata, y entre tanto había tiempo de sobra para que llegase de Europa el nuevo mobiliario. Hasta era mejor, porque así podría estrenarlo al inaugurar los recibos, dando un gran baile á la entrada del invierno.

Octavio no era ya el hombre á quien fácilmente amedrentaba su mujer. Con el cambio de fortuna había echado humos. Muchos ponderaban su tino y su prudencia y, entre los del gremio, gozaba de reputación de hombre entendido en materia de negocios. Esto y el haber tenido tan buena suerte le hacían estar ufano de sí mismo y considerarse como un ser superior, cosa que se echaba de ver hasta en una especie de abandono de su persona, que vestía con desaliñada pulcritud. Diríase que tenía ese

prurito de singularizarse que tienen algunos hombres cuando, por ser inteligentes ó por sospechar que los demás les tienen en tal concepto, ó, simplemente, por figurarse ellos que lo son, dan en la manía de volverse extravagantes, como si eso fuera á quitar ni poner ningún quilate á su mérito real. Cuidaba muy poco de su físico. Dejábase crecer la barba y el pelo, y los guiños parecían ser ahora en él más bien un alarde que no el efecto de una afección nerviosa, según era la fuerza y la persistencia con que los hacía.

La proposición de Luisa le hizo un efecto igual que si le hubieran disparado un trabucazo. ¿Para qué se iban á cambiar los muebles? ¿Los que tenían, no estaban en buen estado y no eran tan buenos ó mejores que los de cualquiera? ¿Pues no hacía dos años que se habían comprado! ¿O pensaba que iban á estar cambiando la casa á cada año? ¡No, eso no podía ser! Él no le mezquinaba nada. Podía gastar lo que fuera necesario para vivir como el que mejor; pero ya eso, era por demás. ¡No habría dinero que alcanzara! El cambiar todo el mobiliario de la casa no era como

hacerse un vestido ó comprar un coche. ¡Y tan luego de Europa! ¿Acaso sabía ella lo que costaba traer de Europa todo eso?

Poco á poco se había ido acostumbrando Luisa á aquellos arranques de independencia, ó mejor dicho, no se había acostumbrado, porque no cabía tal concesión en su carácter altivo, impetuoso, dominador: los toleraba. Y no por respeto ni por consideración, porque no le inspiraba estos sentimientos su marido, sino por otras cosas, y principalmente, porque sabía que á la larga ó á la corta triunfaba siempre su voluntad. Sin embargo, al escuchar aquella retahíla de argumentos dichos con énfasis, como si ella fuera una chiquilina que no supiera nada de mundo, se sintió hervir la sangre y no pudo contenerse. ¿Iba á consentir el que sus amigas y toda la gente les criticara y les tuviera por unos miserables? Pues para eso más valía aislarse, cortar la relación con todos é irse á vivir al campo, á la estancia, como el otro inútil que, en lugar de seguir estudiando, prefería estar metido entre animales. Así no los vería nadie, ni tendrían compromisos con nadie, ni nadie les criticaría. ¡Qué poco sabía él lo que

era la gente de habladora! Capaces serían de creer que todo era bambolla y que no pasaban de ser unos pobretes, como tantos otros que, sin tener con qué, se metían á figurar. El, como nunca iba á ningún lado, ni visitaba á nadie, no podía saber cómo tenían su casa los demás. En ninguna parte había el mamarracho de muebles que en la de ellos y buen *clavo* les habían metido los tapiceros y muebleros con venderles aquellas antiguallas. ¡Vaya una ocurrencia! Lo que no había hecho nunca iba á hacer ahora: mezquinar, fijarse en si gastaba tanto ó cuánto. Tendría razón si se tratara de otra cosa. Pero tratándose de un gasto indispensable como era aquél, para evitar las habladurías y el ridículo, no se explicaba semejante tacañería.

Octavio volvió á decirle que el comprar muebles nuevos no era una cosa indispensable porque los que tenían eran excelentes y estaban tan nuevos como los que se compraran. Con buenas razones y acento cariñoso procuró persuadirla de que ahora ya no era como antes. El se había retirado de los negocios porque tenia algo así como el presentimiento de que toda aquella fiebre de es-

peculaciones iba á concluir mal. De modo que no contaban más que con las rentas y con el producto de la estancia, que no era poco, para sufragar los gastos. El capital era menester conservarle porque quién sabe los tiempos que podían venir y las contingencias á que se verían expuestos.

Pero no valieron de nada estas razones. Lo único que consiguió Octavio con ellas fué sacar á Luisa más de quicio que ya estaba. Ciega de ira, aquella mujer, tan obsequiosa y tan amable con todo el mundo, llenó á su marido de improperios. Era un gran inútil, incapaz de ocurrírsele nada ni comprender nada. ¡Ni siquiera había aprendido á conocer el mundo en tantos años! Cuando todos ganaban, cuando todo el mundo se estaba hartando de *plata*, solo él seguía teniendo miedo y figurándose que el país estaba poco menos que en la miseria. Para lo único que tenía coraje era para llevarle á ella la contra en todo cuanto se proponía. Después para nada. Y con ese desparpajo natural que tienen las mujeres para echar en cara cualquier cosa, le recordó que lo mismo había sido siempre, que nunca había tenido ánimo para nada, á no ser

para contradecirla, y que á no haber sido por ella, que le había hecho rozarse con la gente, jamás hubiera sido otra cosa que un triste empleado. Lo que decían algunos de que era hombre vivo para los negocios, no pasaba de ser una mentira. El único hombre vivo era Vallejos. A no ser por Vallejos, ya se hubiera visto esa viveza. La prueba de ello era que ahora, como el otro ya no estaba *arriba*, no hallaba en qué ocuparse y se lo pasaba abriendo la boca todo el día. ¡Y todo por el maldito miedo! Lo mismo había pasado con Fadher: al verse un poco bien ya no había querido seguir más, diciendo que era un atolondrado, que el mejor día le iba á dejar en la calle. ¡Ya quisiera él tener la viveza y la capacidad, para todo, que tenía Fadher!



VIII

Si enamorado estuvo siempre Octavio de su mujer, más lo estaba ahora que las comodidades y esplendentes joyas que lucía agregaban nuevos é irresistibles atractivos á su gentil figura. Tenía hambre de ella, de sus miradas, de sus caricias, de sentir en sus labios el suave y deleitoso contacto de su aliento; y tenía tanta más hambre cuanto que ella se mostraba esquivá casi siempre á sus amorosos arrebatos. Estos desdenes hacíanle sufrir mucho é influían, no poco, en la reagravación del mal que le aquejaba; pero una sola caricia, un solo momento de expansión bastaban para resarcirle de mil hondos pesares, para dulcificarle la existencia. ¡Tan grande era su pasión, tan absorbido le tenían los hechizos de aquella mujer encantadora!

Sus palabras y su tono le aplastaron, le hundieron, le aniquilaron. No pudo resistir. En frente de ella, su escasa energía y su voluntad desaparecían siempre como gota de agua consumida por voraz incendio. Cuanto mayor era el encono con que hablaba ella, tanto más se expandía en su pecho la pasión, tanto más la admiraba, tanto más débil é incapaz de negarle nada se sentía. Se atrevió, no obstante, á rogarla, á suplicarla que tuviera en cuenta que gastando de aquel modo no habría fortuna que bastase. Pero todo fué inútil. Ella, que se daba clara cuenta del ascendiente que ejercía sobre él, acudió á su antigua estratagema y cuatro días después no solo consiguió lo necesario para el nuevo ajuar, sino que además obtuvo de él otra promesa.

Entre suspiros y caricias refirióle cómo en la elección de comisión directiva que se había hecho dos días antes en una de las asociaciones de caridad de que era socia, ella no había salido ni vocal siquiera. En la lista no habían figurado más que las señoras de los ministros y de otros personajes. El era un hombre inteligente para el

comercio. No tenía que hacerla caso porque lo que le había dicho antes había sido en un momento de enojo. Demasiado sabía ella y todo el mundo que era él y no Vallejos quien administraba los negocios. Y después de todo, bastante á la vista estaba que era inteligente cuando había podido hacer fortuna. Si él volviera á trabajar, á meterse otra vez en los negocios, solo ó asociado con Vallejos, puesto que éste lo quería con tanto empeño, y si, á la vez, procurara mezclarse en la política ¿porqué no había de poder llegar á ser ministro? Otros lo eran con menos capacidad. Se lo pidió, se lo suplicó entre lágrimas y caricias. Ella no podía estar así sufriendo humillaciones á cada paso. Si la quería, si era cierto que la quería mucho, tenía que hacerle el gusto. No se podía imaginar él lo orgullosas que eran esas señoras de ministros, porque muchas zonzas las adulaban y las daban la preferencia. Ellas lo sabían todo, querían hacerlo todo y organizarlo todo. De las demás no hacían caso. Era como si no hubiese nadie más que ellas en el mundo.

Octavio enjugaba solícito sus lágrimas y

embriagado con el dulcísimo sabor de sus caricias, prometiéndola que sí, que iba á ponerse á trabajar de nuevo con Vallejos. Tenían aún algunos negocios pendientes y éste se lo había propuesto varias veces con insistencia. Trabajaría, se esforzaría, haría lo posible á fin de rodearla de las mayores consideraciones.

Y así lo hizo. Poco después, la razón social Montes y compañía que, durante cuatro meses había hecho escasísimas operaciones en plaza, comenzó otra vez á llamar sobre sí poderosamente la atención. Vallejos, que tenía mucho de la iniciativa de Fadier y más prudencia, llevó la firma á las nubes, y en las bolsas de Buenos Aires y La Plata no se hacía operación alguna de importancia en la que no sonara el nombre de Montes. En La Plata, sobre todo, donde operaban en tierras, en títulos de crédito y en acciones, llegaron á hacerse temibles monopolizando todos los negocios.

Tan magníficamente les iba, que Montes llegó á perder el miedo en absoluto. Y no podía ser de otra manera. El gran número de operaciones que sin más hacer que el traspaso de un título de propiedad deja-

ba cientos de miles de pesos y hasta millones, era como para infundir fe y bríos al hombre más timorato. Ni cuando trabajaba con Fadher había operado en semejante proporción ni hecho tantos, ni tan espléndidos negocios. Aquello era un mar de leche.

Había, además, otra cosa, que empujaba á Octavio con fuerza irresistible: Luisa. El hecho de que no la hubiesen elegido siquiera vocal, abrió una herida, un profundo y amargo resentimiento en su alma. La humilló sobremanera aquel desaire. tanto más cuanto que á Mercedes, con la que estaba siempre en perpetua rivalidad, la habían elegido secretaria. Ella tenía más dinero; pero Mercedes gozaba, en cambio, de más consideraciones, porque su marido, después de haber hecho un brillante papel en el Congreso, desempeñaba á la sazón el alto puesto de ministro. Estaba mal. Y otra vez volvió á sentir aquel afán irresistible, aquel aguijón mortificante, aquella ansia devoradora que había sentido siempre, de ser más, de subir, de vencer, de elevarse por encima de todas y de todo. Pero ya no era dinero lo que ambicionaba, sino

honores, consideraciones. De buena gana trocaría todos sus millones por poderse llamar «la señora del ministro.»—¿Y por qué no ha de poder llegar él á ser ministro?—pensaba, por Octavio. La idea se hizo carne en ella. Y un poco que Octavio gozaba de buenas relaciones en el círculo influyente de la política; y otro poco que la vehemencia de su deseo la anublaba el entendimiento y le hacía ver las cosas distintas de la realidad, acabó por convencerse de que Octavio podía muy bien llegar á ser ministro.

Desde entonces cambió mucho con él. Estaba más amable, más buena, más cariñosa. Toda se volvía ponderar sus cualidades. Tenía el mérito de haber salido de la nada, de haberse formado, de haber hecho una fortuna que no todos hubieran podido hacer en igualdad de condiciones. Fadier le había ayudado, era cierto; pero también él había trabajado y con sus consejos salvado á Fadier de muchas empresas peligrosas. Lo uno estaba compensado con lo otro, y todo el mundo ponderaba la inteligencia y el acierto que tenía para todos los negocios. El había estudiado mucho. Conocía prácticamente las industrias por

haber administrado las colonias y los ingenios de Fadher. El comercio también lo conocía y, en la política, los más influyentes buscaban su amistad, como se veía claro en la frecuencia con que venían á su casa y á los recibos y fiestas que daban ¿Por qué se había de estar así sin aspirar, como otros, á puestos oficiales? Hacía mal. Ahora que estaba en buena posición debía de aprovechar, de meterse en política á ver si conseguía que le hicieran ministro. ¿Por qué no había de poder serlo él, al igual que otros, desde que sabía tanto y era tan capaz como cualquiera? Porque no fuese doctor, no quería decir nada. Bastantes doctores había que eran unos animales y, sin embargo, ocupaban puestos de importancia. Tenía que aprovechar, que meterse, como otros, á ver si le nombraban ministro.

Todo esto, dicho y repetido cada día con insinuante y bondadoso acento y sazonado de, vez en cuando, con un mimo, con un beso y con otras demostraciones tiernas y cariñosas, hechas á tiempo, con el arte y el talento que le sugería su práctica y su inteligencia, acabó por trastornar á Octavio. Efectivamente, tenía razón Luisa. ¿Por qué

no había de poder llegar él á ser ministro? El caso, como decía ella, era meterse en la política, cosa fácil para él, que tenía dinero y buenas amistades. Y después de pensar bien el asunto, le echó el ojo á la cartera de hacienda. Fué la que le pareció más asequible. Desde que todos le reconocían competencia y habilidad en los negocios, nada era tan fácil. Y pensándolo con más detención, concibió un propósito. Hasta entonces su fama de hombre de negocios había estado circunscripta solamente al gremio de comerciantes, bolsistas y especuladores. Era menester que esta fama trascendiera más, que hablasen de él los diarios y que su nombre llegara á la Casa de Gobierno. Para ello, estudiaría, concebiría un plan económico que hiciese bajar el oro, del que forzosamente habría de ocuparse la prensa; y, si era preciso, Fadher le había hablado varias veces de un joven Fresno, periodista inteligente y de experiencia: fundaría un diario. Además, seguiría trabajando con Vallejos, operarían en grande escala, procurarían monopolizar todos los negocios, si era posible, todo el oro, para hacerlo bajar y subir á voluntad, y para ser el árbitro de

la plaza é imponerse en la bolsa y al gobierno. Por otra parte, procuraría negociar empréstitos con las provincias, lo que era fácil hacer en muy buenas condiciones. Esto haría hablar de él á los diarios y, andando el tiempo, el gobierno nacional que, como las provincias, necesitaba dinero siempre, porque no le alcanzaba nunca el presupuesto, quizá tuviera que recurrir á él. Entonces vendría á quedar en las condiciones de un Rothschild ó de un Baring Brothers, mantendría relaciones oficiales con el gobierno, se acrecentaría su fama de financiero experto y cuando llegara el caso de una crisis ministerial sería el candidato obligado para la cartera de hacienda.

En esto vinieron á parar las zalamerías de Luisa que, atenta á su propósito, no dejaba pasar un solo día sin echar leña á la hoguera. Poco acostumbrado á ellas, trastornáronle el seso por completo. Para él, era una hada, un angel, más: una diosa que, tierna y solícita, le prodigaba, amante, inmerecidos goces. No pensaba en más, ni vivía para más que para complacerla y hacerla el gusto en todo. El ansia de lo grande adquirió en él proporciones infinitas. Dan-

zaban, bullían, se atropellaban en su cerebro los millones. Diríase que personificaba toda la pasión, todo el desenfreno, que era el tipo genuino, la más alta expresión de aquella época de sociedades anónimas sin cuento, de fiebre de negocios, de delirio de grandezas. Ya no tenía miedo. Como el soldado, que al principio del combate tiembla y luego con el olor de la pólvora, el silbido de las balas, el estruendo de los cañones y la vista de la sangre, recobra su entereza, se enfurece y lucha denodadamente; así él, enardecido, mareado, no pensaba más que en obtenerlo, en conquistarlo, en avasallar todo para mirar complacida á aquella mujer en quien cifraba todas sus aspiraciones, toda su vida, toda su alma.

No ocultó á Fadher su propósito y, al hablarle de él, le habló también de Fresno, porque pensaba fundar el diario cuanto antes. Fadher le aplaudió el que se pusiera otra vez á trabajar. Teniendo la fortuna, el crédito y el conocimiento de los negocios que él tenía, era una tontera el estarse sin hacer nada. Respecto á lo del ministerio, dijo que no lo conceptuaba imposible. ¿Por qué no había de poder serlo? Y como Montes

le hiciera algunas preguntas sobre las aptitudes y opiniones políticas de Fresno, le contestó que Fresno podía servirle de mucho en el caso de que se decidiera á fundar el diario. Era un mozo pobre, discreto y muy modesto. Algo decepcionado del mundo y de la vida, porque era hombre de aspiraciones nobles y levantadas y siempre había tropezado con obstáculos que no había podido vencer su mala suerte. El había querido ayudarle en varias ocasiones, pero era refractario á todo lo que fuese negocios. Se inclinaba más á las especulaciones metafísicas que no á las financieras; prefería las cosas de ciencia y de arte á las transacciones comerciales. Era también algo soñador y tenía alma de artista, lo que, hasta cierto punto, no dejaba de ser una desgracia en tiempos como los actuales en que todo estaba mercantilizado y la ambición de dinero dominaba y corrompía todos los espíritus. Por lo demás, era un mozo de energía, de carácter y de bastante inteligencia como para poder desempeñarse con acierto. En cuanto á sus opiniones políticas, era lo de menos. Como á todo periodista de raza, y pobre, por añadidura, le esta-

ba prohibido el opinar por cuenta propia. —Precisamente— agregó — en eso consiste el talento y el mérito de los periodistas: en saber bailar, ó sea escribir, al son que les toquen, sin meterse en más averiguaciones ni en más honduras.—Y recordando que el día siguiente era el designado para el estreno del magnífico ajuar comprado en Europa, prometió llevarle á la fiesta que Luisa había dispuesto dar con tal motivo y con el de ser el primer miércoles de junio.

Luisa, que siempre había tenido veneración por los periodistas, y Octavio que desde que empezó á soñar con ser ministro se le había pegado la misma inclinación, quizá con más alarmantes caracteres, estuvieron con Fresno lo mas complacientes y obsequiosos. No había más que tres ó cuatro invitados de confianza, así fué que mientras llegaba la hora de cenar, pudo Montes referirle su propósito relativo á la fundación del diario acerca del cual Fresno se mostró lo más conforme. Respecto de sus opiniones políticas, á decir verdad, él no tenía ninguna: pensaba que tan buenos y tan malos eran los unos como los otros. Era verdad que el país estaba en unas condiciones

anormales, que se abusaba del crédito y que, de seguir así, quizá no tardase en llegar á la bancarrota; pero de eso no se podía echar toda la culpa á los gobiernos: el pueblo con su corrupción, con su inconsciencia y con su falta de civismo, que le hacían tener en poco sus derechos, colaboraba al mal y contribuía á que los gobiernos fueran absorbentes y arbitrarios. Cualquiera que estuviese en el poder sería lo mismo, mientras en cada ciudadano no se hiciera carne la noción de que estaba en el deber de usar de sus derechos. Por eso él se mantenía en un justo medio tan distante de unos como de otros, sin dejarse ofuscar por la pasión política: las responsabilidades tocaban á todos por igual y ni podía estarse con el gobierno, en absoluto, ni tampoco con el pueblo. Las cosas tendrían que marchar siempre mal en tanto que el pueblo no cambiara, porque era el pueblo quien hacía al gobierno y no el gobierno quien hacía al pueblo. Había que mirarlo todo con altura para comprender el verdadero origen de los males. La masa del pueblo carecía de ilustración suficiente y ese era el pecado mortal de los gobiernos:

no poner una escuela en cada casa. Sobre este particular, el periodismo tenía una alta misión que no era la de zaherir por sistema á tal ó cual hombre, descendiendo de lo universal á lo individual, sino la de analizar los hechos y las causas con criterio amplio y levantado para que pueblo y gobierno aprendieran á hacer uso: este, de sus facultades con prudencia y sabiduría, y aquél de sus derechos con actividad y patriotismo. En otros términos: el periodismo debía luchar por ideas y no por hombres. Si hubiera gozado alguna vez de independendia, él hubiera sostenido estas ideas; pero siempre había tenido que supeditar su juicio al ajeno porque, como lo había dicho muy bien el señor Fadher, en eso estribaba el saber ser periodista: en no opinar sobre nada y escribir de todo, en saber amoldarse a las circunstancias fustigando hoy lo que alabó ayer, si viene á pelo, defendiendo mañana lo que impugnará pasado mañana y así por el estilo. De modo que él estaba dispuesto. De todas maneras, según había podido comprender, el objeto principal del diario no era ocuparse de política, sino, más bien, discutir cuestiones financieras. Solo temía una

cosa: el que su competencia no estuviese á la altura de la empresa.

Tanto Montes como Luisa quedaron agradablemente impresionados al ver su modestia, su aire distinguido y lo discreto de su conversación. Luisa le dijo que en aquella casa, que esperaba visitaría en adelante con frecuencia, ya se le conocía mucho, porque Fadher les había hablado siempre de él en términos muy lisonjeros. Montes se expresó en igual sentido. Aunque Fadher no le hubiera dicho nunca una palabra, desde aquel instante se afirmaba más en la creencia de que él era el hombre que le hacía falta. Después de lo cual y de agradecerles Fresno la espontaneidad y la sinceridad de los cumplidos, como avisaran que la cena estaba pronta, dió su brazo á la señora y pasaron los tres al suntuoso comedor.

Allí estaba ya Fadher, quien, al entrar Fresno, dijo, haciendo la ceremonia de la presentación: — La señorita Elena Montes. El señor Raimundo Fresno.

Fresno era un mozo en quien las contradicciones de la vida, las decepciones sin cuento y las amarguras de una lucha incesante habían amortiguado tempranamente el senti-

miento. No se le habían amortiguado, porque no era posible, tratándose de un sentimiento de la intensidad del suyo: se le habían endurecido, se le habían cubierto de una especie de envoltura de hielo que impedía el que entraran y salieran las emociones; pero dentro de la envoltura, estaba el sentimiento en toda su potencia. Era un joven viejo. Lo poco que relativamente había vivido, lo había vivido mal, tomando la palabra vivir en el sentido material; pero bien en el sentido de aprender á conocer el mundo y sus miserias. Más que los libros, á los que tenía mucho cariño, porque eran sinceros siempre y siempre consecuentes, le había instruído la tacañería de los unos, la necedad de los otros, la pedantería de los de más allá y las injusticias de la suerte, á la que no debía ni una caricia, ni una atención, ni una mirada. En su camino, todo habían sido obstáculos, luchas, desesperación. Tenía un temperamento fuerte y por esto las impresiones dejaban en él una huella muy profunda. Tenía, también, un espíritu grande y enérgico, al punto de haber llegado casi á la resignación á fuerza de concentrarse en sí mismo, de estudiarse y de saberse. Joven

y lleno de vigor físico, y moral, los dedos de una mano le sobraban para poder contar las ilusiones. Las acciones, las palabras, los gestos de la mayor parte de los hombres tenían para él color, forma y esencia de bajeza, de falsedad y de sordidez. Alguna satisfacción sentía con poder ponerse en guardia viendo, como veía, los verdaderos móviles con los ojos del entendimiento. Pero poca. Más era la pena que le causaba la evidencia de que, realmente, existía tanta maldad. De la mujer no tenía tan baja idea. Considerábala el fiel compañero, el amigo natural del hombre, capaz de llegar: hasta la verdadera amistad, siempre; muchas veces, hasta la abnegación; y, algunas, hasta el sacrificio. La sola idea de mujer despertaba en él inclinaciones buenas, derramaba en su alma balsámico rocío. La había visto, la había tratado, la había estudiado, y por eso la sabía buena y sufrida y la conocía como elemento substancial de toda dicha, como la más alta expresión de la belleza. Amaba su fondo y su forma. Hasta en los muladares donde, desesperado y loco, solía ir á sofocar sus penas, había encontrado flores olorosas. Mas, las continuas decepcio-

nes, las luchas en cada una de las cuales había ido dejando jirones de alma, habíanle marchitado el corazón y agrandado en él un sentimiento que ya le era ingénito: el de la modestia; pero, en grado tal, que se conceptuaba á sí propio nulo y sin ningún valor. Se había vuelto escéptico de sí mismo; tenía poca fe. El culto por la mujer era en él una especie de platonismo. Tenía su ideal pero no le buscaba: aunque se sentía lleno de fuerza y de vida, juzgábase incapaz de inspirar una pasión. Por eso había hecho de la belleza pura, ideal, desinteresada, su verdadero culto. Ella era lo único que lograba conmoverle y aún transportarle. Vivía en la región de lo bello, por lo bello y para lo bello. Encontrando que en el suelo había muchas fealdades y mucho lodo, miraba siempre para arriba. Esto era lo que le daba fuerza. Tenía alma de artista.

La señora de Montes habíale interesado vivamente. Era, en verdad, una mujer hermosa en toda la extensión de la palabra, muy elegante y muy amable. Pero distinta y mucho más honda fué la impresión que le produjo Elena. Fué una cosa que no acertó á explicarse. No recordaba haber sentido ja-

más una emoción más viva, una conmoción de espíritu y de cuerpo más profunda. Su presencia le hizo el efecto de un relámpago que, de pronto, hubiera disipado las tenebrosidades de su alma. Se sintió iluminado, cambiado, mejorado. En ella parecióle ver un mundo nuevo y mejor; fuera de ella no vió nada. En comparación con ella, todo era pequeño á sus ojos y á su entendimiento: emociones estéticas, belleza, ideal, vida, alma, ¡todo! Y era porque todas estas cosas las vió en ella reunidas y en el más alto grado de perfección imaginable.

Tenía la misma figura que su madre. Quizá no tan hermosa, pero más fina, más delicada, sin ser menos vigorosa, más gentil, más joven. Después, la misma cabellera negra, los mismos ojos grandes, inquietos y brillantes, el mismo óvalo de cara, la misma blancura.

Ya tarde, cuando los amplios salones estaban repletos de distinguida concurrencia y cuando la exuberancia de lujo y de luces hacía más límpidas y deleitables las melodías de la orquesta, se encontraron más de una vez las miradas de Elena y las de Fresno como atraídas por fuerza magnética ó

como si ambos á dos se sintieran poseidos de un sentimiento de igual naturaleza. Estas miradas y los asiduos galanteos de que era objeto Elena turbaron más aún el espíritu de Fresno. Luisa estaba orgullosa de dos cosas: de su hija, á la que festejaban todos y en quien se miraba como reproducida; y de la riqueza imponderable de su nuevo ajuar. Verdaderamente, tenía motivos para estarlo. La casa había quedado montada con un lujo oriental, estupendo. Valiosos tapices cubrían las paredes, y el suelo, mullido con riquísimas alfombras de Persia y con pieles de subido precio, estaba además sembrado de almohadones de raso y terciopelo, de mármoles y bronce y de mil otros objetos todos de obra primorosa. Todo era nuevo y exquisito. De lo antiguo no conservaba más que los espejos de Venecia. Les tenía cariño y no pudo separarse de ellos. ¡Eran tan buenos! ¡La habían dicho tantas veces que era hermosa!

Un solo anhelo empañaba su dicha y su opulencia: el de llegar á ser «la señora del ministro». Lejos de borrarle el recuerdo de la elección, cada día estaba más fresco en

su memoria y cada día aguijoneaba á Octavio con mayor tesón, ora recurriendo á su antigua y mañosa táctica, ora halagándole con estudiada mansedumbre.

Octavio, por su parte, procuraba contenerla en sus ardorosas impaciencias. Ya tenía su plan fraguado, ya hacía lo posible por llegar á serlo. ¿A qué aspiraba él sino á conseguirlo cuanto antes, para complacerla, para hacerla feliz y para que ninguna pudiera tener mayores títulos que ella á la consideración de todo el mundo? Pero era menester ir preparando el terreno poco á poco y esperar con calma que llegase la ocasión. Las cosas no salían siempre á pedir de boca. Había que esperar, había que tener paciencia. Si él perdiera el tiempo, podría impacientarse y recriminarle; pero no lo perdía. Su pensamiento estaba siempre fijo en el propósito y á él encaminaba el fin de todos sus actos. Estaba en camino de negociar un empréstito con uno de los gobiernos provinciales, operación que él hacía, no por la ganancia que le reportara, sino porque, naturalmente, los diarios iban á ocuparse del negocio y sonaría su nombre. Esto era lo principal: que hablaran de él los diarios, que se

le conociera. Claro estaba que quien podía negociar empréstitos con gobiernos entendía de finanzas y era bueno para ministro de hacienda. Además, todas las semanas iba á los recibos presidenciales. En uno de ellos, el presidente le había pedido su parecer acerca de la situación económica del país. El se la había dado con franqueza, y el presidente le había escuchado con atención. El país estaba en un estado inmejorable de florecimiento y de riqueza. Todo el mundo ganaba dinero, aumentaba la inmigración, prosperaban las industrias y el comercio, se multiplicaban las vías de comunicación y de transporte y cada día era mayor la afluencia de capitales extranjeros. Esto era, á su juicio, la mayor prueba de que el país tenía vida propia, de que eran inagotables sus fuentes de recursos. Los extranjeros no arriesgaban su dinero así no más. Cuando lo arriesgaban era porque habían estudiado el país y tenían confianza en él y en su gobierno. Los rumores de revolución que circulaban no eran sino invenciones de los diarios, que no tendrían otra cosa de qué hablar. El no creía que se tramara ninguna revolución. El gobierno estaba rodeado

de opinión y contaba con el concurso de los hombres más inteligentes y de mayor iniciativa; y el pueblo, lo que quería era paz para seguir ganando dinero y trabajando.

El ministro de hacienda habíale pedido igualmente su opinión sobre proyectos financieros que pensaba poner en práctica y también se la había dado, manifestándose de acuerdo con él en algunos puntos y rebatiéndole otros, por cuya causa habíase empeñado entre él y el ministro una discusión en la que intervino el presidente poniéndose de su parte. Con esto había puesto una pica en Flandes, porque, habiendo modificado el ministro sus ideas en el sentido expresado por él y apoyado por el presidente, éste tenía ya una prueba de su competencia en cuestiones financieras. Se lo había manifestado así al despedirse de él felicitándole por su práctica y por su conocimiento del país y de los negocios. Creía haberle sido simpático, por que le trataba siempre con mucha deferencia. De modo que no había más que tener un poco de paciencia y esperar el momento en que se produjera una crisis ministerial.

Otra de las cosas que habían de allanarle

el camino era la publicación del diario. Fresno le inspiraba mucha confianza porque parecía un mozo inteligente y el diario aparecería desde el quince de agosto indefectiblemente. Luisa le dijo entonces que el diario debía de haberse publicado ya. Siempre andaba diciendo que hoy, que mañana y nunca llegaba el día. A lo que la contestó él que de aquella fecha no pasaba. Tenía la intención de haberle sacado el quince de julio; pero habían convenido con Vallejos en redoblar su actividad por aquel mes, á fin de llevar á cabo una operación atrevida, que consistía en acaparar gran número de títulos, tierras y propiedades para retenerlo por un tiempo y venderlo después á como quisieran. Era el caso de redondear unos cuantos millones en un par de meses á lo sumo. Vallejos operaba en Buenos Aires y él en La Plata. Por eso iba allá todos los días.—Pero mañana será el último,—terminó diciendo,—porque, á lo menos en tierras, ya no nos va quedando cosa qué comprar.

Todo el día siguiente se lo pasó Luisa atareadísima en los preparativos de una gran fiesta que proyectaba en conmemoración del cumpleaños de su hija Elena. Quería que

la tertulia hiciese época, que tuviera una magnificencia y un brillo como no hubiese memoria de otra igual. Así desfogaba ella ciertos resentimientos que, de otro modo, la hubiesen consumido el alma: deslumbrando, ó pretendiendo deslumbrar con sus riquezas. Como á las nueve de la noche y cuando más absorta estaba esforzándose por encontrar algo extraordinario, algo singular que diera carácter á la fiesta, la presencia de un lacayo anunciándola que acababan de llegar el señor Montes y el señor Federico Fagher, la vino á sacar de su abstracción. Se inmutó su semblante, se olvidó de todo. Ya no pensó más en la fiesta. La humilde voz del lacayo pronunciando el nombre de Federico Fagher le hizo el efecto de una conmoción eléctrica. Si, repentinamente, una parálisis le hubiera privado del movimiento, la mortificación de tener que estarse allí la hubiese matado en un segundo.—¡Oh, señor Fagher!—dijo, al verle, con leve sonrisa, y en un tono como de amistosa reconvención.—¡Qué milagro! Ya no se le ve á usted nunca en esta casa. ¡Qué milagro!

Fagher se excusó. No tenía un instante libre siquiera y estaba quedando mal en

todas partes por aquel retraimiento obligado á que le condenaban los negocios. Pero, por Montes, á quien preguntaba siempre, sabía que estaban todos buenos de salud.

El semblante y los negros ojos de Luisa quedaron como empañados por una nube de tristeza. Le dió las gracias, con la misma sonrisa amable é imperceptible, después de lo cual y de haberse cambiado algunas palabras sobre la gran tormenta de aquella tarde y sobre la fiesta y los preparativos, continuó diciendo Montes como si reanudara una conversación interrumpida: Que no le parecía del todo malo el negocio de Pringles. En el fondo, era un gran proyecto, que, de ir bien, acaso cambiara la faz económica del país; solamente que él no había querido expresárselo así á Pringles para no envanecerle, porque le parecía un hombre muy pagado de sí mismo. No había dos pareceres sobre la existencia de grandes minas en la Cordillera y sus cordones. Recordó haber leído algunas memorias oficiales del Departamento de Minas y Geología en las que se ponderaba la riqueza metalúrgica de esas regiones, y agregó que quién sabe si esos mismos informes no eran en lo que se ha-

bía inspirado Pringles para concebir su proyecto. Era, indudablemente, una gran idea que no tenía más inconveniente que el de necesitarse un capital enorme para explotarla. Habló después de la importante operación que, de acuerdo con Vallejos, había terminado de realizar aquel mismo día. Ya no comprarían más. Sin exageración, podía decir que habían comprado media Plata. Ahora se dejarían estar. La falta de oferta haría subir enormemente la propiedad y los títulos y, á la vuelta de uno ó dos meses, podrían ganar lo que quisieran. La operación no dejaba de tener su riesgo. Por él no hubiesen comprado tanto porque siempre era bueno ser prudente; pero Vallejos se había empeñado de tal manera que no había tenido más remedio que ceder. Eso no quería decir que no tuviese fe y confianza en que el negocio era magnífico y había de darles un platal. Lo decía no más porque siempre era bueno medirse y pecar antes por corto que por largo. Pero, en fin, ya estaba hecho y no se arrepentía.

Luisa, que sentada en frente de Fadier permanecía silenciosa y como ensimismada y abatida, se irgió impaciente, como sí, de

pronto, hubiera sentido en el corazón algún pinchazo. De todo lo que acaba de decir Octavio, pareció no haber entendido sino las últimas palabras.—¡Siempre con el miedo! le dijo, en un tono lo más despreciativo y altanero. Y como si el verle, fuera cosa que le causara una mortificación insoportable, alejóse con paso rápido, desapareciendo por la puerta cercana de una habitación contigua.

—Bueno—dijo Montes, levantándose, entre indiferente y azorado—¿Vamos?

—Vamos—contestó Fader, secamente. Y después de tomar su sombrero, salió detrás de Montes.

—¡Federico!—exclamó Luisa con voz jadeante y comprimida, á tiempo que Fader pisaba el primer peldaño siguiendo á Montes, que había bajado ya más de la mitad de la escalera.—¡Federico!—repitió. Y presa de un abatimiento indecible, de una angustia mortal, descorazonada, humillada, desesperada, sintiendo que se le escapaban las fuerzas, dejóse caer pesadamente en un sofá. Permaneció breves instantes sin pensar en nada, insensible y como idiotizada. Luego sintió algo así como si la poderosa pre-

sión del dolor, la arrancara, la exprimiera el espíritu; después, un sudor copioso y frío, y un temblor de cuerpo; y, por último, una sofocación y un sentimiento mezcla de humildad y de soberbia, de ira y de despecho. Quiso llorar pero no pudo. De sus ojos no brotó ni una lágrima siquiera. ¡La había visto, la había oído y había seguido indiferente, sin hacerla caso! ¡Él! ¡Él! ¡Él!

Ya en la calle Montes pidió disculpa á Fadher. Luisa era una mujer así, y había que perdonarla esos arranques y esas intemperancias de carácter. El ya estaba acostumbrado pero, el que no la conociera, se figuraría otra cosa. Mal genio no más; pero, en el fondo, era buena: una santa, un angel. Había que conocerla á fondo.



IX

El recuerdo de la noche en que conoció á Elena, fué de imborrable memoria para Fresno. Cuando ya al rayar el alba salió de allí, en compañía de Fадher, creyó encontrarse en un desierto. Desde el umbral de la puerta hasta la vereda parecióle que había un infinito de distancia. Era una especie de pena y de gozo, de desaliento y de aliento, de desesperación y de esperanza lo que embargaba su ser completamente.

No había cosa que le sacara de su ensimismamiento: ni el traqueo del carruaje en que iban ambos, ni el escarceo y fuerte pisar de los caballos, ni la intensidad del frío, ni el hermoso panorama del cielo, por cuyo oriente avanzaba un raudal de luz dorada que parecía como si empujase hacia el poniente

la obscuridad y las estrellas Duraba la conmoción, meditaba en ella concentrándose en sí mismo, se extrañaba, sentía como si animara su cuerpo otro espíritu que no el suyo propio.

—¿Qué le pasa, amigo Fresno?—díjole Fadher, al notarle tan absorto y cuando ya habían andado un buen trecho de camino.

Pero él calló. Dijo que iba pensando en la proposición que le había hecho el señor Montes y en si tendría ó no bastantes fuerzas como para desempeñarse con acierto. Y le ocultó lo que tenía como si hubiera sido una vergüenza inconfesable, como si lo que le preocupaba fuese la maquinación de algún crimen infamante.

—Usted es demasiado modesto, amigo Fresno. ¿Cómo no ha de tener fuerzas bastantes? La modestia es buena hasta cierto punto; pero ya, pasando, perjudica al hombre. ¿No ve cómo hacen otros? Usted, que es un mozo discreto y de experiencia, debe saberlo: en el mundo, hace más papel la audacia que la inteligencia. Tenga fe, amigo, tenga fe. Es que, hasta ahora, usted no ha puesto el alma en nada porque no ha tenido estímulos. Pero tenga fe, amigo, tenga fe.

Fresno pensó que, efectivamente, era cierto que nunca había tenido estímulos ni podido poner el alma en nada. Y como, al despedirse, insistiera Fadher en lo mismo, diciéndole que no fuera tonto y que se dejara de una vez de tantas cortedades, él, apretándole efusivamente la mano y sonriéndose con cierta amargura, le contestó que sí, que, en adelante iba á ser la misma audacia en persona.

Cuanto más días iban pasando más hondas iban siendo las raíces que echaba en él el recuerdo de aquella noche, más fascinadora y angelical era la imagen, más grande era la pasión. No podía ser más grande: desde el primer momento fué grande: todo lo grande que podía ser. Y esto era lo que á él le hacía estar más extrañado de sí mismo. El, el hombre desengañado de la vida, el escéptico, el que no creía que hubiera una mujer capaz de trastornarle, porque se figuraba haberlo visto y conocido todo; se había enamorado de golpe, como un imberbe, como un romántico cualquiera, como un héroe de novela. Y en vano procuraba sobreponerse, sofocar, echar de sí aquel sentimiento pensando en que, siendo él un

hombre sin fortuna y ella una opulenta á más de un angel, nunca había de atreverse á decirle nada ni su afán podría ser jamás otra cosa que un dorado imposible: cuanto mayor era su empeño, más cuerpo echaba la pasión, más adentro y más grande la sentía. Buscaba distraerse con la lectura de los buenos autores que tanta luz y tanto bien habían derramado en su espíritu, y buscaba también aturdirse de mil maneras, todo para apartar de ella su pensamiento. Pero nada: así como la aguja de marear está mirando siempre al norte, así su pensamiento estaba fijo en ella á todas horas. Ella ejercía sobre él la influencia de un imán poderosísimo. Lo tenía presente todo: á la señora de Montes, á quien daba el brazo; al señor Montes, que venía detrás de ellos; al señor Fadher, que con sus modales de hombre de mundo había hecho la presentación; y á ella, que, en el momento de darle la mano, tenía el aire más distinguido, la expresión más bella, angelical y dulce que imaginaron jamás los fecundos y divinos genios de Rafael y de Murillo. Todo lo veía patente. Y, el instante en que la conoció y sintió su ser lleno de ella; y el otro en que estrechó su fina y blanca

mano por primera vez, eran para él como esos acontecimientos que, á manera de jalones salientes, marcan en la vida de un hombre el sendero recorrido.

Pero era fuerte y luchaba. Por más que la señora de Montes le había hasta rogado que los visitase con frecuencia diciéndole que tendrían el mayor placer en que fuera á los recibos, él se abstenía de ir. Cuando necesitaba hablar con el señor Montes iba á su escritorio y allí hablaba con él y se disculpaba de no ir á su casa pretextando que, por más que tuviera en ello el mayor gusto, se lo impedían sus muchas ocupaciones. Quería no verla para ver si así lograba olvidarse, librarse de aquella especie de obsesión tenaz, de aquel sentimiento vehemente, de aquella pasión que tenía como el presentimiento de que había de serle funesta. Pero una tarde entró en una librería del centro y allí estaba ella. Al verla se le paralizó toda la sangre. Se quedó helado, pasmado. Sintió lo mismo que había sentido la primera vez; y nada pudo contra aquella emoción, tan inesperada como fuerte, la envoltura de hielo que cubría su sentimiento. El encuentro le pareció también un incidente de novela

Pero la miró, la vió y la conoció: era ella, que estaba allí con su madre; y, lo que veía, no era un incidente de novela sino un pasaje de la vida real. Su primera intención fué volverse, huir, tanto para ocultar su turbación como para librarse del compromiso de tener que hablarlas. Pero no pudo: la señora de Montes, que le había visto entrar, le salió al encuentro, le saludó con suma afabilidad, y, en el tono más amable, le reconvino por lo que estaba tan perdido, tan olvidado, que ni siquiera una vez había ido á visitarles. Ella se expresó también en los mismos términos: ¡Tan olvidado, tan perdido! ¡Quién sabe en qué andaría! Y, al verla, al escuchar su acento, al estrechar su mano, sintió una especie de locura, algo como si, á través de la piel del fino guante, ella le hubiese transmitido un hálito de vida y de muerte al mismo tiempo. Debieron de conocer su turbación. Para cohonestarla, y como la señora, al notar su palidez, le preguntara si había estado enfermo, él la contestó que sí, que padecía de una especie de debilidad á la cabeza y que esa había sido la causa de no poder ir á visitarlas; pero que ya iba poniéndose mejor y tendría el gusto de ir el miér-

coles sin falta. Al despedirse, le recomendaron que no echara en olvido la promesa, y al estrechar su mano nuevamente, sintió como si hubiera tocado el conductor de un electróforo. Se quedó otra vez solo, como cuando iba en el carruaje con Fadher aquella madrugada. En la librería no quedó nada: ni Cervantes, ni Shakespeare, ni Homero, ni Dante, ni Calderón, ni Voltaire. ¡Nada! ¡No quedó absolutamente nada! Consigo había llevado ella hasta la idea de arte. Había venido á reclamar una entrega de la *Ilustración Española y Americana* á que estaba subscripta y á comprar la última novela de Galdós. Además, y citando nombres, había dejado dicho que, cuando las recibieran, le mandaran siempre las obras de los autores más en voga.

Sintió en sí algo indefinible, algo que le causó placer y dolor al propio tiempo. ¡Tenía ese atractivo más! ¡Le interesaba el movimiento artístico y literario! ¡Leía! No era como tantas otras, superficiales y vanas que no se ocupaban sino de bailes y paseos ni pensaban en más que en modas y en vestidos. Y, al considerar que además de hermosa era inteligente, que á la juventud y á la belleza física reunía la cultura y la belleza

moral; él, que se figuraba que no había más emociones bellas que las de la lectura y las de la contemplación del arte y de la naturaleza; él, que á causa de los desengaños y sufrimientos tenía un poco duro el corazón, dejó escapar dos lágrimas cristalinas, grandes, llenas de sentimiento, llenas de amor, llenas de vida.

La vió más cerca y más lejos de sí. La vió más grande, más hermosa. Más hubiera querido no verla de ese modo, no haber adquirido esa nueva noción de ella. Le hacía daño el conocerla así. Y la fuerza misma de la emoción engendró en él un sentimiento egoísta, chico: él prefería siempre la belleza de fondo á la de forma, y, ya que era un angel en la forma, hubiese querido descubrir en ella un fondo feo para ver si la fealdad moral le hacía ser indiferente á la hermosura física. Pero se arrepintió enseguida. Se avergonzó de sí mismo, de haber tenido ese pensamiento y la quiso así: bella en el fondo y en la forma, inteligente y culta. No la hubiera querido de otro modo. Sí: la hubiera querido de otro modo: de cualquier modo. La quería como era y como fuese. ¡La quería!

Como se lo prometió fué al recibo y siguió yendo. Pero no fué por habérselo prometido: aunque no las hubiera encontrado hubiese ido lo mismo porque no habría podido estar sin ir. La poderosa atracción que sentía era más fuerte que su voluntad. Aquella mujer le había trastornado, vuelto otro. Era fuerte, pero ante su imagen desaparecía toda su fuerza como ante el sol desaparecen las estrellas.

Su condición no mejoró con haber ido á los recibos. Al contrario: se hizo más penosa. Si mal estaba no viéndola, mal estaba viéndola. No sabía cual era peor. Sin embargo, cuando no la veía quería verla y cuando la veía no quería dejar de verla. Hablaba poco. Todo se le iba en soñar, en fantasear y, más que buscarla, rehuía la ocasión de hablar con ella. Era como si la temiese.

Muchas veces se avergonzaba de sí mismo, de no poder ser como otros que siempre la estaban festejando y llenándola de lisonjas. Entre la falanje de jóvenes que la hacían la corte, descollaba uno por su asiduidad y también por su continente. Era un mozo rubio, bajito, regordete, de gran

cuello y de mayor corbata, ricamente perfumado á irreprochablemente vestido, afeitado y peinado. Su bigote, grande, retorcido á fuego y tenazas por un hábil peluquero, aminoraba mucho su nariz ya pequeña, como los ojos, que tanto podían ser verdes como azules. Fresno le cobró antipatía desde el primer instante. Cuando se le presentó el señor Montes, supo que se llamaba Juan López; y así que cambió con él cuatro palabras, la antipatía se convirtió en racional, de instintiva que había sido en un principio. No hablaba sino majaderías y lo más chocante en él, era que, siendo un hombre sin ningún género de luces, presumía entender de todo y le daba por hablar de todo y por dar siempre su opinión sobre todas las cosas, en voz alta y aunque no se la pidiera nadie. Para él no tenía secretos ni la ciencia ni el arte. Hablaba de todo con verbosidad propia de mujer; y las palabras materialismo, realismo, positivismo, idealismo y otras así, comprensivas de otros tantos sistemas complicados y profundos, salían y entraban por su boca con la misma facilidad con que esos pruebistas de circo, imprimiéndolas un movimiento giratorio, tiran

y barajan con las manos varias bolitas de metal. Y era que habia oido campanas y que, como vivía en un punto equidistante de San Ignacio, Santo Domingo y San Francisco, no sabía en qué campanario. Tocaba muy mal el violín, lo que no impedía el que él creyese que le tocaba bien y el que se luciera ó pretendiera lucirse en todas partes. Lo mismo era con las mujeres: no había una que fuese capaz de resistírsele. Todas se enamoraban de él y, nuevo Juan Tenorio, contaba por centenares las conquistas. Fresno, que era observador y que aborrecía entrañablemente á los pedantes y á los fatuos, le cobró una ojeriza extraordinaria. En tan poco le tuvo, tan pobre idea se formó de él, que ni siquiera le inspiró celos la cargante asiduidad con que festejaba á Elena. Tenía á esta por mujer de buen sentido, aunque joven, y pensaba que era hacerla muy poco favor el suponer que le haría caso.

No era lo mismo respecto de otros jóvenes que la festejaban igualmente, algunos de gallarda presencia y que no tenían ni la petulancia ni la pobreza intelectual de López. Las galanterías de estos le mortificaban

en sumo grado. Algo que sentía en lo íntimo de su corazón, inducíale á pensar, más, á admitir que aquella mujer era cosa suya; y llevado de esta idea, cuya consistencia no analizaba ni quería tampoco analizar, parecíale que nadie tenía derecho á festejarla. Era como el perro del hortelano, que ni come la fruta ni deja que la coman otros. Sentado en alguna parte del amplio salón, se pasaba la noche mirándola, contando el número de los que se le acercaban y su amargura era mayor al ver la complacencia con que ella recibía los galanteos. Otras veces, pensaba que, como mujer de sociedad que era é hija de la casa, por añadidura, estaba en la obligación de ser complaciente con todos. Esto le tranquilizaba algo; mas, observándola con detención, notó que era coqueta, que, realmente, se complacía en que la galantearan.

Pero no cambió de modo de ser. Al contrario. Bastóle apercibirse de que era coqueta para que lo que antes no había hecho por timidez, ó más bien, porque, atendiendo á la diferencia de posición le parecía una audacia el aspirar á ella, dejara de hacerlo ahora, además de por estas cosas, por cier-

ta reflexiva é instintiva aversión que le inspiraban las coquetas. Sufrió más porque, á pesar de todo, le pareció más adorable; pero le fué más difícil el manifestárselo. No podía. Los demás la prodigaban sinceras ó fingidas alabanzas. El no. Ni siquiera le había dicho que era linda. Le hubiera parecido que, al decirlo eso, le decía una trivialidad, una simpleza. ¡Tan á la vista estaba que era linda...!

Solo una vez la alabó y no á su figura, sino á su talento. Acababa de ejecutar un aria del «Guillermo Tell» de Rossini y lo había hecho con tan exquisito gusto, con tal inspiración y arte, que no pudo contenerse: se adelantó hasta el piano y la felicitó, pero no con vulgaridades, como otros, sino con talento y arte correspondientes al modo cómo había tocado ella; en términos sobrios, elevados y sentidos; en términos que halagaron su corazón de artista y de mujer; en términos que debieron de llegarle al alma.

Ella se lo agradeció y le pagó aquellos conceptos que creía tan sinceros, como en efecto eran, con una mirada expresiva, inteligente. Ambos se miraron. Y, al mirar-

la, vió él en ella la juventud, la inteligencia, la belleza y el arte, todo junto, y sintió una deleitosa conmoción pura y sin mezcla, una especie de derretimiento de su ser, un inefable bienestar. Ella también se inmutó. Pareció haber descendido de su trono de mujer coqueta para agradecersele, y, por lo conmovida que quedó, pareció también como si hubiera tocado aquello nada más que para él, para conmooverle, para vencer aquella indiferencia que advertía en él. Lo poco que la dijo, valió más, para ella, que lo mucho que la dijeron los demás.

Tenía la inteligencia de su madre, aunque, aparentemente, no la energía de espíritu, quizás porque su vida había sido regalada y cómoda, sin las ansiedades, vaivenes y agitaciones que habían agriado la de aquélla. Tampoco era tan hermosa. Tenía la misma blancura, el mismo pelo y los mismos fascinadores ojos negros; pero su boca no era tan pequeña ni su nariz tan linda, y su figura, aunque más gentil y delicada, no era tan arrogante, tan espléndida.

Pero era joven y rica y, como no había mozo que no la festejara, las continuas lisonjas y alabanzas la tornaron algo vanido-

sa, algo coqueta. Sabía que era hermosa, y la idea, la presunción de que todos estaban como en el deber de repetírselo, habíase hecho carne en ella. Había adquirido: la costumbre de que la llamaran hermosa, y la conciencia de que no era posible el que nadie dejara de tenerla por tal y de decírselo. Estaba hecha á vencer. Quería vencerlo todo.

Por eso le chocaba el que no la hubiera dicho nada Fresno; y por eso fué que la conmovieron tanto sus palabras. Cada vez le iba interesando más aquel mozo de pelo, ojos y bigote negros, de maneras recatadas y aire modesto, que hablaba poco siempre y siempre con el corazón y la cabeza. La había dicho que era hermosa é inteligente; pero, al decírselo, había recalcado más el concepto de inteligencia que el de belleza. Y esto, aunque le gustó, no le gustó. Le quedó una espina. Sintió como si el espíritu de él se le metiera adentro. Le sintió fuerte.

Pero le sintió también más cerca. Al levantarse del taburete la ofreció el brazo y después de dar algunas vueltas, fueron á sentarse en uno de los ángulos de la amplia

sala. El tenía el espíritu más confortado, más animoso. Pero no la requebraba. Hablábala de arte, de los músicos insignes, y ella le escuchaba con agrado y con atención: también sentía el culto de lo bello.

Cuando, con la pasión que le inspiraba todo lo grande, estaba Fresno ponderando el talento musical, la inspiración divina de Rossini, acercóse á ellos Lola Ponce, una de las amigas de Elena y, en el tono más travieso, dijo á ésta que acababa de llegar la de Prunel y que venía lo más elegante y afeitada. Riéronse ambas y en el mismo tono, pero como dándole cierto tinte de ingenuidad que le hizo más travieso aun, la contestó Elena que no era cierto que tuviese bigote porque ella se había fijado bien y nunca le había notado nada. A lo que replicó Lola que sí, que ella la había visto una vez en la estancia, y que, además, le había asegurado la sirvienta que se afeitaba todas las mañanas. La aludida paseaba en aquel momento por el salón, del brazo de un distinguido hombre público. Era una señora joven, como de treinta años, elegante, de airosa presencia y de hermosura varonil, tan bondadosa y tan fina, que á primera vista

no más, predisponía en su favor el ánimo de cualquiera. Y mientras, siempre del brazo del distinguido personaje, saludando á unos y otros, dirigía á todos sonrisas complacientes, inclusive á Elena y á Lola, éstas continuaban su polémica hasta que, planteando la cuestión en términos de si era ó no posible que se pudiese afeitar una señora, convinieron en someterse á lo que dijera Fresno.

Fresno, que ya no hablaba de Rossini y que las había estado escuchando atentamente, contestó en un tono tan comedido como grave, que todo podía ser, desde que era evidente el que algunas señoras tenían barbas. Pero, de cualquier modo que fuese, si era cierto, no tenía ella la culpa, sino la naturaleza, que había cometido el grave error de darle un atributo impropio de su sexo. Por lo demás, hacía bien, si teniendo bigote, se afeitaba; y hasta merecía que se le disimulara el defecto porque, al afeitarse todos los días, probaba que era inteligente y capaz de dar á la naturaleza una lección todos los días.

Lola, que era una muchacha algo superficial, se quedó indiferente. En cuanto á Elena

no acertó á comprender si aquello era una reconvención ó qué. ¡Había empleado un tono tan amable, tan comedido! Se quedó como encogida, como avergonzada. No supo qué decir. Lo único que comprendió fué que el espíritu de él se le volvía á meter adentro. Ya le habia sentido fuerte. Ahora le sentía inteligente.

«*Ella*—Vive en uno de los más espléndidos palacios del barrio norte y es hija de un conocidísimo y fuerte corredor de bolsa. Toca admirablemente el piano. Es hermosa, elegante, y espiritual, de cabello y ojos como el azabache y cutis como la nieve. Usa un lujoso tren. Su nombre, famoso en la historia de Grecia, es el de una mujer cuya belleza provocó una sangrienta guerra en el Asia Menor.—*El*—Es hijo de uno de los comerciantes y estancieros más acaudalados. Su nombre es de cuatro letras y su apellido de cinco. Es rubio, más bajo que alto y más grueso que delgado, de bigote largo y siempre retorcido. Toca el violín y se distingue por el irreprochable corte de sus trajes. Vive al sudeste. Actualmente está en Cosquin adonde, en compañía de su joven y distinguida mamá, ha ido ella á pasar una

temporada. Se casarán en el próximo invierno.»

Esto leyó un día Fresno en la crónica social de *El Diario* y su lectura le dejó poco menos que en el sitio. Las señas no dejaban ni la sombra de una duda. Ella, era Elena; él, era Juan López. Se quedó frío, helado, sin sangre. Sintió como si se desplomaran sobre él todas las estrellas, todo el firmamento. Un reo en capilla que, conservando aún algunas esperanzas, hubiese visto, de pronto, la cara del verdugo, no habría experimentado una sacudida tan fuerte, tan terrible. Tuvo unos cuantos momentos durante los cuales perdió completamente el ánimo. Lo intenso de la emoción le trajo á la mente el recuerdo de la que, al verla, había sentido la primera noche; pero no porque substancialmente fueran de igual naturaleza, sino porque ambas tenían la misma profundidad, la misma fuerza.

A haberle sido posible, ese mismo día hubiera tomado el tren de Cosquin para verlos, observarlos y convencerse por sí mismo de la exactitud de la noticia. Pero no podía: carecía de recursos. Además, recapacitó. Pensó que bien podía no ser cierto porque,

muchas veces, los cronistas procedían en esto con demasiada ligereza. Por más que en el fondo de la naturaleza humana y, especialmente en circunstancias semejantes, haya una marcada inclinación á temer siempre lo malo, costábale creer que Elena, muchacha de buen gusto y de inteligencia no común, pudiera enamorarse de Juan López, individuo que, á más de otros defectos físicos y morales tenía un entendimiento vulgarísimo y una ignorancia supina de todas las cosas. Primero lo había creído; después dudó; luego lo creía y no lo creía al mismo tiempo; hasta que al cabo terminó por creerlo. Las mujeres eran así: muchas veces tenían caprichos raros, incomprensibles. ¿Por qué no podía ser ella una de tantas? Entonces recordó que esa tarde tenía que ver al señor Montes y sintió cierto alivio al recordarlo. Vería algo de ella. Le vería á él, á su padre, y, viéndole, quizá se sintiera mejor, quizá le hablara y supiera alguna cosa de ella. Y con el espíritu más confortado, se encaminó al escritorio del señor Montes, que estaba cerca de la Bolsa. Deseaba verle. Sentía ansias de verle. ¡Tan positivo es que en semejante estado de áni-

mo inspiran interés, no sólo las personas allegadas, sino hasta los perros de la casa, nada más que porque viven bajo el mismo techo y se cree ver en ellos cierto ambiente, cierto no sé qué del ser amado!

El señor Montes le recibió muy afablemente diciéndole que por qué se perdía tanto. Para verle era necesario mandarle á llamar porque sino, él no se tomaba la molestia de visitar á las personas que le estimaban. Pensaba siempre en el diario y le había pedido que viniera para cambiar ideas, para conversar, porque era menester ponerse de acuerdo. El diario iba á salir el 15 de julio. Así que, en los tres meses que faltaban, había que ir haciendo los preparativos.

Agradeció Fresno la cariñosa reconvención y se defendió de ella diciéndole que si no iba más á menudo era porque siempre hablaba con el señor Fadier y éste le diría cualquier cosa nueva que hubiese. Por lo demás, él estaba listo y en los tres meses había tiempo bastante para preparar lo necesario. Después de una larga conversación durante la cual el señor Montes le expuso ampliamente sus ideas sobre lo que necesitaba el país para llegar á la conversión y

á la nivelación del presupuesto, y sobre lo que en tal sentido hacía y dejaba de hacer el actual ministro de hacienda, quiso despedirse Fresno. Pero el señor Montes no consintió que se fuera. Cenarían juntos esa noche en algún hotel del centro. El estaba ahora como soltero: Luisa y Elena se habían ido á Cosquin, los dos chicos estaban en el colegio y en casa no había más que los sirvientes. Y, al recordar que Luisa y Elena estaban en Cosquin, le dijo que, cuando volvieran, no se arrimara por allá, porque como había estado muy cerca de dos meses sin dejarse ver la cara, se habían ido resentidas con él y Luisa le tenía preparado un gran sermón.

Sonrióse Fresno con apacible melancolía al escuchar esto. Las palabras del señor Montes, dichas con afable seriedad, en que parecía como traslucirse la intención de meterle miedo, fueron para él de mucho alivio. Fueron lo que al ciego la luz, lo que el agua al sediento, lo que á las flores el rocío. ¡Ella se había ido resentida de no verle! Quedó mejor. Y el señor Montes, con su levita abrochada, su barba y su pelo desmedidamente largos, y su menudo cuerpo,

parecióle un patriarca bondadoso, un bienhechor. ¡La señora iba á echarle un sermón; y, quién sabe si ella también no le echaría otro! ¡Quedó bien, bien! ¡Jamás místico alguno escucharía con tanta resignación, con tan agradable recogimiento, con mayor éxtasis, la autorizada palabra de orador sagrado!

Durante la cena, el señor Montes volvió á exponerle sus opiniones financieras. El país estaba bien, pero había que hacer mucho para normalizar su situación económica. Ningún ministro de hacienda era capaz de resolver el gran problema de la conversión, ni menos el de nivelar el presupuesto. Y era porque carecían de ideas, de conocimientos prácticos. No conocían el terreno. Para ser un buen ministro de hacienda, era preciso conocer las verdaderas necesidades y recursos del país, tener práctica de los negocios. Hasta el presente, no había habido ninguno en esas condiciones. Todos eran teóricos, abogados más ó menos inteligentes, pero al fin, abogados y no comerciantes. Al actual ministro, había que *caerle* duro con el diario. Era un hombre que no entendía una palabra de finanzas. No se ocupaba más que de la

parte puramente administrativa. En sacándole de ahí no era capaz de concebir ningún proyecto, nada que propendiera á normalizar la situación. El país tenía muchos recursos, era verdad. Pero á causa de la imprevisión de los ministros, los déficits, que cada año eran mayores, se iban acumulando y esta acumulación y los enormes intereses de las deudas, constituían una carga muy pesada. El ministro no tenía en cuenta esto. No era el hombre que se necesitaba. Había que caerle duro, duro.

Fresno fué del mismo parecer. Efectivamente, el país necesitaba normalizar su situación, y para ello, era preciso que fuese al ministerio de hacienda un financista de talla. Él no había estudiado la labor del actual ministro y por eso no podía decir, en conciencia, si era bueno ó malo. Pero aquí había eso. Por regla general, se llevaba á los ministerios y demás puestos públicos de importancia, á hombres sin preparación especial en los negocios de estado, á hombres que, muchas veces, no tenían más títulos que el de doctor, como si eso bastara para poder desempeñarse con acierto. Era necesario réaccionar contra esto. Había doctores que eran muy

instruídos, muy inteligentes y que podían servir para ciertas cosas; pero había también muchos que no eran buenos para nada, y que, sin embargo, desempeñaban altos cargos. Los doctores no podían saberlo todo, ser aptos para todo. Ya no había hombres enciclopedias, ya no eran posibles los San Agustín ni los Dante, que reunían en sí todo el saber de su tiempo. Los horizontes de todas las ciencias, lo mismo las cosmológicas, que las biológicas, que las sociales, se habían ensanchado mucho: cada una de ellas se había ido subdividiendo en infinito número de ramas, las que, á su vez, habían adquirido las proporciones y rango de otras tantas ciencias; y para que un hombre pudiera distinguirse en algo, conocer á fondo algo, tenía que ser especialista y, además, necesitaba tener mucho talento. Por más que todo el mundo trabajase y ganase dinero, era evidente que el país estaba en condiciones anormales. Para volverle á su quicio era necesario que los gobernantes fuesen, además de patriotas, inteligentes; y una de las funciones más delicadas, uno de los más arduos problemas, era el que tenía que resolver el ministro de hacienda. Pero

había que separar, que desligar, la cuestión política de la económica. Más: había que dar la preferencia á la segunda. La humanidad había entrado en un nuevo período, en una nueva faz, en que los hombres de gobierno tenían que mostrarse hábiles, no para desempeñar farsas políticas, sino para resolver problemas económicos. Por eso pesaban tantas calamidades sobre los pueblos europeos. Los gobiernos no se preocupaban más que de política, de vanas ambiciones, de pequeñeces, prefiriendo lo transitorio á lo eterno, lo pequeño á lo grande, lo individual á lo humano. La situación económica de todo país era siempre el termómetro que marcaba su grado de bienestar. Aquí no estábamos todavía en iguales condiciones que los pueblos europeos: el país era grande, riquísimo é inexplorado y el termómetro no marcaba un grado enteramente alarmante. Pero, por eso mismo, era necesario que los gobernantes fuesen patriotas, inteligentes y previsores: para evitar que el termómetro acusara mayor temperatura. De lo contrario, vendría la bancarrota y el descrédito y se alejarían la inmigración y los capitales extranjeros, factores principalísimos del adelanto y fu-

turo engrandecimiento del país. La tarea era magna y mucho había de ser el honor que se granjease quien la llevara á cabo. Se necesitaba un hombre como él había dicho: que conociera los recursos y las necesidades del país. Un especialista, un reformador, y opinaba, como él, que el actual ministro no era hombre de esa talla.

Aunque el señor Montes no comprendió bien el alcance de algunas ideas de Fresno, escuchóle con la mayor atención. Le inspiraba simpatía y hasta respeto aquel joven tan sobrio, tan medido en sus palabras, á las que daba siempre una entonación enérgica, como si, después de meditarlas bien, le brotaran de lo más hondo del corazón. Una duda tenía: quién sabe si sabría que él aspiraba á ser ministro: quién sabe si Fader le habría dicho cual era el principal objeto del diario. Después de algunas reflexiones, convino en que sí, en que se lo habría dicho; y, en virtud de las ideas que él había expuesto anteriormente, no le quedó la menor duda de que había aludido á él al decir que la actual situación financiera necesitaba un reformador. Estuvo tentado á decírselo francamente y á darle las gracias. Pero lo dejó.

No faltaría ocasión más adelante. Lo que también le agradó sobremanera fué el que Fresno conviniese con él en que el ministro no tenía talla de financista. Y le agradó, porque Fadher le había dicho que uno de los mayores defectos de Fresno era el de ser un hombre de carácter, incapaz de apasionarse de otra cosa que de lo recto y de lo justo. Se combatiría al ministro. El caso era desacreditarle, voltearle, provocar una crisis ministerial.



X

Desde aquel día fueron más frecuentes y cada vez más íntimas las conversaciones entre Montes y Fresno. Montes acabó de convencerse de que aquel joven sería su brazo fuerte, su gran palanca en la prensa y ya pensaba en llevarle á su lado y en recompensarle con la subsecretaría del ministerio, cargo para el que, en verdad, no tenía Fresno ni muchas aptitudes ni vocación. Se lo manifestó así á Luisa en cuanto ésta volvió de Cosquín, y ella le aplaudió el propósito. Era un joven inteligente y juicioso que merecía eso y mucho más. Había que ayudarlo. Lo único que le notaba era el ser un poco despegado. ¿Por qué no iría por allá? ¿Era que no le invitaba? Contestóla él que, precisamente esa noche había quedado en

ir con Fadher. Y, efectivamente, fueron. En cuanto le vió le trató de malo y de ingrato. Tanto que se le apreciaba y él nunca iba á visitarlos. Parecía que le habían echado los perros, según andaba de alejado. Elena también le dijo cosas parecidas. Y en un momento en que quedaron los dos algo apartados, agregó que ya sabía ella por qué no iba nunca por allá. Le habían dicho que andaba bien con la de Bulnes, y era claro: no le quedaría tiempo. Además, se lo habría prohibido ella. Le felicitó y le deseó que las cosas marcharan bien hasta el final. Los dos hacían una linda pareja.

La de Bulnes era una muchacha, no fea, pero desgarbada, tonta, y sin maldita la gracia para nada. Una de esas infelices á quienes se toma por blanco de críticas y pullas más ó menos picarescas y que, por lo mismo, hacen triste papel en los salones. A Fresno, que por haber oído algunas de estas críticas no le inspiraba más que lástima, le dolió la broma de Elena. Hasta le pareció de mal gusto. Pensándolo, dudó de que fuera tan inteligente como él se había figurado y comprendió que era más coqueta. Quiso descubrir la verdadera intención

de sus palabras y, mirándola con fijeza, la contestó en el tono más galante, que él no estaba tan adelantado de noticias. La de Bulnes era una niña sin otro defecto que el de parecer algo coqueta. Estaba por encima de sus merecimientos, y, á ser verdad, se honraría mucho con ello; pero, de antemano declinaba el honor, porque la mujer, en general, no le inspira sino respeto y consideración: ningún otro sentimiento.—Y menos—agregó—las que, como la señorita Bulnes, parecen ser algo coquetas.

Elena sintió una cosa como cuando Fresno había resuelto el caso que ella y Lola discutían sobre el presunto bigote de la señora de Prunel. Se arrepintió de haberle dado la broma, porque era indudable que él había dicho aquello con ironía. No supo qué decir. Afortunadamente, en aquel momento se acercó Fader y, golpeándole familiarmente en el hombro, la preguntó por Juan López, agregando que ya sabía que habían estado juntos en Cosquín. Ella hizo un gesto desdenoso y, en tono parecido, le contestó que por qué le preguntaba por Juan López. El hecho de que él hubiera estado en Cosquín no significaba nada. ¡Habían ido tantos!

Con la llegada de algunas visitas, la conversación se hizo general. Se habló de negocios, de modas, de teatros y recordando que venía ya en viaje la compañía lírica, Luisa hizo presente á Octavio que no se olvidara de renovar el abono al palco de la Opera. Fresno se consoló algo al ver el aire desdeñoso con que Elena había hablado de Juan López. Al despedirse, la señora le volvió á decir que no se perdiera tanto. Desde el último recibo sólo dos veces había ido á visitarlos. Y se fué prometiéndola que aquel invierno asistiría puntualmente á todos los recibos.

Péro éstos comenzaron tarde aquella temporada. Elena cayó en cama y debido á esta circunstancia, no pudo Luisa abrir sus salones el primer miércoles de junio, como lo tenía de costumbre. La enfermedad y la convalecencia duraron casi todo el mes de junio y hallandose cercano el día 25 de julio, que era el cumpleaños de Elena, convino Luisa en que ya era mejor dejarlo hasta aquel día.

Llegó la noche y los amplios salones, resplandecientes de luz, soberbios de lujo y de riqueza, se hallaron desde las primeras

horas desbordantes de distinguida concurrencia. Fué una fiesta regia en la que no se sabía qué admirar más: si el suntuoso aparato de la casa, ó la esplendidez de sus distinguidos dueños, ó el tesoro de gracia, de juventud y de hermosura que reunían en sí tantísimas mujeres. Luisa estaba en su elemento. Por aquella noche era la reina de Buenos Aires, el punto adonde convergían todas las miradas, todas las atenciones, todos los galanteos. Sus cariñosos amigos, los espejos de Venecia, aumentaban el éxito multiplicando al infinito el panorama. Aquello era un mar de luz, de lujo y de belleza; y cuando, de tiempo en tiempo, los acordes de la orquesta llenaban el aire de dulces y arrobadoras armonías, era más: era un palacio encantado, un paraíso; hacía la vida agradable: invitaba á vivir.

Luisa recibió una infinidad de felicitaciones por aquella fiesta que hacía honor á la alta sociedad bonaerense. Muchas ancianas y distinguidas señoras, entre ellas la de Vallader y la de Vallejos, la dijeron que, en el tiempo que ellas recordaban, no se había visto en Buenos Aires una fiesta tan animada y tan brillante. Quien con más entusias-

mo la felicitó, fue la de Vallejos, agregando que sentía mucho el que una ligera indisposición hubiera impedido ir á su marido. Mercedes la felicitó igualmente; pero Luisa creyó ver más envidia que sinceridad en la felicitación. Aquellas dos amigas de la infancia vivían siempre en una perpetua y disimulada rivalidad. Nunca habían tenido una palabra, pero las relaciones eran cada vez más frías y ceremoniosas. Luisa, que recordaba siempre ciertos desaires, no perdonó jamás á Mercedes el que hubiera divulgado que era hija de unos queseros. Como si ella también, aunque ahora estuviese en otra posición, fuera más que hija de unos panaderos. No sabía por qué habían de ser mejores los panaderos que los queseros. Lo que tenía Mercedes era envidia. ¡Ya quisiera ella dar aquellos recibos á los que iba todo lo principal de Buenos Aires: escritores, magistrados, comerciantes, políticos. Y discurriendo así, paseaba gozosa la mirada por todo la ancho del salón contemplando el magnífico golpe de vista, el animado conjunto, las conversaciones, las bromas, las risas, los corrillos de jóvenes apuestos y elegantes y los encantadorés grupos de niñas

entre las que, su hija Elena, sobresalía como astro de primera magnitud. Todo era animación y brillo. En el salón contiguo hallábase gran número de personas en su mayoría especuladores, fuertes comerciantes y corredores de bolsa. Pringles, que formaba parte de uno de los grupos, hablaba entusiasmado de *La Explotadora*. Con su pequeño cuerpo y exagerados ademanes, que le hacían parecerse á una ardilla, se esforzaba por demostrar que su proyecto era el mejor y más seguro medio de mejorar la situación económica del país. Había que sustituir la monena de papel por la metálica, único modo de poder llegar á la conversión; y para esto era necesario extraer el oro y la plata de que estaban llenas las montañas del interior. La sierra del Famatina y sus cordones, sobre todo, eran de una riqueza imponderable. Allí había minas á montones y, con poquísimo trabajo, podían obtenerse grandes beneficios. Era lástima que el país sufriese las consecuencias de una mala situación económica cuando estaba el remedio tan cerca, tan á la mano, que no había más que agacharse y recogerlo. Se necesitaba un capital algo considerable, por-

que era menester construir carreteras y otras vías de comunicación y de transporte; pero él tenía fe en que las acciones se iban á colocar en plaza como pan bendito. Fadher, que formaba también parte del grupo, hacía signos de aprobación y aun aducía nuevos argumentos en apoyo del proyecto de Pringles. En su opinión, era una empresa equiparable á la de la apertura del canal de Suez y, sin disputa alguna, la más importante y transcendente que se había concebido jamás dentro del país. Alentado Pringles con estas razones, agregó que no se trataba solamente de una empresa comercial, sino de una obra de patriotismo. El gobierno lo había entendido así cuando iba á solicitar del congreso una subvención; y, además, le constaba que el ministro de hacienda había manifestado á varias personas que tomaría un buen número de acciones. A él no le llevaban miras de lucro, sino, más bien, patrióticas. El único medio de poder llegar á la conversión era acuñar moneda metálica y, para ello, había que explotar la industria minera. El país marchaba á la bancarrota de la manera á cómo se iba cotizando el oro. Era menester desterrar de la Bolsa la coti-

zación del oro: que no hubiese necesidad de comprar oro. A esto contestó Juan López que la culpa de que el país estuviera mal la tenían los especuladores. Si todos fueran como él, nadie compraría oro desde que con papel se podía comprar perfectamente todo cuanto á uno le hiciera falta. Pero Pringles le contestó que el oro se necesitaba para pagar los intereses de la deuda externa y también las transacciones comerciales que se hacían en el extranjero. La exportación era menor que la importación y la diferencia había que pagarla en oro porque los extranjeros no estaban obligados á recibir nuestro papel, que á ellos no les servía de nada. Por lo demás, los especuladores no eran sino la consecuencia de nuestro actual sistema monetario, que hacía imprescindible la especulación. Había que reformar el sistema monetario, y ese era el fin de su proyecto. Y como adujese además otras razones que apoyó y reforzó Fadier, Juan López, que no era muy fuerte en achaques de economía política, se convenció de que, en efecto, había que cambiar la moneda y le dijo que le subscribiese á cien acciones.

En otro de los grupos se había estado

discutiendo acerca de la presunta conspiración revolucionaria. Fresno opinaba que todo podía ser desde que eran tan persistentes los rumores; mientras que otros, entre ellos Montes, manifestaron que el pueblo no pensaba en revoluciones, que todo era invención de los diarios y que, dado el caso de que algunos lo intentaran, el movimiento fracasaría, por que el gobierno estaba rodeado de opinión. Después se habló de asuntos financieros, exponiendo cada cual lo que, en su concepto, creía necesario para normalizar la situación económica. Montes se declaró abiertamente en contra del ministro de hacienda: era un hombre que no sabía una palabra de finanzas ni tenía siquiera la más leve noción de los verdaderos recursos y necesidades del país. Recordó que una vez había rebatido sus ideas delante del presidente, que éste se había puesto de su parte y que el ministro había tenido que modificar sus opiniones acerca de algunos proyectos. No era hombre á la altura de las circunstancias. Se necesitaba un ministro de iniciativa, que conociera à fondo los negocios: un especialista, un reformador. Uno de los del grupo, aludiendo al importante

papel que desempeñaba en el comercio el señor Montes, á su fuerte manera de operar y á su práctica en los negocios, dijo entonces que no lo decía porque estaba presente, pero que, en su opinión, el señor Montes era el hombre que hacía falta en el ministerio. A lo que, con aire modesto, contestó el señor Montes que en el último recibo presidencial, el presidente le había hecho algo así como una indicación en ese sentido; pero que no, que él no pensaba en eso. Era un puesto de muchas responsabilidades y él, aunque entendía un poco de negocios, no se consideraba con la suficiente preparación. Había otros hombres muy capaces. Respecto á lo de que operaba mucho, dijo que, efectivamente, aquel mes y el anterior, había empleado en tierras y en títulos de crédito la mayor parte de sus fondos disponibles. Abrigaba la esperanza de que la propiedad iba á subir más aun, y, para rematar un proyecto que tenía entre manos, sólo le faltaba concluir una operación en la Bolsa, al día siguiente.

Pero el toque de los clarines y el estruendo de los cañones saludaron al sol del nuevo

día, se irguió el pueblo y el suelo se llenó de sangre fratricida. Montes se quedó estupefacto al saber que las fuerzas revolucionarias habían establecido su cuartel general en la plaza del Parque y que la revolución no era hecha por el pueblo sólo, sino que estaba además con él mucho ejército y la mayor parte de la escuadra. Salió de casa. No pudo permanecer en ella ni un instante. Sentíase mal. Instintivamente, tenía como el presentimiento de una gran catástrofe. Necesitaba cambiar impresiones con su socio sobre las consecuencias que podría tener aquello; necesitaba esparcir el ánimo, hablar. Encontró lo más afligida á la señora. Vallejos tenía una congestión cerebral complicada con pulmonía y los médicos opinaban que era muy difícil el salvarle. A pesar de esto, manifestó deseos de hablar con él; pero la señora le dijo que era imposible: estaba sin conocimiento casi, y los médicos le habían ordenado el mayor reposo. La contrariedad que esto produjo á Montes fué indecible. Necesitaba hablar, echar de sí aquella cosa, aquel temor, aquel presentimiento. El nutrido tiroteo de los numerosos cantones formados en las cercanías de las plazas del

Parque y de la Libertad, que oía claramente, causábale una angustia atroz. No parecía sino que le apuntaran á él todos los *remingtons*, que veía ir hacia él todas las balas. Era como si tuviese una brasa en el cerebro. No pudo contenerse. No vivía más que en su preocupación. Agujoneado por ella preguntó á la señora que si le parecía que aquello iba á ser de malas consecuencias para el país. A lo que ella, cada vez más afligida, casi llorando, le contestó que qué malas consecuencias iba á tener cuando ya no era nada su pobre marido. Montes se quedó algo desconcertado, algo frío. Pensó en el estado grave de Vallejos y comprendió que era impertinente el insistir ya que no le había entendido la señora. Pero él necesitaba á todo trance hablar con alguien, comunicarse, orientarse, saber qué consecuencias tendría aquello, qué probabilidades había de que triunfara la revolución. En la Casa de Gobierno no encontró á nadie. El Congreso y la Bolsa estaban igualmente desiertos, cerrados. Al acercarse á la plaza de la Libertad, que era el cuartel general de las fuerzas del gobierno, y oír el fuego graneado de los cantones, se acordaba de los combates de La Verde,

Corrales y Puente Alsina. Allí habló con algunos personajes y jefes de alta graduación. La revolución estaba dominada. Los tenían acorralados y era asunto de uno ó dos días el que se rindieran. La junta revolucionaria había pedido la renuncia de los tres poderes, pero el legislativo condenaba, unánime, la revolución y el ejecutivo estaba fuerte. Esto le volvió el alma al cuerpo. Dijo entonces que él había ido allí á ocupar su puesto de defensor del orden y de la Constitución; y como se le contestara dándole las gracias y diciéndole que el gobierno tenía elementos de sobra, se retiró á su casa más tranquilo. Sin embargo, sentía cierto malestar, algo que no acertaba a explicarse. Después de haber adquirido la certidumbre de que no cambiaría la situación, porque el gobierno era incommovible, comenzó á preocuparle la enfermedad de Vallejos, cuyo fallecimiento podía traer algunos inconvenientes para la liquidación de los negocios. Su edad avanzada y lo grave del mal permitían tener pocas esperanzas. Y así fué: Vallejos falleció después de una agonía de trece días. El cortejo fúnebre, tuvo que detenerse al querer atravesar la calle

de Florida. Era ya el tercer día que la muchedumbre andaba por las calles agitada, frenética, delirante. Decíase que la revolución, aunque vencida, había triunfado moralmente; y el pueblo, que no había visto más que los charcos de sangre, las víctimas inmoladas, los episodios trágicos de la gran comedia, festejaba con manifestaciones de júbilo estruendosas la caída de un hombre. Montes contemplaba el espectáculo con mezcla de indignación y de estupor. A semejanza de la muchedumbre, que como mar embravecida y revuelta llenaba las calles y atronaba el aire con sus gritos, carecía de visión. Estaba aturdido, desorientado. El señor Vallader, que iba con él en el carruaje, opinaba que la situación económica del país iba á cambiar mucho. Había como un ambiente nuevo, como un espíritu nuevo, y por de pronto, era seguro que bajarían los títulos y la propiedad. Ya suponía Montes esto mismo, pero, aunque lo suponía, no quería pensarlo. Le daba miedo. Era como quien está al borde de un abismo y, presintiendo el peligro, no se atreve á mirar abajo temeroso de que al medir su inmensidad se le vaya la cabeza y se despeñe. Otra vez sin-

tió la brasa en el cerebro, aquella brasa que le había hecho decir una impertinencia delante de la afligida señora de Vallejos, aquella brasa cuya devoradora candescencia sólo se amortiguó cuando, en la plaza de la Libertad, supo que la revolución sería sofocada en unas cuantas horas.

A medida que pasaban días, mayor era su angustia. Las bolsas de Buenos Aires y La Plata quedaron paralizadas, muertas. No había movimiento, no se hacían operaciones. Diríase que la fiebre, el delirio, el incendio de especulación que ardía en ellas había sido apagado por un nuevo diluvio. Ya no pensaba en ser ministro. Los títulos y la propiedad se venían á tierra y su único pensamiento, su pesadilla, era venderlo, realizarlo todo cuanto antes. Fué á ver á la señora de Vallejos y le manifestó lo urgente que era liquidar todos los negocios en el más breve plazo posible. El iba á vender lo que pudiese. La plaza estaba muerta, los títulos y la propiedad se venían al suelo y dos meses no más que transcurrieran, sería como para perder todo el capital que habían empleado. A lo que le contestó la señora que ya había presentado un escrito al juez para

que se iniciara la testamentaria. Montes se quedó atónito al escuchar estas palabras. Si hubiera visto caer un rayo á sus pies, no habría sentido más pavor. La encareció, la rogó, la suplicó que se fijase en lo que era el iniciar la testamentaria en aquellas circunstancias. Por muy rápidas que fuesen las tramitaciones, no podría terminarse en menos de seis meses y seis meses eran una eternidad, eran la ruina, eran la miseria. Pero la señora se mostró inflexible. Había menores en la sucesión y, aunque se perdiese algo, ella quería más que se hicieran las cosas en debida forma. Insistió Montes en el mismo tono suplicante, aduciendo nuevos argumentos. Era mirar por los bienes de los herederos y bien valía la pena el prescindir de una formalidad, el diferirla, al menos, cuando con ello se salvaban cuantiosos intereses. Pero ella siguió mostrándose inflexible. No quería tener responsabilidades, y además, le rogó que la dejara porque no tenía el ánimo como para ocuparse de esas cosas.

Cuando Montes salió de allí no veía nada. Sí veía: por la primera vez, después de algunos años, volvió á aparecerse el fantas-

ma de la pobreza. La brasa que le andaba culebreando en el cerebro era cada vez más grande, más candente; y cuando recordaba que él había tenido como el presentimiento de lo que le estaba sucediendo, mayor aun era su tortura. ¡Cómo se arrepentía de haber vuelto á asociarse con Vallejos! ¡Y, cómo se arrepentía también, de no haber seguido su propia inspiración, de no haberse retirado á tiempo de todos los negocios, de no haber tenido la fortaleza necesaria para resistir á Luisa. ¡Ella tenía toda la culpa, con sus lujos, con sus esplendideces, con sus voracidades y con sus locas ambiciones! ¡Y seguía derrochando! Se lo dijo. No era posible gastar de aquel modo cuando estaban, podía decirse, que en la miseria. El nunca le había mezquinado nada, pero, ahora, bien podía ver que no estaban en las mismas circunstancias que antes. No se daba cuenta de la situación. No veía que todo se estaba viniendo al suelo, que los títulos y las propiedades que él se había metido á comprar por causa de ella y de Vallejos, valían menos cada vez y, dentro de poco no valdrían nada. No comprendía que todos sus negocios estaban ligados á los de Vallejos, que

este había muerto, que la testamentaría, después de seis meses, estaba como al empezar, y que, mientras no se terminara ésta, no podía tocarse nada, porque todo estaba en poder de jueces y abogados. Era necesario hacer economías y suprimir gastos inútiles, ajustarse á la nueva situación, porque, de lo contrario, no tardarían en quedarse en la calle. ¿Para qué se querían tantos sirvientes y tantos coches? Con uno solo que hubiera era bastante. Hasta entonces, él no había querido decir nada porque no dijera quién sabe qué y también por ver si salía de ella misma el economizar. Pero ya estaba desengañado de que no, y de que sólo pensaba en gastar, como si lo que tenían alcanzase para tanto y fuera á durar siempre.

Más le hubiera valido el no haberla hecho semejantes advertencias porque fueron para él causa de nuevas y más grandes desazones. Hacía tiempo que Luisa estaba como en ascuas. Comprendía bien la situación, veía claramente el desmoronamiento de la fortuna, pero ella no se acoquinaba como Octavio. El nebuloso porvenir, las incertidumbres, las contrariedades, no ha-

cian más que enardecer sus pasiones: era la misma. El espíritu de Octavio, ya pobre de suyo, se había encogido, amedrentado, como evaporado; el de ella era cada vez más fuerte, más indómito. En ocasiones, se le salía, centelleante por los ojos, y cuando la cegaba la pasión, sentíale andar dentro del cuerpo como tigre en una jaula. Lo que á Octavio causaba abatimiento á ella ira. Eran dos caracteres, dos genios enteramente opuestos.

Las palabras de Octavio la produjeron un mareo, una ofuscación indescriptibles. Fué como si una lluvia de chuzos le hubiera traspasado los oídos. La mataba el verle así, tan apocado, tan cobarde. Diríase que se había estado conteniendo, pero que deseaba ardientemente el pretexto, la ocasión de acriminarle, de anonadarle más aún de lo que estaba. ¿Qué, no iban á vivir con decencia, á gastar lo necesario, siquiera para que no hablase la gente? ¿Quería que viviesen como unos pordioseros, que cerraran la casa, que se enterraran, no tener trato con nadie, aislarse de todas las relaciones? ¿Qué quería? ¿Qué se figuraba? ¿Quería

irse á vivir á un *conventillo* y que ella se pusiera á servirle á él, á cocinar? ¿Se había concluido el mundo porque hubiera muerto Vallejos y porque los jueces no acabaran la testamentaría y porque las cosas hubiesen cambiado algo y no se pudiese ganar como antes tanta *plata*? Debía tomar ejemplo de Fagher y de mil otros que, aunque habían sufrido tantas pérdidas como él, seguían siempre trabajando. El no. El no pensaba más que en afligirse porque no tenía espíritu para nada. Todo se le iba en mezquinar, en lloros y en lamentaciones, como si fuera á sacar algo con eso.

Octavio la escuchaba intimidado y sin atreverse á oponer ninguna razón á sus palabras. Al contrario: cuanto más duro y absoluto era el tono en que ella se expresaba, más abrumado se sentía, más impotente, más débil. Estaba como el niño que recibe una dura reprimenda. Por fin, atrevióse á decirle que él no se había referido á lo indispensable sino á lo superfluo. Aludiendo á la enfermedad, que, con las continuas aficciones, habíasele reagrado mucho, agregó que no lo hacía por él, porque él

pronto iba á dejar de sufrir: lo hacia por ella, por sus hijos, porque los quería y porque le mataba el pensar que mañana ó pasado se vieran en la calle.

Esto de que hablara de morirse acabó de exasperar á Luisa. No solamente carecía de ánimo para afrontar la situación y de iniciativa para ponerse á trabajar y recuperar, como otros, lo perdido, sino que hablaba también de morirse, sin duda para que le tuvieran lástima. Le encontró ridículo, sumamente ridículo, y volvió á repetirle lo de siempre: que era un inútil, un hombre sin espíritu, un pusilámine. Nunca había servido para nada. Al principio estaba muy á gusto en el empleo, allí, donde nunca hubiera salido de miserias. Después, si había ganado dinero, había sido por Fader y por Vallejos, que no eran hombres como él, tan sin ideas, tan apocados. ¿Por qué ahora no especulaba y se metía en negocios como antes? O era que Vallejos ponía toda la inteligencia y el no había puesto nunca más que el miedo? Eso debía ser cuando estaba tan sin ánimo para todo. ¿No había dicho siempre que le jugaba á cualquiera á quien conociese mejor los negocios

y las necesidades del país y quién sabe cuántas cosas más? A lo que con cualquiera podía jugar, era á quién tuviese menos ánimo, más miedo. Ahora todo era echar la culpa, renegar y hablar mal de Vallejos. ¡No debía decir una palabra de Vallejos! Por él había adquirido buenas relaciones, había ganado dinero y hasta había estado á punto de llegar á ser ministro— ¡Ministro!—repetía con acento profundamente desdeñoso— ¡Y había pensado en ser ministro! ¡Que planta de hombre para ser ministro! ¡Cómo si, para ser ministro, no se necesitara ser más hombre! Y esto diciendo, se alejó de allí á paso acelerado, dirigiéndole miradas despreciativas y altaneras.

Octavio quedó hundido en el sillón, con las piernas encogidas, las manos en cruz, la cabeza echada hacia adelante sobre el pecho, sin fuerzas, sin ánimo, sin aliento, víctima de un nuevo y más atroz suplicio. Hasta entonces había sufrido mucho, ¡mucho! No creía él que fuera posible sufrir más: la angustiada incertidumbre de aquellos días del Parque en que el estrépito de las descargas le encendió una brasa en el

cerebro; el cambio de la situación política que tronchó en flor, y para siempre, su esperanza de poder llegar al ministerio; el pánico y la desanimación que empezó á reinar en todos los negocios; la muerte de Vallejos, cuyas consecuencias no pudo adivinar en el primer momento; la terrible actitud de la viuda no consintiendo que se hiciese nada hasta no terminarse la testamentaria; los jueces, que sordos, indiferentes, impasibles, contestaban siempre á sus ruegos con artículos del Código Civil; la impotencia de los abogados para suprimir, para aligerar siquiera los términos, esos términos abrumadores, infinitos; las enormes diferencias que había tenido que abonar por diversos negocios; el espectro de la pobreza, que tanto le espantaba, y que cada vez veía más cerca y más amenazante; aquella impasibilidad mordiente, angustiosa, con que impotente, maniatado, loco, tenía que presenciar el desmoronamiento de toda su fortuna; aquel suplicio horrible, mil veces más horrible que si le arrancaran las entrañas, de ver que todo valía menos cada día, que nadie comprobaba, que todo se iba al suelo, que todo se perdía, que todo se hundía, sin poder

realizar nada, ni vender nada, ni hacer nada, como si fueran bienes ajenos, como si no fueran suyos, suyos, ¡suyos!, como si no le costaran la sangre, la vida, el alma; todo esto le tenía ya aturdido, aniquilado, muerto. Y cuando él pensaba que ya no había mayores ni más sufrimientos en el mundo, aquella mujer, que seguía fascinándole como al pajarillo la serpiente, aquella mujer en quien amaba, no solamente el corazón, la boca, los ojos, la soberbia forma, sino también lo que él echaba de menos en sí: la energía de espíritu, la fuerza, se complacía en hundirle más, en despreciarle, en insultarle. Hubiera gozado con que se desplomase sobre él toda la casa. En su azorada mente se agitaban algunas ideas turbias, débiles, que al chocar unas con otras, producíanle como retortijones dolorosos. Era la brasa que le andaba de una á otra parte del cerebro. Se sentía desfallecer, morir. Su pequeño cuerpo encerraba un infinito de tortura.

Desde aquel día no volvió á preocuparse de si se gastaba tanto ó cuánto. En la casa no cambió absolutamente nada. Luisa y Elena, que en cuestión de lujo y de boato

era hija digna de aquélla, porque tenía idénticos voraces apetitos, se fueron á Mar del Plata después de haber regresado de Cosquín. Para ellas la situación era la misma: gastaban y derrochaban como en los mejores tiempos de grandezas. Octavio dejaba no más que se gastara. Le dolía, sí: aquellos gastos superfluos, aquella numerosa servidumbre, aquel tren aparatoso, aquel desordenado apetito de lujo, de ostentación y de derroche, eran para él pinchazos, sangrías, cosas que le atizaban la brasa del cerebro. Pero carecía de valor para oponerse. Antes que contrariarla, antes que sentir el amargor de sus desdenes, prefería soportarlo todo silenciosamente, irse agotando, irse muriendo. Además, á fuerza de ver cerca de sí el fantasma de la pobreza acabó por no tenerle tanto miedo. No era que no se le tuviese: era que la misma intensidad del miedo le había vuelto como insensible. El sufrimiento humano tiene esta generosa propiedad. Arrepentido Dios de haberle hecho, enmendó el yerro haciendo al hombre menos grande que al dolor.

La testamentaría quedó terminada á prin-

cipios del mes de marzo. Había durado siete meses, que á él le parecieron más que siete siglos. Durante este tiempo no se ocupó de nada. Dominábale el desaliento más profundo. La conciencia de que ya no recuperaría jamás su inmensa fortuna le había hecho perder la fe en todo. Lo único que hizo fué ir liquidando sus propios negocios con pérdidas enormes. Lo que él había pagado á precio de oro, tenía que venderlo ahora tirado, de balde. Nadie compraba, nadie daba nada por nada. Los títulos de crédito, las casas, las tierras, no valían nada. No eran más que señales, recuerdos, testigos mudos, pero elocuentes, de un tiempo de ambiciones, de locuras de delirio de grandezas.

Liquidada la testamentaría quedó más que diezmado el capital. Era lo que esperaba Octavio; pero, por doloroso que le fuese, la prolongada expectativa y la certeza de lo que tenía que suceder, habíale ido acostumbrando al desenlace. La caída no fué brusca sino lenta y, en el largo descenso, había tenido ocasión de ver todos los accidentes del precipicio. Por eso, al llegar al suelo no se hizo tanto daño. Reci-

bió su parte, sino con indiferencia, con resignación. Era todavía una fortuna más que modesta; pero las avidedeces de Luisa y de su hija darían cuenta de ella en breve plazo.

Su cuerpo estaba tan aniquilado como su espíritu. El padecimiento del corazón iba minando poco á poco su existencia. Por las noches, cuando sumido en la obscuridad daba vueltas y vueltas en el lecho sin poder pegar los ojos, á más de un abombamiento de cabeza, á más de la brasa en el cerebro, sentía unos golpazos atroces en el pecho. Era que se agitaba dentro el corazón, como si quisiese vivir mucho en poco tiempo, como dándose prisa por llegar al fin.

Durante aquellos interminables insomnios ¡qué de recuerdos, qué de angustias, qué mundo de cosas no desfilaba por delante de sus ojos! Recordaba el tiempo aquél en que, libre de ambiciones, era relativamente feliz en su empleo del ministerio. Después pensaba en Fadher, su generoso protector que, iniciándole en el comercio é interesándole en sus negocios, le había hecho adquirir tanto dinero y relaciones; en Va-

llejos, el eminente magistrado que le proporcionaba aquellos negocios tan fáciles, tan magníficos, en los que recogiendo el oro á manos llenas, había decuplicado en poco tiempo su ya considerable fortuna; en la sabia idea que él había tenido de retirarse de todo, cuando Vallejos, por los azares de la política, descendió del alto puesto que ocupaba; en las continuas instancias de éste y en los derroches, caprichos é insinuaciones de Luisa, que le habían hecho desistir de su pensamiento y volverse á meter de nuevo en los negocios; en la ceguera, en la loca ambición que le había entrado después por causa de Vallejos, no obstante aquél como presentimiento que él tenía de que todo aquello iba á concluir mal; en sus sueños de ministro, en el diario, en Fresno, en la revolución, en la testamentaría, en la desvalorización de los títulos y de las propiedades; y, por último, en aquella tarde en que, al manifestarla su situación, al rogarla que fuese más económica, al comunicarla sus temores, sus penas porque ¿con quién mejor que con ella podía tener esta franqueza, este desahogo? ella, desdeñosa, depreciativa, cruel, aun había tenido alma pa-

ra hundirle más, para insultarle, riéndose de que hubiera aspirado á ser ministro, como si él no hubiera aspirado á serlo por ella, únicamente por ella, y como si no hubiera sido ella misma la que se lo había metido en la cabeza. Todo esto desfilaba por delante de sus ojos, en medio de la obscuridad y en forma de vaporosos fantasmas, de cada uno de los cuales brotaba una chispa que, rápida y derecha, perforándole la frente, le llegaba hasta el cerebro y le aumentaba el volumen y la candescencia de la brasa.

A veces creía no estar despierto y se preguntaba si no era todavía el empleado del ministerio y un sueño aquel brillo, aquellas grandezas, aquellas montañas de dinero que habían pasado por sus manos; otras, pensaba que sí, que habían sido, que eran reales el brillo, las grandezas y los tesoros y ocurríasele la idea de que quien sabe si aquella angustia, aquella brasa, serían otra cosa que una pesadilla. Dudaba. Tan grande era su amargura, que dudaba si dormía ó si estaba realmente despierto. Para salir de la duda, para convencerse, para adquirir plena conciencia de sí, se levantaba, encendía la

luz y comenzaba á dar vueltas por la habitación. Sólo así, con luz encendida, tocando los objetos, mirándose, palpándose, viéndose bien, adquiriría conciencia de la realidad. Efectivamente: no soñaba. Su situación era real, tan cruelmente real como espantosa, como insoportable. En una de estas crisis recordó que, estando aún en el ministerio, un amigo al que siempre le daba por literaturas le había invitado una noche á ir al teatro. Háblele dicho su amigo, al invitarle, que la obra que iban á representar era la mejor de un gran ingenio y una de las más portentosas creaciones del entendimiento humano. El fué. Pero aquel hombre peludo y bruto que metido en una cueva, estaba amarrado con cadenas como si fuera un animal, que le habían dado una cosa para que se durmiese y que después, en el palacio de su padre, agarraba á la gente y la tiraba por la ventana, no le produjo impresión de ningún género. Sólo ahora, después de muchos años, caía en la cuenta de que la vida es un sueño, de que hay sueños que parecen realidades y de que hay realidades que parecen sueños.

Acababa de almorzar una mañana cuando

entró Fadher y le dijo que si sabía la gran noticia. Le contestó que no, que no había salido de casa y que qué era. Fadher se lo dijo. El Banco Nacional había cerrado sus puertas. Un mundo de acreedores rodeaba y pretendía asaltar el establecimiento y, para impedirlo había tenido que intervenir la fuerza pública. Montes se quedó frío, pasmado, atónito. Creyó que no era Fadher quien le hablaba, sino algún genio maléfico, algún espíritu infernal que se complacía en atormentarle. Tuvo que ir él mismo y verlo con sus propios ojos para convencerse. Y lo vió. Vió á los vigilantes, que armados de *remingtons*, custodiaban las puertas para que los acreedores, iracundos y amenazantes unos, llenos de pavor los más, no asaltaran el establecimiento como pretendían hacerlo; vió que los acreedores llenaban las calles y era un número infinito; vió que algunos acusaban de malversadores y detentadores á los funcionarios públicos; vió á muchos infelices que desesperados, locos, lloraban amargamente la pérdida de sus ahorros; vió algunos semblantes tan espantados como el suyo propio; y cuando vió todo esto, regresó á su casa sin fuerzas, exá-

mine, casi muerto. Los latidos del corazón no eran latidos sino pinchazos, mordeduras; y la brasa del cerebro, no era brasa, sino hoguera que le quemaba, que le achicharraba, que le derretía la cabeza. Se creía morir. Tuvo que acostarse. Su espíritu era de los que se doblan, no de los que se templan y se yerguen al rudo choque de la adversidad.



XI

Las vicisitudes y peripecias que sufría el señor Montes, alejaron de Fresno la ocasión de seguir tratándole con la acostumbrada frecuencia. Como le vió triste, abatido, apartado de los negocios y de todo, supuso, con razón, que ya no pensaría más en el diario.

Sintió mucho el verle así, y más al saber la grave causa de sus padecimientos. Pero no fué que lo sintiera por el diario, porque, en resumidas cuentas, el que este saliera ó dejara de salir, era cosa que le importaba poco ó nada: lo sintió porque el señor Montes había sido muy bueno para con él dispensándole atenciones que él agradecía generosamente, tanto más, cuanto que se consideraba inmerecedor de ellas. Estu-

diándole, había observado en él ciertas debilidades, ciertos defectos, como ser: el de que hablaba de muchas cosas sin saberlas, y una como propensión á figurarse que todos simpatizaban con él y le tenían en mucho, cuando lo que en realidad pasaba era que le tenían algo maréado sus riquezas. Pero Fresno, aunque joven, era hombre de experiencia, de mundo, y la tolerancia una de sus virtudes más preciadas. Observando y observándose, había visto que no hay ningún ser perfecto en la tierra, que cada cual tiene sus defectos y uno mismo los propios, y que, disimular los ajenos, era el modo mejor, más prudente y más seguro de no aumentar los propios. Esto sabía y por eso era tolerante. Con un solo defecto no transigía él: con el de ser pedante. En lo pertinente á estos infelices, su entendimiento padecía una especie de aberración que le hacía excluirlos del alto criterio moral á que ajustaba siempre su conducta. Admitía el que, como una consecuencia de la organización social y de la naturaleza humana, hubiese en el mundo hipócritas, ladrones, asesinos, falsarios, traidores y otras calamidades por el estilo: lo que no admitía que

hubiese era pedantes. Una vez se puso á escribir algo contra ellos; pero, antes de concluirlo, cayó en sus manos *La comedia nueva* y *La derrota de los pedantes*, de Moratín, y se desanimó y desistió de ello pensando que, por más que se esforzase, no había de poder hacer nada de tan galano estilo, ni tan ingenioso, ni tan mordiente. Desde entonces estudió, quiso y admiró á Moratín, no por la grandeza de sus concepciones literarias, sino porque vió en él un compañero, un amigo, un hermano de causa. Le tomó por su ángel tutelar; y, cuando veía algun pedante, pensaba que, desde las alturas de la inmortalidad, también le veía Moratín y le fulminaba. Otras veces pensaba que no debía de aborrecerlos así porque, al fin y al cabo, ellos le habían enseñado mucho, habían sido sus constantes maestros, aquellos de quienes había recibido mejores y más lecciones provechosas. Pero no podía. Todo era querer hacerse estas reflexiones, se ofuscaba su entendimiento, perdía la noción moral y prefería seguir aborreciéndolos entrañablemente aunque pasara por ingrato.

También por otra cosa sintió las peripecias del señor Montes: porque le quitaron

el pretexto de poder ir á su casa. Desde entonces fué poco. Careciendo de un motivo real, ostensible, parecíale que, si seguía yendo como antes, habían de pensar que iba por ella; y esto era lo que, en modo alguno, quería él que supusiese nadie ¡nadie! ¡ni siquiera ella misma! Cada día la amaba más, cada día era más grande aquella ansiedad, aquel sentimiento profundo que ella le inspiraba, que ella encendía, que ella avivaba en él. Pero, cuanto mayor era la intensidad de estas afecciones, más empeño ponía él en disimularlas. Tenía el rubor de su pasión. La ocultaba como se oculta algún pensamiento ruín, algún remordimiento de conciencia, la maquinación ó la comisión de un crimen vergonzoso. A pesar de que los recibos no tuvieron ya la brillantez de antes, Luisa continuó dándolos hasta la terminación del invierno y á ellos iba él como la mariposa á la luz, ávido de mirarla, de contemplarla, de verla de cerca, aunque, viéndola, se le destrozara más el corazón, aunque se le quemara, aunque se le derritiera más el alma. Y allí, mientras, sentado en alguna parte, y permaneciendo como ajeno á todo, meditaba en su estado,

en ella, en la profundidad de su pasión, en que se había enamorado como un romántico, igual que un imberbe que no hubiese visto ni conocido mujeres en su vida, la veía hermosa, bella, angelical, y veía también á Juan López, bajito, gordo, peinadísimo, con su bigote rubio, grande, bien retorcido, siempre cerca de ella, dirigiéndola vulgares galanteos que ella aceptaba amable, complacida. Algunas veces, al verlos así, procuraba engañarse, hacerse la ilusión de que todo ello no era sino la cargante asiduidad de López, que ella toleraba por comedimiento; y otras, aunque notase la complacencia con que le atendía y parecía recibir sus galanteos, esforzábese por achacarle á que las mujeres se pagan siempre de cortesanos é histriones que las diviertan, que las adulen y que las ensalcen. Pero esta duda, esta situación de ánimo, en que él mismo procuraba ponerse, á despecho de sus ojos y de su razón, desaparecía pronto para verlos: á ella, enamorada y rendida, y á él, orgulloso de su triunfo, y para caer en un estado de abatimiento del que solo podía librarse recurriendo á toda la poderosa fuerza moral que le animaba.

Mas dueño de sí, los observaba nuevamente y al verlos, al uno tan asíduo, tan vulgar, y á la otra tan deferente, tan amante, al mismo tiempo que un amor profundo, inmenso, le inspiraba ella un principio de aversión. No era un principio sino el germen de un principio de aversión: una cosa que era á su pasión lo que un punto á lo infinito del espacio, lo que una gota al mar lo que una chispa al sol. Si la hubiera visto prendada de otro que Juan López, quizá no hubiese nacido en él tan recóndito y extraño sentimiento; pero la tenía por inteligente y culta y le chocaba sobremanera el que se conformase con un hombre en el que, lo pretencioso y ridículo de la persona, corría parejas con lo vulgar é inculto del entendimiento. Lo estaba viendo y no lo creía. O, más bien, lo creía y se esforzaba por encontrar argumentos que invalidasen, al menos en él, tan ingrato testimonio de sus ojos y de su razón. ¿Se habría equivocado él al observarla y no sería ni inteligente, ni instruída, ni discreta siquiera, sino una mujer vana y superficial como tantas otras? Pero no; la había estudiado bien, sin ofuscarse, con detención. Era inteligente. Mu-

chas veces, hablando con ella de arte, examinando un cuadro, un trozo de música, un libro, ella misma había señalado detalles, tonos, rasgos, que, aparte de buen gusto, probaban que tenía nociones, más que elementales, de la estética del sonido, del fondo y de la forma. ¿Y cómo era que siendo así se conformaba con Juan López? ¿Qué encantos, qué atractivos podía tener para ella un hombre que no pensaba más que en acicalarse, que no abría la boca sino para decir vulgaridades y cuya supina ignorancia era proverbial hasta entre las personas de mediano entendimiento? Al pensar en todo esto llegaba á conclusiones desconsoladoras. Se decía á sí mismo que bien podía ser; que la condicion humana, el carácter, es cosa, no de una pieza, como afirman ciertos observadores profundos, sino vária, compleja, muy compleja; que las mujeres no se libran de estas complejidades; y que en eso consistía, sin duda, el que algunas tuvieran caprichos tan extravagantes. Pero, á lo mejor, cuando más abismado estaba en estas reflexiones, cuando más desventurado se creía, se encontraban sus ojos con los de ella que parecían mirarle de un modo per-

sistente, fugaz, hasta tímido, como reprochándole el que tuviera aquellos pensamientos, como pidiéndole algo, como diciéndole algo; y entonces se sentía más alentado, más conforme, más contento. Aquellas miradas le hacían un bien grandísimo: á veces permanecía sentado; y otras, como si le infundieran bríos, se levantaba, iba primero de uno á otro lado del salón y luego acercabase á ella, que le recibía siempre amable y cariñosa, y la hablaba de teatros, de música, de novelas, de fiestas, de todo, pero poniendo en todo el mayor cuidado en ocultarla su pasión, en que no se trasluciera nada, en que ella no supiese nada, nada, absolutamente nada.

Cuando se terminó el invierno y con él los recibos, fué mayor aún su pesadumbre. El señor Montes seguía cada vez más abatido, al extremo de rehusar todo trato y, como no tenía ya ningún pretexto para ir á verle, no iba. Además, Luisa y Elena estuvieron ausentes de Buenos Aires la mayor parte del verano. A principios de diciembre, se fueron á Cosquín y después á Mar del Plata, de donde regresaron precisamente un día antes de que suspendiera pagos el Banco Nacional.

Luisa era una mujer que, como Fader, no quería el dinero sino para gastarlo. Era más: no concebía que pudiese valer para otra cosa. Pero, por grande que fuera su despreocupación y por poco aprecio que hiciese del dinero, la repentina é inesperada quiebra del Banco Nacional no dejó de causarla cierta inquietud. Sabía que su marido había depositado en él, además de otras cantidades, gran parte del dinero procedente de la liquidación de la sociedad y pensó que, verdaderamente, después de lo ocurrido por la muerte de Vallejos, no parecía sino que la desgracia se estaba conjurando contra ellos. Pero, bien porque no pensase á fondo en las circunstancias ó porque, aunque las pensara, no se diese de ellas cabal cuenta, ó porque su ánimo se sobreponía, fuerte, á todas las contrariedades, duró poco su inquietud. Lo único que la tenía fuera de sí era el abatimiento, la pusilanimidad de su marido á quien el desastre del banco postró en cama por más de quince días. Cuando se levantó, ya no era más que una momia, un esqueleto sin fuerzas físicas ni morales. Estaba aturdido, como idiota y ni tenía entera conciencia de su estado. Por

eso ya no eran tan fuertes sus padecimientos. Luisa acabó por compadecerse de él. Al ver su impotencia y extrema debilidad comprendió que sufriría mucho y la profunda tirria se convirtió en lastima. Le trataba como á un niño. Esto reanimó mucho á Octavio. Diríase que aquel modo suave le era más caro que su perdida fortuna y que, tanto ó más que los azares de ésta, le habían aniquilado las diatribas y desdenes de aquella mujer.

Algunas veces, hasta hablaba de ponerse á trabajar de nuevo. Al oírle, ella, en quien el sentimiento de lástima se tornaba otra vez en tirria según le iba viendo reponerse, hacía una mueca de descreimiento. Sin embargo, le animaba. El tenía crédito y algo era posible hacer aunque las cosas no estuviesen ya como antes. Lo mismo le decía siempre Fadier. Una noche, estando en la mesa, le propuso asociarse de nuevo y hasta le aseguró que todavía podrían hacer buenos negocios. Luisa encontró excelente la proposición. Pero Octavio, á pesar de que esa noche estaba con buen ánimo y hasta decididor, no quería determinarse. Para trabajar en algo, era menester cierto capital y

él no contaba ya más que con la estancia que Ricardo había puesto en muy buen pie y de la que por nada del mundo pensaba deshacerse. Eso era seguro. mientras que lo demás... Por otra parte, se veía con pocas fuerzas. Y dando á su semblante una expresión que revelaba la profunda sinceridad de sus palabras, agregó que no estaba ya como para volver a trabajar. Le era imposible. Cada vez se sentía peor y tenía el presentimiento de que iba á durar poco ¡muy poco!

Estas palabras, estos temores, produjeron en Luisa un efecto indescriptible. La tirria, la poderosa fermentación que había elaborado en su espíritu el apocamiento de aquel hombre que, después de ser un inútil, hablaba de morirse para que le tuvieran lástima, estuvo á punto de estallar violentamente. Fué una conmoción terrible lo que sintió. Fué como si él la hubiese arrojado á la cara un balde de agua hirviendo, como si por los ojos y por los oídos le hubieran entrado de repente cuatro brasas. Se sintió desvanecer, como abombada, como ciega, como loca. Pocas veces había sentido una cosa semejante. Su primera intención fué

arrojarle la copa que tenía en la mano. Pero estaba allí Juan López, y, conteniéndose, le dirigió una mirada atroz, casi salvaje. Una mirada cuyo desprecio sólo pudo comprender Octavio al sentir en el alma todo el furor, toda la fuerza magnética, toda la intención matadora de aquellos queridos ojos negros.

Aquella mirada le encogió, le achicó más aún de lo que estaba. ¿Qué había hecho él para sufrir así? ¿Por qué Dios no le llevaba de una vez? Sentía una angustia y un desaliento infinitos, algo como si el corazón se le subiera á la garganta y le ahogase. Parecíale que estaba solo en el mundo. Su voz era temblorosa, cascada, medrosa. No podía ni hablar. Sin embargo, dirigiéndose á Fadher con la mirada y á ella con la mente, repitió que se sentía mal, ¡muy mal! Confesó con sinceridad que tal vez no fuera él hombre de tanta energía, de tanto ánimo como otros; pero que, mucho de aquel abatimiento, dependía de su mala salud. No tenía fuerzas para ponerse á trabajar. Y recordando aquellos temores que siempre había tenido él de volver á caer en la pobreza, repitió nuevamente y con amarguísimo acen-

to, que á él nunca le había engañado el corazón.

Luisa no dijo una palabra. Estaba aparentemente distraída y ni le miraba siquiera como temerosa de que, mirándole y rompiendo á hablar, no pudiera contenerse. Fadder procuró alentarle diciéndole que tenía motivos para afligirse. Cuando se sufrían tan duros golpes, era natural que el hombre los sintiese. Pero convenía que hiciera lo posible por volver á trabajar. No había cosa como el trabajo para el hombre. Con el trabajo, no solamente podría ir recuperando lo perdido, sino que, además, se distraería y poco á poco se le iría quitando aquella preocupación. Terminó diciéndole que aceptara la proposición que le había hecho; y como para alentarle más, le preguntó que si ya no se acordaba de aquellos buenos negocios que habían realizado juntos en otro tiempo. Pero Montes no contestó. Tenía en la mano una taza de café y, al pronunciar Fadder la última palabra, rodó la taza y él mismo cayó también hacia adelante, sobre la mesa, como si, de improviso, le hubiese aplastado algún ser invisible y fuerte. Se oyó un grito agudo, penetrante, desgarrador.

dor. Un grito de alma, uno de esos gritos que condensan todo un mundo de dolor sentido y expresado en un instante. Era Elena que, sentada en frente de su padre, le había estado observando y le había visto caer. Ella también cayó sin sentido, como muerta. Y, en un segundo, el amplio y lujoso comedor, trocóse en teatro de una escena conmovedora, patética, de una de esas escenas que demuestran elocuentemente hasta dónde es de insegura y mísera la suerte humana. De un lado Elena y Juan López que, aturdido, cuidaba de ella con solicitud, como asimismo de que estuvieran bien retorcidas siempre y bien derechas las puntas de su lindo y gran bigote rubio; y, del otro Montes en el sillón y Luisa y Fader á uno y otro lado suyos formando los tres un grupo más interesante, más dramático. En aquel momento crítico, Luisa conservó todo su ánimo. Estuvo admirablemente serena. Atraída al mismo tiempo por dos fuerzas poderosas, saltó primero hacia Elena y después adonde estaba Octavio. Al verla él cerca de sí, y mientras convulsiva y cariñosamente apretaba entre las suyas una de las manos de Fader, la miró á los ojos y balbuceó una

palabra. Luisa no entendió aquella palabra sorda, ininteligible. Pero en la expresión de su semblante, en aquella mirada débil, tímida, ansiosa, moribunda, comprendió que le pedía un beso ¡uno! ¡el último! Miró instintivamente á Fadher y luego, como obedeciendo á un sentimiento íntimo, á un mandato imperativo de su conciencia, se le dió. ¡Era una crueldad no dárselo! Su aliento, el contacto de sus labios, debió causar en él una emoción dulcísima, inefable, porque se inmutó, brilló en su semblante algo así como la posesión, el goce de una infinita bienaventuranza. Volvió á mirarla y á balbucear otra palabra. Ella se acercó de nuevo y, en tono cariñoso, le preguntó que qué sentía. Pero él no contestó: ya no la miraba, ya no apretaba la mano de Fadher, ya no alentaba ni sufría: estaba muerto.

Horas después, contemplaba como con remordimiento su cadáver que extenuado, consumido, pálido como las sábanas, yacía en el lecho aún, rígido y tendido. La caja mortuoria que unos hombres acababan de traer, el túmulo que ya estaba preparado en la sala con sus paños negros, con sus galones blancos y dorados; las coronas, los ha-

chones, aquel ambiente, todo aquel aparato funerario, la infundía recogimiento, la imponía. Quiso despedirse del padre de sus hijos, y acercándose al lecho, contempló con ojos piadosos aquel rostro demacrado, aquel rostro que era como la imagen del dolor, aquel rostro que, aun sin vida, parecía sufrir. Al verla así, Ricardo, temiendo que le diera un accidente, rogóla, cariñoso, que se retirara á su habitación. Lo mismo la dijeron Fadher y otras personas que estaban en la estancia. Pero ella le siguió mirando, muda, grave, pensativa. De pronto, se inmutó su semblante, acercóse más á la cabecera del lecho é inclinándose ligeramente sobre el cadáver, le cerró uno de los párpados que tenía entreabierto y se marchó. De entre los presentes, ninguno, sino Fadher, pudo apreciar el valor de aquel detalle.

El retraimiento á que la obligó el luto, fué causa de que comenzara á preocuparse del estado de su fortuna. La actividad de Ricardo había hecho prosperar mucho la estancia; pero con ésta, que era casi lo único que les quedaba, le sería imposible costear el lujoso tren con que había vivido hasta la fecha. Entonces, recordando las indica-

ciones de Octavio, pensó en disminuir el numeroso personal de servidumbre. ¿Para qué se querían tantos coches y tantos sirvientes, sobre todo ahora que estaban de luto y no iban á ninguna parte? Pero desistió de su propósito por temor al qué dirán. Eso sería dar motivos para que la gente siguiera creyendo que estaban arruinados. Por nada del mundo haría ella semejante cosa. Y pensando de esta manera, hasta se lamentaba interiormente de que el luto la obligase á vivir como una monja sin poder dar recibos ni asistir á la Opera y otras partes para probar que no estaba tan en la pobreza como creían muchos. Aquella mujer tan fuerte, tan enérgica, tan animosa para todo, tenía un miedo atroz al qué dirán. Era su pesadilla. Por temor al qué dirán siguió con el mismo aparatoso tren dispuesta á arrostrarlo todo, á seguir hasta donde le fuera posible. Cuando no pudiese más ya vería el modo de salir del paso.

Lo porvenir era un arduo problema siguiendo de aquel modo. Ella lo sabía. Tenía de ello plena conciencia. No se le ocultaba que dentro de un año, de dos, ó antes, quizá, quedaría en evidencia su verdadera situa-

ción, sobre todo si cualquier contratiempo hacía que se malograsen los rendimientos de la estancia. Pero los desastres de Montes eran muy notorios y comentados. En algunas partes se hablaba hasta de que, debido á ellos, se había suicidado, agregandose que la familia estaba en la miseria; y la indignación que le producían estas cosas, era motivo de que no consintiese en hacer ninguna economía por donde la gente pudiera afirmarse en la creencia de que, en efecto, estaban en la pobreza. El fantasma de la pobreza la inquietaba, pero en manera alguna la abatía. Se sentía con fuerzas para luchar con él; y diríase que, antes que temerle, antes que huirle, deseaba la ocasión de mirarle de cerca y cara á cara.

Esto era por regla general; pero tenía también sus momentos de pesadumbre en los que desconfiaba de sí misma, en los que sentía algo así como desgano, desesperanza, desaliento. Habiendo pasado la temporada en que el luto la imponía un retraimiento riguroso, había hecho varias visitas y advertido algo como indiferencia, como desvío en muchos de los que antes la trataban con la mayor intimidad. Al principio, no quiso

creerlo, achacándolo más bien á aprensiones suyas; pero después se convenció de que no eran aprensiones, sino indiferencia, alejamiento real y verdadero: muchas ni siquiera se habían acordado de devolverle la visita. Esto era lo que más le mortificaba, lo que la producía cierto desfallecimiento, cierto desencanto. Pero se rehacía pronto y en breve no le quedaba sino un débil recuerdo á cuyo calor nacía en su alma el sentimiento del desprecio. No se humillaba, no se abatía. La debilidad era en ella un accidente pasajero: lo constante, lo esencial de su carácter, era la fuerza.

A no ser por Elena, quizá no hubiese tenido jamás ninguno de aquellos desfallecimientos. Por ella misma no lo sentía tanto: las continuas luchas, la ansiedad satisfecha, los desengaños que había experimentado y experimentaba, hacían que la sociedad no tuviese ya para ella la atracción que había tenido en otro tiempo. Si quería sostenerse, si temía, si la irritaba el descender, más que por apetito de goces, era por temor al que dirán, por amor propio, por odio á los que, desairándola, quedaban arriba y no caían como ella.

Pero, tratándose de Elena, miraba las cosas bajo otro punto de vista. Le inquietaba la suerte de su hija. Ella no conocía la pobreza. Había estado siempre rodeada de las mayores comodidades, sin carecer de nada nunca, y el tener que reducirse ahora, que privarse de muchas cosas, quizá hasta de lo necesario, iba á ser muy triste para ella. ¡Quién sabe, la pobre, si lo podría sufrir! Cada vez que la asaltaban estas ideas, sólo veía un medio de salvación: el de que se casara con Juan López. Juan López, era el heredero único de una de las más sólidas fortunas del país, y por lo tanto, un partido excelente, la mejor proporción que podía encontrar una mujer. Por eso la contrariaba en extremo y la afligía el ver la indiferencia con que le trataba Elena. Pero ella había pensado ya el modo de disuadirla y, atenta á conseguirlo, aprovechaba hábilmente las menores ocasiones.

A la muerte de su padre no conocía Elena el estado de fortuna en que se hallaban. No ignoraba que aquel había perdido mucho; pero jamás se le ocurrió enterarse de qué eran esas pérdidas ni á cuánto ascendían. Joven, de diecinueve años, aunque instruída y

de inteligencia despejada, era ignorante de las cosas del mundo; y del dinero, sobre todo, tenía la más falsa de las nociones: creía que el dinero era una cosa que no se acababa nunca, por más que se perdiese y se gastase.

En combatir esta idea y en instruirla acerca de las ventajas del dinero y de los inconvenientes de la pobreza, estribaba el plan de Luisa; y la falsa posición en que vivía y aquel desvío que notaba en una parte de sus antiguas relaciones, la suministraron buenos y abundantes recursos de combate. Esto último era lo que explotaba con más ahinco y con más éxito. Cuando se hablaba de los que se les habían alejado, ella lo hacía siempre por extenso y, herida en lo más profundo, no desperdiciaba nunca la ocasión de comunicarla el encono de que estaba poseída. Ahora, como no tenían fortuna, como estaban en la pobreza, ya nadie se acordaba de ellas. La gente era así: nunca se fijaba más que en el dinero. Mientras se tenía dinero, todo andaba bien, todo eran agasajos, atenciones y amistades; pero si uno llegaba á quedarse en la pobreza no había quien no le volviese la

espalda y tuviera á menos el rozarse con él, como si el ser pobre fuera alguna deshonra. ¿No lo estaba viendo ella misma? Ya no tenían tantas amigas. ¿Quién iba á visitarlas? Sacando á Fadher, y eso porque siempre había sido muy amigo de su padre, á las señoras de López, de Vallader, de Vallejos y alguna otra más, ¿quién iba á visitarlas? Nadie. Algunos á quienes su padre había hecho favores cuando estaba en buena posición. Después nadie. Hasta la de Cornejo, que siempre se había dado por tan amiga, había tenido una vez el coraje de negarla el saludo haciendo como si no la hubiera visto. Y eso que ¿quién era la de Cornejo para negarla el saludo? Una mujer que si ahora llevaba lujo y figuraba, era por haber tenido la suerte de casarse con un hombre de dinero. Pero, porque se hubiera casado con un hombre de dinero, no debía tener aquel orgullo. Y, al hablar así, repetía y remarcaba las frases y los conceptos á fin de que entendiera bien las ventajas de casarse con un hombre de fortuna.

Estas cosas, que Luisa repetía incesantemente corrigiéndolas y aumentándolas de manera que produjesen el debido efecto,

fueron infiltrándose poco á poco en el espíritu de Elena. Las palabras de su madre le probaron demasiado: no solamente comprendió que el ser pobre era malo, sino que llegó á creer que era también una de las mayores vergüenzas, una deshonra. Su horror á la pobreza llegó al colmo, una vez que, acordándose de Cosquín, hablaba de lo que haría y dejaría de hacer cuando fueran allá. Luisa, que se había propuesto amedrentarla y que si no extremaba más el rigor privándola de lujos, coches y otros regalos, era porque no trascendiese nada al exterior, la dijo con acento apesadumbrado que no pensara en eso porque ya no volverían más á Cosquín. Para ir, se necesitaba dinero y ellas ya no eran ricas ni podían hacer esos gastos. ¡No sabía ella cómo estaban! Pronto tendrían que deshacerse de todo y mudarse á otra casa que no les costara tanto como aquella. Hasta entonces, ella no había querido decirle toda la verdad; pero ya era bueno que la conociese porque, de todos modos, tarde ó temprano, lo tendría que saber: estaban muy pobres. Hasta la estancia tenían hipotecada y si no se habían mudado ya de aquella casa, era esperando á

ver cómo les iba con ella. Pero Ricardo había escrito diciendo que las haciendas estaban en muy mal estado y que lo que se sacara, apenas alcanzaria para pagar los gastos y la amortización de la hipoteca. De modo que no había más remedio que economizar porque peor era que les rematasen la estancia y se quedaran en la calle. Como esto se sabía y se comentaba en todas partes, por eso era que, muchos, ya no las visitaban. Claro: nadie quería saber nada con los pobres. Hasta se había corrido la voz de que les iban á rematar la estancia; y esa no podía ser sino Mercedes, que toda su vida no había pasado de ser una cuenta-ra. Ella lo había sabido por Juan López. El era quien le había enterado del chisme y, al decírselo, le había dado á entender que si el remate era por cuestión de dinero, él estaba dispuesto á salvar cualquier inconveniente. Por supuesto, que no se lo había aceptado, diciéndole, además, que era incierto lo del remate. Pero eso no implicaba para que el ofrecimiento dejara de ser un rasgo de generosidad que ella no olvidaría nunca. Cuando uno estaba en la pobreza, no todos eran capaces de hacer esos servicios.

Acostumbrada Elena á vivir en la opulencia, escuchaba silenciosa y pensaba con horror en aquella perspectiva de miserias que su madre le hacía vislumbrar á cada paso. Día por día se iba atemorizando mas; y aunque la imagen de Fresno, aquel mozo que nunca la había dicho nada y á quien no había podido vencer, se le aparecía con bastante frecuencia, poco á poco fué encontrando necesario y hasta natural el casarse con Juan López. Pero cuanto más arraigo iba echando en ella este propósito, mayor era el conflicto entre su corazón y su cabeza. No era que sintiese por Fresno una inclinación vehemente, irresistible. Era, más bien, cierto despecho, cierto hondo pesar. Ella misma no acertaba á comprender lo que era. Sólo sabía bien una cosa: que cuando le veía, no era tan hondo aquel pesar. Se sentía mejor viéndole y deseaba verle. Pero él iba poco á su casa. Casi nunca. Desde el fallecimiento de su padre sólo había ido tres veces con Fadier. ¿Por qué no iría nunca? Y, al hacerse esta pregunta, llegaba siempre á la misma conclusión: no iba, porque ella le sería indiferente, porque no sentiría nada por ella. Y, entonces, además del hondo

pesar, sentía otra cosa. Esta otra cosa era lo que ella no acertaba á comprender qué era.

Una tarde fué á Palermo con su madre y con Juan López, y, recostada en la trasera del magnífico landó, se iba haciendo estas mismas reflexiones, cuando le pareció ver á Fresno, más adelante y en la misma dirección que ellos llevaban.

Efectivamente, era Fresno que, buscando esparcir el ánimo, había ido á Palermo aquel día y desde un costado de la avenida Sarmiento, miraba y admiraba la belleza y la elegancia de las mujeres, el lujo extraordinario, la tiesura grave de algunos y de algunas que más parecían estar en misa que en paseo, la avalancha inmensa de carruajes, y el aire y empuje soberbio de los troncos de raza, cuya ardiente sangre, parecía no avenirse con aquella calma y aquella monotonía general del espectáculo. Estaba lo más distraído con todo esto, cuando llegó delante de él el coche de la señora de Montes. Al verlas enfrente de sí y tan cerca, sintió una impresión fortísima, como si se le hubiera helado la sangre. Las saludó, y ya se iba á retirar, cuando, por haberse detenido

otros coches de delante, tuvo que detenerse también el en que iban ellas. Se impresionó más con este nuevo accidente, que le pareció providencial; pero estaban tan cerca que, aunque en extremo turbado, juzgó que era impolítico el no acercarse y hablarlas. Se acercó ¡Qué hermosa y qué elegante le pareció con su distinguidísima presencia, sus negros ojos, su blancura, su vestido de medio luto y su magnífico sombrero, que ella se ponía con gracia sin igual!

Les dió la mano y también á Juan López. Elena no hizo más que saludarle. Pero la señora estuvo con él lo más afable y comunicativa. ¡Siempre tan perdido! Era del único modo que podía vérselo. Le invitó a tomar asiento en el carruaje, y él, confundido por un sin fin de cosas, entre ellas, por una mirada de Elena, que le pareció otra invitación, por la gentileza de la señora, y por la presencia de Juan López, no supo rehusar, no pudo, no quiso: abrió la portezuela, pisó el estribo, subió y se sentó en frente de Elena, al lado de Juan López.

Elena habló poco durante el paseo. Mientras su madre, Fresno y Juan López conversaban de cosas diferentes, ella parecía

meditar y procuraba disimularlo haciendo como que, distraída, le llamaba la atención la concurrencia. Pero meditaba. De vez en cuando los miraba á los dos y entonces meditaba y comparaba. Nunca los había visto así, tan en frente de ella y tan cerca el uno del otro.

De regreso, llamóles la atención una escena que se desarrollaba en la calle Callao pasando la avenida República. Del almacén de la esquina, habían salido una mujer y un hombre, ya de alguna edad, y al parecer ambos italianos. El hombre llevaba un paraguas en la mano. De pronto se detuvo y, furioso, comenzó á dar con el paraguas contra la pared, sin duda con ánimo de romperle, hasta que, viendo que no podía conseguirlo, se dió vuelta y, con la misma furia, le arrojó al medio de la calle. La mujer, que, silenciosa y como atemorizada, le había estado mirando, fué y, llena de manse dumbre, recogió el paraguas, y se volvió con él adonde estaba el hombre. ¡Pero no hubiera hecho semejante cosa! El, que la vió con el paraguas, se avalanzó á ella, se le arrancó de la mano y no solamente le volvió á tirar, sino que dió á la pobre mujer un violento empujón y la infeliz cayó de

espaldas en medio de la calle. Juan López prorrumpió en una sonora carcajada; y mientras él comentaba la manera ridícula cómo había caído la mujer, Fresno, profundamente indignado, saltó del coche, y en los términos más duros y severos increpó al hombre por su inhumano proceder.

Cuando Elena vió caer á la mujer, le dió mucha lástima de ella y pensó en que, si aquel hombre era así en la calle, quién sabe cómo sería en su casa, donde nadie pudiera verle. ¡Pobre mujer! ¡Tal vez la hubiese matado! La inspiró un miedo grande, atroz. Y cuando vió que Fresno le reprendía, que la mujer lloraba y que el hombre estaba humilde y asustado delante de Fresno, comparó la acción de éste con la carcajada de Juan López y, al comparar, sintió dentro de sí una cosa honda, ¡muy honda! Se acordó de que Fresno era fuerte, y vió que no solamente lo había sido con ella sino que también lo era con los otros. Se sintió cerca de Fresno y lejos de Juan López. Se sintió como llena de Fresno.

Al llegar á casa, Fresno quiso despedirse, pero la señora le rogó que las acompañara á cenar. Se excusó él y no hallando otro

pretexto, dijo que á las siete sin falta tenía que ver al señor Fadher. A lo que le contestó la señora que allí le vería porque precisamente había quedado en ir á cenar con ellos esa noche. Efectivamente, fué Fadher, y en la mesa reinó la mayor animación. Luisa estaba en uno de sus mejores días, y Elena, que durante el paseo había estado triste, se volvió alegre y conversadora. Fresno ocupaba el asiento de enfrente y, viéndola, le parecía estar en el paraíso. Su mayor placer consistía en oírla hablar. Era entonces cuando, sin ningún reparo, podía mirarla fijamente, absorber su belleza, extasiarse en ella y delante de ella. ¡Qué diferente era de otras! Observaba siempre la mayor compostura, no criticaba á nadie, no se reía con estrépito ni hablaba á gritos y, al hablar, no hacía un solo visaje, la más imperceptible morisqueta. Luego ¡hablaba tan bien! ¡Tenía una conversación tan discreta, un timbre de voz tan argentino!

Al despedirse le expresó la señora su deseo de que fuera más á menudo á visitarlos, y él la prometió que sí, agregando que tendría en ello el mayor gusto. Pero siguió no yendó. Todos los días formaba el propó-

sito de ir y, al llegar la hora, lo iba dejando, dejando, hasta que se le hacía tarde y lo aplazaba para el día siguiente. Otras veces llegaba hasta la puerta misma y se volvía. No entraba ¡no podía entrar! Era como si dentro de él obrasen dos fuerzas contrarias é igualmente poderosas. Cuando estaba lejos, una de las fuerzas le llevaba hacia la casa; pero, cuanto más se iba acercando, más grande iba siendo la contraria, hasta que, al llegar á la puerta, ambas adquirían la misma intensidad. Entonces no sentía ninguna fuerza. Sí, las sentía; pero obrando con igual potencia. Por eso se quedaba suspenso; por eso no entraba.

A los dos meses de andar con estas vacilaciones fué una tarde á visitar al señor Fader y por él supo que al día siguiente se casaba Elena con Juan López. Al saberlo, se quedó mudo, helado, sin aliento. Fué como si todas las venas se le hubiesen roto é instantáneamente, no le hubiera quedado una gota de sangre en todo el cuerpo. Lo inesperado, violento é intenso de la emoción le dejó como atontado, poco menos que insensible. En el primer momento, no sufrió nada. No advirtió más que el choque, aquel

choque brusco, seco, que le dejó sin sentido como si le hubieran dado un martillazo en la cabeza. Pero, poco á poco, empezó á sentir una angustia, un desaliento y un vacío inmenso, aplastador, asfixiante. En vano se esforzaba por sobreponerse á sí mismo: no podía. El dolor llenaba todo su ser moral y material. Ni en su cuerpo ni en su espíritu había un átomo, un espacio imperceptible, donde pudiera haber otra cosa que dolor. Fué menester que transcurrieran horas para que el raciocinio tuviese en él alguna fuerza. Y cuando pudo ser esto, se sintió peor; mucho peor! No era tan intensa, tan vivísima la emoción; pero, en cambio, era más honda, más extensa, más amarga. Su razón parecía no tener fuerza sino para mostrarle el vacío en todo: fuera y dentro de sí. Se vió solo, completamente solo. Ni él mismo estaba consigo: se echó de menos, se desconoció. Vió que él no era él, sino otro; otro que no tenía lo que él había tenido: fe.

No pudo descansar aquella noche. En medio de las tinieblas, el vacío le pareció más horroroso, más asfixiante, más absoluto. Se ahogaba. Adormecidas como estaban sus facultades, su imaginación, ni siquiera tenía

poder bastante para evocar el recuerdo de Elena. Pensaba en ella, pero su pensamiento era débil, oscuro y la imagen que acudía, no era como antes; no tenía la misma fuerza, el mismo resplandor, la misma realidad viviente. Por eso se veía más solo; ya no tenía, ni ilusiones ni fe. Lo único que le quedaba era el vacío en torno de sí y en sí y dentro de este vacío una sola cosa, una sola realidad: la conciencia de su dolor. ¿Y por qué esta conciencia no había de confundirse también con el vacío, con la nada? ¿Por qué había de existir? ¿Por qué había de ser algo? ¿Por qué no había de no ser nada? Y, pensándolo, vió, entendió que el remedio estaba en eso: en destruir la conciencia del dolor, en no ser nada. Así nació en él la idea del suicidio sin acordarse para nada de aquella fuerza moral, de aquel dominio de sí mismo, únicas cosas de que, no obstante su profunda modestía, se había jactado siempre. El propósito pareció reportarle alguna calma y se durmió ya al clarear el día. Durmió largo, con sueño profundo y reparador.

Al abrir los ojos se notó algo cambiado. No era exactamente el mismo que por la

noche. Hasta dudó de si lo haría ó no lo haría. Era un principio de reacción, algo como el despertamiento de su ser moral, quizá el comienzo de una lucha. La imagen de Elena se le apareció, no tan opaca, no tan confusa, no tan vaga. Pero, á poco, volvió á sentir el mismo desaliento, el mismo dolor extenso, hondo, amargo, el mismo vacío que el día y la noche anteriores. ¡Nuevo martirio, nuevo cansancio y nuevo pensar en no ser nada! Pero la idea no era ya absoluta: su razón se iba fortaleciendo; resurgía el ser moral. La idea no estaba sola en su cerebro: con ella, frente á ella, estaban también la duda y el deber. Ya no era como al principio: ahora pensaba, luchaba.

Pasó así todo el día, oscilando entre lo uno y lo otro, luchando de un modo atroz consigo mismo. Por la noche quiso ir allá, á verla por última vez, á despedirse de ella. Ahora que se había casado, ya no iría más á su casa. Se vistió y salió. De camino entró en una armería de la calle Artes. No pensaba hacer nada; pero, por las dudas, por lo que pudiera ocurrir. Después de todo, le hacía falta un revólver. To-

da la cuadra estaba llena de carruajes. Al llegar á la puerta, no se sintió ya anulado por aquellas dos fuerzas igualmente poderosas y contrarias. Entró no más y subió la escalera con resolución. Y, como si hubieran estado esperando á que él llegara, lo primero que vió fué á Elena que, del brazo de Juan López, venía en dirección á la escalera. Se iban á pasar una temporada en San Isidro.

Al verla con Juan López y al saber que se marchaban sintió Fresno una emoción profunda, inexplicable, algo como si con unas pinzas candentes le hubieran apretado y despedazado el corazón. Jamás de su vida había experimentado una cosa semejante, ni pudo imaginar siquiera que existiesen tales suplicios en el mundo. Aquello le hacía mal, ¡mucho mal! le arrancaba la vida, le ahogaba, le destrozaba una á una todas las fibras del alma. No pudo contenerse en su presencia: la apretó nerviosamente la mano y mirándola con fijeza, como no la había mirado nunca, se despidió de ella deseándola que fuera feliz. Ella también le apretó la mano, le miró con alguna fijeza y se fué emocionada.

Fresno estuvo poco allí: lo suficiente no

más para cumplir con la señora, saludándola y felicitándola. Después se fué. Quería estar en otra parte. Allí no estaba bien. Aquella casa, sin ella, no tenía para él ningún encanto. No tenía más que recuerdos, felices, sí, pero, por eso mismo, más dolorosos en aquel trance. Al pasar por la plaza Vicente López se detuvo. Se encontraba tan solo, tan desalentado, tan sin rumbo, que no sabía dónde ir; no podía caminar más. Le faltaban las fuerzas. Quería descansar, meditar. Y se sentó en uno de los bancos. Allí, lejos de todo, sin más testigos que los árboles y la calma de la noche, quedó sumido en profunda meditación. Otra vez había vuelto á surgir la idea de no ser nada. Pero ya no pensaba sólo en ella: pensaba también en sí mismo: se sentía. No estaba tan solo: estaba consigo.

Pensó en el futuro y en el pasado. En el futuro no vió más que tinieblas: ni un rayo, de luz. Y recorriendo el pasado con la mente, tampoco vió nada en él. Todo era negro y malo. Solo recordaba con claridad la noche en que la había visto por primera vez el efecto, la turbación profunda que había sentido al verla; y lo de aquella misma no-

che cuando se despidió de ella y la vió bajar la escalera del brazo de Juan López. Después recordó la tarde que la vió en la librería. Pensó en el arte, que ella comprendía y amaba, y en Shakespeare y en Cervantes, y al pensar en esto, vió algo en el futuro: vió un rayo de paz, de luz. Este rayo de luz pareció orientarle. Fué como un bálsamo, como un refugio para su espíritu que, más confortado, logró desasirse, elevarse un poco sobre las miserias de la tierra. Estaba algo mejor. Veía algo. Y, como queriendo seguir á su espíritu, levantó los ojos, y se fijó en el cielo majestuoso, oscuro, sublime, lleno de estrellas relucientes, y volvió á pensar. Pensó en que, tal vez, aquellas estrellas relucientes fueran otros tantos infinitos mundos, en los que habría seres más numerosos y más grandes que en la tierra, que sabrían más, que gozarían más y que sufrirían más; á cuyo lado, las miserias, los goces, las pasiones todas de los seres de la tierra, de él, serían, quizá, aprensiones, caprichos, antojos de niños. Acaso menos aún.

En esto se apercibió de que con la mano derecha, que tenía puesta sobre la cadera, estaba tocando una cosa fría, dura. Era el

revólver. Lo sacó y lo miró. Allí estaba, aquél era el remedio. No había más que esperar que llegase uno de esos desvanecimientos, uno de esos vahidos, uno de esos raptos de desesperación, en los que no se piensa en nada, ni se siente más que una profunda ira hacia todo, inclusive, y mayor, hacia sí mismo; arrimarle y hacer un pequeño movimiento con el dedo: apretar un poco. Le arrimó á la sien, pero sin intención. No pensaba hacerlo. Era por probar, por ver. El frío del cañon le produjo una cosa extraña, como miedo. No fué miedo. Fué que se indignó, que se irguió su ser moral y que se encontró ridículo á sí mismo en aquella actitud. Pensó en que era menester ser fuerte. En muchos libros había visto que, con resignación, con fuerza, eran menos sensibles los dolores: que los fuertes, vencían muchas, todas las dificultades. Bajó la mano, y sintiéndose débil y fuerte al mismo tiempo—¡vencerán algunos fuertes; pero no todos los fuertes!—murmuró con amarga y profunda convicción. Volvió á dudar. Luchaba horrible, desesperadamente. Pensó en si no se pegaría bien y tendría que andar sufriendo después quién sabe cuánto, qui-

zá toda la vida; en el ridículo; en que todos, al saberlo, se quedarían indiferentes; en que muchos se reirían, tal vez, y en que algunos sentirían por él lo que él mismo había sentido por otros en igual caso: lástima. Y este sentimiento era lo que él no quería inspirar. De pronto, se levantó nervioso. Había sentido una fuerza misteriosa, íntima, poderosa. Era su ser moral, su fuerza; eran el deber y la vergüenza. Conservaba el revólver en la mano. Lo miró de nuevo, tuvo otra duda terrible, desesperante, lo volvió á mirar y, haciendo con el cuerpo y con el alma un esfuerzo de gigante, un esfuerzo valiente, poderoso, supremo, extendió el brazo y le arrojó lejos de sí con decisión, con fuerza, con violencia, como quien arroja un cascote, mas: como quien arroja un reptil inmundado que de pronto se le hubiera aparecido entre las manos. Más calmado, contento casi, con la satisfacción de haberse vencido, atravesó la plaza y tomó un coche. Al sentarse en él, volvió á experimentar de nuevo un profundo desaliento. Sintió como pesares de no haberse decidido, de no haberlo hecho. Pero se sintió también más fuerte. Lucharía: estaba resuelto á luchar.

XII

Nunca había tenido Elena momentos más tristes en su vida que los que transcurrieron desde que salió de su casa hasta llegar á San Isidro. Solícito con ella y cariñoso, enseñóla Juan López una por una todas las habitaciones de la espléndida morada. La instalación era magnífica. Allí había todo el lujo, todos los atractivos, todas las comodidades que se pudieran apetecer é imaginar. Pero, á ella le pareció todo pobre, todo tético, todo vacío. Cuando llegaron á la sala se dejó caer en un sofá. No podía mas. Estaba mal. Le dolía atrocmente la cabeza.

Juan López, atento y cariñoso siempre, se sentó á su lado en el mismo sofá y procuraba consolarla ofreciéndola mil cosas que él creía buenas para que se le quitara aquej

dolor. Pero ella se empeñó en no tomar ninguna cuanto mayores eran sus instancias. Nunca le vió mejor que entonces, ni nunca le había inspirado un sentimiento semejante. ¡Qué cosa! ¡Qué idea! ¡Qué aversión! Hasta le hacía mal, la contrariaba el que estuviese allí sentado, con ella, en el mismo sofá. Se levantó, dió unas vueltas como para distraerse y volvió á sentarse, pero no en el sofá, sino lejos, en una butaca sola, donde no pudiera venir él á sentarse.

Allí la siguió él. Y con una mano apoyada en el respaldo del sillón y con la otra retorciéndose el bigote, volvió á instarla como antes, á rogarla, á querer convencerla de que era bueno que tomase algo, que hiciese algo. ¿Cómo iba á estar así, sin hacerse algún remedio? Pero ella insistió en su negativa, diciendo que no era nada y que ya se quitaría ello solo.

Pasó un rato largo, muy largo hasta que, convencido Juan López de que sus ruegos eran inútiles, se retiró haciendo un gesto de disgusto, mas: un ademán de impaciencia, una cosa que, sin quererlo, sin pensarlo, sin saber ella cómo, despertó en Elena el recuerdo de aquel hombre que había pegado á la

pobre mujer cuando ellos regresaban de Palermo. Aquel ademán y aquel recuerdo la intimidaron al par que la irritaron. Sintió crecer en ella la aversión y se encontró peor, más desconsolada, más sola

Juan López fué a sentarse en otro sillón enfrente y á pocos pasos de ella. Al principio, él la miraba y ella le veía retorciéndose el bigote, con aire como hurano, como adusto, hasta que tarde, muy tarde, cuando ya apuntaba el día, cuando, á través del cortinaje empezaban á invadir la regia estancia los primeros albores de la aurora, se quedó dormido con la mano siempre en el bigote y entonces, ya no vió ni oyó ella de él más que el fuerte y bronco ruido de su respiración.

Las emociones de aquel día y de aquella noche la rindieron por fin. Le dolía realmente la cabeza. Nunca había pensado tanto. El porvenir, la vida con aquel hombre la asustaba más, mucho más, que las perspectivas de miseria que su madre le había puesto tantas veces por delante. Y fatigada moral y materialmente, pensando en Fresno, en su casa y en su cariñosa madre, ella también se quedò dormida en el sillón.

Aquella noche también fué triste para

Luisa. Amaba á su hija con delirio y la separación no pudo por menos que serle dolorosa. Pero se consolaba al pensar que aquel casamiento la hacía rica y feliz. A las once de la noche ya no había en la casa ningún convidado. Las últimas en retirarse fueron la señora de Vallader y sus dos hijas á quienes acompañó hasta la puerta. Cuando se despidió de ellas permaneció un momento en el umbral, pensativa, triste. Pensó en que se quedaba sola, completamente sola en aquella casa. Elena, casada. Enrique y Carlos en el colegio y Ricardo en la estancia. Luego subió la escalera con paso resuelto, animoso y se encontró allí, en su medio, en su adorado centro; en el ámplio y espléndido salón de recibos cuyas alfombras había pisado todo el Buenos Aires distinguido, todo lo mejor del talento y del dinero; entre aquellas preciosidades artísticas y entre aquellas riquezas que conservaba y que había conquistado ella, ella, ella solamente; delante de aquellos espejos de Venecia, tan límpidos, tan bruñidos, tan buenos, que la seguían diciendo que era joven aún, bastante joven, y hermosa, muy hermosa. El porvenir, el temor de perder todo aquello, la preocupaba, pero no la abatía.

Era una mujer fuerte, muy fuerte; y enérgica, muy enérgica. Nada la cohibía ni la arredraba. En Judea, quizá hubiese cortado la cabeza de Holofernes; en Grecia, hubiera sido modelo de espartanas; en Roma, tal vez una Lucrecia; en estos tiempos, había sido, era, lo que debía, lo que podía ser.

FIN

